LAS AVENTURAS DE NONO*

Jean Grave

AL PROFESORADO

Una nueva edición de Las Aventuras de Nono, después de tres años reprueba practica de la Escuela Moderna, donde es el libro favorito y ha colmado las esperanzas que nos hizo concebir, nos ofrece ocasión de manifestar que con él hayamos obtenido excelentes resultados, porque, además de inspirarse en un criterio puramente científico y humano, se adapta perfectamente á la pedagogía racional.

Su lectura, comentada por los alumnos á excitación y bajo la dirección de los profesores, penetra en su inteligencia y en ella arraiga la convicción de que puede existir una Autonomía todo paz y felicidad, opuesta á esta Argirocracia en que vivimos, donde, por efecto de injusticias sociales, todo es guerra y desdicha.

Libro tan en consonancia con lo natural, que por lo mismo evidencia cuanto hay de irracional, convencional y ficticio en la sociedad presente, es indicadísimo para la formación intelectual de las nuevas generaciones que han de instalar el régimen de ciencia en su fundamento y de solidaridad universal en sus consecuencias

Por eso lo recomendamos á nuestros colegas.

El Director de la Escuela Moderna
F. F. G.

A LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA MODERNA

Un niño que lleva á Autonomía la inocencia primitiva, aunque con el germen atávico, que pone su vida en el concierto comunal sin despojarse en lo más mínimo de su fuero individual, como todos sus compañeras y compañeros, que viven igualmente por sí y para todos en la alegre y feliz comunidad del querer, del saber y del poder, y que después, por rezagos regresivos ó por desequilibrio en el progreso, cae en la maldita región de Argirocracia, del reino del dinero, en el que por desgracia todos somos aún súbdito, es una concepción grandiosa y nueva que difiere, superándolo, del método generalmente seguido por todos los censores de la actual sociedad y enaltecedores del ideal.

Bello es el cuadro que representa á Nono viviendo en plena naturaleza, en contacto con el pinzón, el cárabo y la abeja, que pagan el servicio de haberles librado de una muerte cierta dándole consuelo y alimento en medio de espléndido paisaje, bañado de inmensa luz, aire purísimo, frondosa vegetación, vistosas y aromáticas flores, animado con aquel ruido melodioso y armónico á la vez que forma el susurro de la brisa, el zumbido de los insectos y el canto de las aves.

* Traducción: Anselmo Lorenzo. Digitalización: de los primeros 4 capítulos: KCL.

Bellísimo el acorde de todas las iniciativas, de todas las actividades, hasta diría de todos los caprichos que, sin obstáculo ni razonamiento, realizan los infantiles habitantes de Autonomía, demostrando que la afinidad por un lado y la influencia del medio por otro que llevan á la célula inicial de la vida á combinarse para formar todas las gradaciones de la existencia, persisten en la humanidad, del mismo modo que, elevándose sobre ella, se extienden á la inmensidad del universo, como lo demuestra la astronomía por el estudio de la pluralidad inmensa de los mundos.

Niños que eso han comprendido y que, no por su culpa, sino porque vamos aún retrasados en la vía del progreso, han de entrar en la Argirocracia social al salir de la Autonomía de la escuela, pueden penetrar con firmeza, no ya á ser cada cual un Nono que se enrede en la mallas que por todas partes se tienden entre sí los vasallos del infame Monadio, sino para ser libertadores como la compañera Mab y el compañero Hans, á quienes está reservada la felicidad de los precursores, quienes llevando en su inteligencia la verdad y la justicia, y en su sentimiento el amor universal y la sublime concepción de la belleza, son aptos para gozar de la luz en la lobreguez de las tinieblas, de la libertad en las estrechuras del calabozo y de la alegría de vivir á pesar de las espinas homicidas con que llenan el mundo privilegiado y tiranos.

¡Ah queridos niños de la Escuela Moderna Autonomía no existe, pero existirá. Juan Grave, confiando en el hombre como resultado lógico de su confianza en la naturaleza, augura el bien, y no puede equivocarse.

A vosotros está reservado anunciar la libertad á los oprimidos cantando con música de algún Rouget de Lisle futuro.

El sol descendió á su ocaso,
llegó la noche serena.
Oh desgraciado que apenas,
sabe que se acerca el plazo
que á tu dolor pondrá fin.

Apunta, feliz aurora,
nuncio del dichoso día
que dará paz y alegría
al pobre hermano que llora
la perdida libertad.

Que estos pensamientos os conforten, estas esperanzas os animen, este recuerdo permanezca indestructible en vuestra cabeza y en nuestro corazón, y vuestro paso por el mundo será eficaz para el bien de las generaciones futuras.

EL TRADUCTOR

CAPÍTULO I

EL DESEO

Nono era un niño de nueve años, inteligente, ruidoso, bueno en el fondo. Tenía, como todos los niños, algunos momentos de vivacidad y turbulencia en que hacia perder la paciencia á sus padres; por que su pequeño ser, en plena expansión, estallaba en saltos y gritos de alegría, sin cuidarse por la oportunidad de hacerlo; no escogiendo jamás el momento favorable para darle libre curso, derrochaba ingenio, pero sin ocuparse de si sus padres estaban de humor de soportarle.

Lo que deslucía un poco su buen natural era una terquedad incorregible. Testarudo, no como un burro, sino como mil, cuando se le metía entre ceja y ceja no hacer algo que se le mandaba, ya estaba listo: represiones, golpes, razonamientos, caricias, promesas, todo era igual. Ya conocía que obraba mal, sobre

todo cuando se le hacia comprender que si no hacia nada para ser agradable á los otros, recíprocamente los otros nada harían tampoco para agradarle.

No diré que Nono fuese victima de las palizas: es este un medio que los padres emplean harto frecuentemente contra los niños obstinados; porque es más fácil dar un pescozón que exponer un razonamiento, y á menudo los padres recurren á este medio. Tengo además por cierto que si les obligase á dar la razón de sus ordenes y de su severidad, más de cuatro veces se verían obligados á declarar que no existe otra que su capricho, ni más derecho que el de la fuerza: lo positivo es que cuando uno está de mal humor ha de desahogarse cayendo sobre quien no puede dar la reciproca.

Pero los padres de Nono, aunque no completamente al abrigo de ciertas censuras; si, en momentos dados tenía la mano ligera, no abusaban de este medio de corrección y solían darse la pena de razonar con el testaruduelo, insistiendo en que no se puede razonablemente esperar que las gentes sean amables hacia nosotros sino á condición de que nosotros lo seamos respecto de las mismas.

Nono reconocía que hacia mal en obstinarse en sus negativas, pero consideraba como un punto de honor no volver sobre lo dicho, sobre todo cuando se trataba de no ejecutar algo que se le mandaba.

Para que no volviera á mejores sentimientos no había como dejarle pasar la murria en un rincón, esperando que la reflexión le equilibrase.

Ocurre muchas veces que si los padres están mal dispuestos, los hijos, por su parte, tienen también sus momentos desagradables. Respecto de aquellos los cuidados de la casa, las inquietudes sobre el trabajo, si en el taller el patrón ha sido injusto, si no le pudo contestar francamente lo que pensaba, se vuelve á casa con mal humor, y entonces la mujer y los chicuelos pagan la fiesta.

Si es tan mala disposición de animo ocurre á los padres dar una orden, sin apercibirles de ello la revisten de antipático tono imperativo. A Nono le cargaba aquel tono, y aun cuando estuviese bien dispuesto á obedecer, si lo hacia era á regañadientes.

Frecuentemente también, cuando no se comprende la necesidad de un mandato (á los nueve años no se puede ser tan inteligente como sus padres), bastaría una palabra de explicación, peroles padres suelen estar demasiado habituados á creer que los niños deben obedecer sin discutir, y como muchas veces no saben hacerse comprender, se imaginan que los niños carecen de comprensión y por lo mismo no se toman la molestia de razonar. «Un hijo de4be obedecer a sus padres sin discutir,» eso ahorra toda explicación.

He ahí la causa de tantos disgustos, regaños y tiranteces como se ven á cada paso.

Hasta el día se han hecho muchos libros para enseñar á los niños que deben ser juiciosos y obedientes, pero por desgracia son los padres quienes los escriben, y se ha incurrido en la falta de no recomendarles que no pidan á los hijos cosas superiores al alcance de su edad y de sus razonamientos; eso sin contar que la mayor parte de los padres y de las madres desconocen por completo el oficio.
Quizás se escriban algunos para enseñarles á ser razonables respecto de sus hijos. Quien sabe si algunos de los niños que me leen en este momento se acordara cuando sea grande de las cosas que la hayan parecido más injustas en la conducta de sus padres respecto de él, y tome á empeño escribir ese libro; á menos que no se encuentre más expeditivo hacerlo observar inmediatamente. Sólo que en este caso dudo sí sería más prudente intentar que el pensamiento fuese, á modo de moraleja, servido en un cuento. Lo menos malo que podría suceder sería ser calificado de sin vergüenza, de niño sin corazón que se atreve á criticar la conducta de sus pobrecitos padres. El cuento podría resultar mucho más divertido que las sandeces que se dan como composiciones morales en la escuela, y los padres hasta podrían regocijarse con ello, si no fuesen harto entupidos para verse privados de aprovechar la lección sin incomodarse.

Por parte del niño la cosa es muy diferente: es muy duro dejar el libro que se tiene en la mano para bajar á la tienda á comprar medio kilo de patas ó veinte centésimos de tocino; precisamente se hallaba en el

pasaje más interesante; en el momento en que el protagonista acaba de ser secuestrado por unos bandidos, ó se halla á punto de naufragar, y no se quiera abandonarle en una situación tan critica. O bien está muy ocupado en una partida de escondite con sus compañeros, cuando la madre tiene el mal acuerdo de enviarlo á comprar diez centésimos de sal ó de llamarlo para fregar los platos. Así sucedía que Nono no ejecutaba siempre con rapidez las órdenes recibidas, haciéndoselas repetir no pocas veces antes de ejecutarlas, y esto no sin murmurar y presentarse arrastrando los pies en señal de desagrado. ¡Cuán cierto es que no hay nadie perfecto, y que los buenos hijos, lo mismo que los padres sin tacha, no existen más que en los libros que se obliga á leer á los niños para enseñarles á ser buenos!

Acontecía á nuestro héroe que alguna vez regañaba con su hermano Alejandro, á quien se tenia la costumbre de llamar Titi, y con su hermana Cendrina. Titi era bastante mayor que él, pero no más razonable, por lo que habían llegado en ocasiones á regañar como dos pilluelos.

Cendrina sólo tenia un año más que él; también ella pinchaba y molestaba de cuando en cuando; pero como Nono era el más pequeño, se le exigía que cediese a los caprichos del señoriíto, y como no solía quedar muy convencida de ello, de aquí que cada vez estuviese dispuesta á sufrirlo.

Se comenzaba por querellarse un poco; luego se arrancaban los juguetes y por ultimo se recurría á los puños, hasta que algunos pescozones distribuidos con estricta imparcialidad acababan por restablecer la paz entre los beligerantes.

Había otro hermanito, Pablo; pero era tan pequeñito, apenas tenía un año, que no era posible regañar con él, antes al contrario, daba gusto tenerle, y con sus bollos y golosinas siempre se pegaba alguna cosa.

En resumen; los padre de Nono amaban á sus hijos; sus defectos procedían de preocupaciones, de costumbres establecidas que adquirieron con la educación que se les dio y no de su carácter, inclinado más bien á la bondad.

Nono, si era terco, no era mal muchacho; amaba á sus padres y, sobre todo cuando tenia que pedirles algo, sabía echar mano de zalamerías de afecto seguro y que más de una vez había echo reír al padre por dentro, aunque por no perder la gravedad se hiciese el desentendido.

En el momento en que asemos conocimiento con la familia. Nono venía dando pruebas de una bondad ejemplar. Hacía tiempo que deseaba que su padre le comprase un libro de cuentos con hermosas laminas; sus notas semanales de la escuela eran excelentes; había cumplido con rapidez y sin murmurar (un poco en su interior por no perder4 la costumbre) los recados que se le había encargado, llegado á merecer que su padre le prometiera salir con él á paseo al día siguiente, que sería domingo, y enseñarle las tiendas donde podría escoger un objeto de su agrado, no de los costosos, por supuesto, por que los padres de Nono eran obreros, y los ricos gastan de tal manera el dinero en frivolidades, que apenas queda á los obreros casi nada para comprar á sus hijos lo que necesitan. Pero, en fin, esta vez en padre quería lucirse y prometía consagrar á lo menos dos pesetas en obsequio de Nono.

Y Nono, con el corazón lleno de esperanza, fue á acostarse prometiendo maravillas para el día siguiente.

Mientras su madre daba la última mano al arreglo de la camita, dijo Nono:

-Dí, mamá, ¿Cuánto costara un libro de cuentos como el que me presto Carlos con hermosas estampas?

-Padre, dijo la mamá,- tu niño pregunta cuánto costara un libro de cuentos con estampas iluminadas.

-No sé,- respondió el interpelado.- Lo menos tres ó cuatro pesetas.

-Mamá,- dijo Nono, echándole los brazos al cuello y atrayéndole su rostro para besarle,-yo tengo veinte perritas en mi alcancía; se las daré á papá para que me compre uno, y tú pondrás lo que falte. ¡Lo harás! ¿verdad que sí?

-¡Qué bien sabes pedir! Pero ¿serás bueno?

-¡Oh! Sí. Te lo prometo,-dijo el picaruelo redoblando sus caricias.

-Sí sí; tú prometes siempre; no eres escaso de promesas; pero pronto las olvidas.

-¡Ya verás, mamá, si seré bueno y con qué gusto haré tus encargos y recados!

-Vamos, duerme; ya veremos mañana. Hablaremos á papá.

Y termino la escena con dos besos sonoros sobre las sonrosadas mejillas, con la recomendación de moverse poco para no desarroparse.

Entretanto Nono, con la nariz entre las sabanas, repasaba en su memoria todos los libros que había visto, y se preguntaba á cuál daría la preferencia. Tenía su idea fija: quería uno con grabados y además hermosas láminas iluminadas, y su imaginación ilimitada le presentaba un océano de volúmenes, entre los cuales no sabía dónde fijar la preferencia.

Poco á poco fue todo aquello adquiriendo vida y animación: *Piel de Burro, Don Quijote, Alí-Babá, el Capuchón Rojo, el Pájaro Azul,* y otro mil danzaban una zarabanda desenfrenada en derredor de Nono, y en medio de aquel pueblo de hadas, genios, diablillos, encantadores, gnomos, pájaros fabulosos, flores fantásticas, perdiendo toda noción de lo real, quedó dormido.

Vió luego á su madre luchar con la hada Carabosa, la de los malos regalos, como vieja, fea, regañona y hasta jorobaza que es; pero también la que tiene poder para hacer regalos inmejorables cuando su funesta influencia está neutralizada por el hada del amor maternal. Su padre tenía prisionero al encantador Abracadabra y le obligaba á fabricar un libro cuyos personajes se movieran y hablasen en las ilustraciones. Su hermana Cendrina y su hermano Titi habían sido cambiados en sonrosados cochinillos por la hada Merlurina, y el mismo Nono tenía el encargo de guardarlos y llevarlos á pacer, cuidando sobre todo de que no se escapen so pena de quedar convertido él mismo en murciélago.

CAPÍTULO II

PRIMERAS AVENTURAS

Cuando Nono se despertó era ya bien entrado el día; pero, cosa admirable, en lugar de encontrarse en su camita, se vió echado sobre su musgo espeso, lleno de florecitas que elevan sus corolas sobre la hierba verde.

El sol iluminaba la escena arrancando chispas de luz de los colores florales y abrillantando las matizadas alas de innumerables insectos que revoloteaban á través de sus rayos de oro, ó corrían afanosos entre las briznas de menudas hierbezuelas. El cielo, de un azul profundo, se manifestaba bello y majestuoso sin la menor nubecilla.

Nono apoyo su codo en tierra y la cabeza en su mano, y con ojos desmesuradamente abiertos por el asombro miraba á su alrededor, no recordando haber visto en su vida aquel sitio.

El aire era dulce y ligero; variadísimos perfumes se desprendían de los entre abiertos pétalos de las infinitas flores silvestres que tapizaban el musgo. En los árboles, en los arbustos, bajo los bosquecillos una multitud de pájaros entonaban la rica variedad de sus gorjeos.

Algunos, remontando su vuelo, atravesaban rápidamente el espacio, y se perseguían hasta el suelo piando con rabia, disputándose, por juego, un grano; para defenderse abrían el pico, tendían las alas y presentaban sus espolones para arrancarse el grano disputado, ocultando alternativamente su presa al vencedor de un momento, hasta que un tercero más tuno, presentándose inopinadamente de refresco, ponía fin á la disputa huyendo con el objeto de la misma, á la vez que reconciliaba á los adversarios en una común decepción.

La seguridad con que jugaban, el vuelo tranquilo de los que buscaban su pasto, todo demostraba que vivían allí en perfecta tranquilidad, sin haber sido molestados nunca por el hombre ni por ningún otro ser malhechor.

Para darse mejor cuenta de donde estaba, Nono se sentó, y pronto, cuando le pareció hallarse bien despierto, se puso en pie, aspirando el aire con delicia; cierta tirantez del estomago le recordó aquella sopa tan rica que su madre le servía todas las mañanas, y esto le impulso á mirar por todos lados para ver si distinguía su casa ó al menos los cochinillos que recordaba haber tenido encargo de guardar durante su sueño.

Pero ni su casa ni señal de habitación ni huella de seres humanos se veía en aquel lugar encantador, y pensando en descubrir alguno, Nono se preguntaba cómo se encontraba solo en un país desconocido.

¿Continuaba soñando? ¿Qué había sido de sus padres? Sus ideas carecían de precisión: quizá, mal despierto aún, las brujas y los encantadores influían todavía vagamente en su imaginación, y poco le faltaba para creer que algún genio maléfico ó alguna hada de mala intención le había sustraído de su casa, llevándole lejos de sus padres después de haber hecho sufrir á estos alguna metamorfosis y aun á él mismo, y se tocó por todo el cuerpo para asegurarse de que no había sido cambiado en mono ni en ningún otro animal feo.

Pero no; se encontraba el mismo de siempre, con su vestido diario.

-Vamos,-se decía,- estoy seguro de haberme dormido ayer en mi casa. ¿Cómo es que ahora me despierto en este país? ¿Será cierto que existan hadas que puedan traer y llevar á uno sin apercibirse? Si así fuera, me parece que la mía no tardará en presentarse.

Miró en torno de sí, pero nadie se manifestaba.
Nono era un muchacho valeroso que únicamente sentía miedo en la oscuridad, en cuyo caso cantaba fuerte para animarse.

Se hallaba, pues, en una situación que hubiera podido inquietarle, y no hay duda que la separación inexplicable de sus padres, en cualquiera otra circunstancia le hubiera alarmado en extremo; pero lo cierto es que gozaba de una situación de ánimo que le hacía aceptar esta separación como una cosa, ya que no natural, bastante plausible al menos. Así, lejos de atemorizarse y no encontrando respuesta á sus aprensiones, se púso á buscar algún camino que le condujese á lugar habitado.

Aunque niño, poesía ya cierta dosis de razonamiento, y, por tanto, pensaba que un sitio tan hermoso debía atraerse visitantes, por lo que no tardaría en encontrar una casa ó paseantes al menos.

Una senda, en efecto, se ofreció á su vista y la siguió á la aventura, y habiendo llevado maquinalmente la mano al bolsillo sacó un cortaplumas que le regaló su tío para afilar su lápiz en la escuela. Este descubrimiento le dio idea de cortarse una varita en unos arbustos que bordeaban al camino, y apenas formulado el propósito lo puso en ejecución, y bien pronto tuvo un bastón que le servia para remover la tierra, hacer el molinete ó decapitar las altas hierbas de los bordes de la senda.

Caminaba de este modo hacia ya algún tiempo sin tener la menor idea del punto donde podría terminar el sendero que seguía; pensaba que debía de haberse despertado muy tarde aquella mañana por que el sol comenzaba á hallarse muy alto en el cielo, y sus rayos, aunque tamizados por el follaje, no cesaba de calentar la atmósfera; sentía la mortificación de la sed y buscaba con afán aunque inútilmente algunas frutas con que apagar su sed y engañar su hambre.

No veía más que árboles frondosos, hasta que al llegar á un claro del bosque fijó su atención una escena palpitante de interés: un pinzón que piaba con acento plañidero permanecía en una rama tratando de ocultarse sin conseguirlo bajo las hojas; su cuerpecito temblaba convulsivamente y su vista no se apartaba de un gavilán que, después de haberse paralizado un instante en las alturas, descendía en espirales cada vez más estrechas para caer brutalmente sobre la infeliz bestezuela.

Rápido con el pensamiento, Nono comprendió la situación, y en el instante preciso en que el gavilán iba á clavar las uñas sobre su victima, con un golpe certero de su varita le cruzo el pecho dejándole muerto en el suelo. El atemorizado pinzón también cayó presa de temblorosos escalofríos. Nono le cogió, y teniéndole cuidadosamente entre sus manos le besó con cariño.

Se rehizo pronto el pajarillo, y con un gorjeo quejumbroso hizo comprender á su salvador que deseaba obtener de nuevo su libertad.

Nono abrió las manos, el pájaro extendió sus alas antes de emprender su vuelo; después pareció dirigir á su salvador, á modo de despedida, un canto de alegría.

Este incidente hizo olvidar á nuestro viajero la sed que le molestaba; pero cuando vió desaparecer al pájaro, volvió á sentirla con mayor insistencia. Continuó, pues, su marcha buscando con inquieta mirada un árbol frutal, un arroyuelo entre le musgo que tapizaba el suelo, sin que nada le ofreciese la satisfacción de su necesidad.

En vez del consuelo que buscaba vió un insecto cogido por una pata en los enredos de las briznas de un espino, que tenía su negro vientre al sol y se revolvía desesperado sin conseguir volverse para adquirir su natural equilibrio ni menos desenredarse para recobrar su libertad.

Visiblemente fatigado ya, sus esfuerzos eran cada vez menos vigorosos y más espaciados; mientras, colocado á conveniente distancia, un gorrión aguzaba su pico en la rama que le sostenía, esperando el momento oportuno para lanzarse sobre aquella presa que tenía por segura.

Nono corrió al espino, espanto al gorrión y desenredo cuidadosamente al insecto, que vió era un hermoso cárabo de los jardines, de aquellos que ostentan élitros de verde dorado y reflejos metálicos del más gracioso aspecto.

El salvador puso el insecto en el suelo, y el bichillo, pasando sus patas delanteras sobre sus antenas, pareció como si diera un agradecido saludo antes de desaparecer entre la hierba.

Nono continúo su marcha.

En el ángulo de una sendita que se inclinaba hacia la izquierda, vió otra vez á su pinzón en la rama de uno de los árboles que le bordeaban. Parecía esperarle, y en cuanto se acercó Nono, el pájaro voló en la dirección del nuevo camino.

Abandonó nuestro amigo la senda para seguir al pájaro; pero éste batió nuevamente las añas, se elevó gorjeando y fue á situarse á un árbol más lejano.

-¿Me tienes miedo?-dijo Nono hablando más bien consigo mismo que con el pájaro.

Como si hubiese comprendido, vino á revolotear alrededor de él, y, prudente siempre, aun que se posó un instante sobre su hombro, levantó otra vez su vuelo y fue á pararse más lejos.

Nono se hallaba completamente desorientado y siguió al animalito, toda vez que cualquiera dirección le era indiferente; así llegaron á un claro á cuya extremidad había un montón de rocas rojizas cubiertas de líquenes, musgos y zarzas.

Por una de aquellas rocas se filtraba un manantial de agua clara y viva, que descendía en murmurantes cascadas sobre una serie de gradas para caer en una especie de pilón natural formado por el trabajo combinado del agua y del tiempo, de donde salía luego en límpido arroyo que serpenteaba á través del claro para perderse en el bosque. Un magnífico abedul, de corteza plateada que logró arraigar en una grieta de la roca, le cubría con su delicado follaje, que caía como la cabellera de una náyade llorosa.

Nono corrió a la fuente y se arrodilló para sacar con sus manos el agua, que bebió con avidez, y que le pareció la más deliciosa de las bebidas.

-Hay que convenir,-pensó Nono,-que si el pinzón no hubiera dado con esta fuente; por seguirle abandoné mi primer camino. Le buscó entonces para manifestarle su gratitud, pero el pájaro había desaparecido.

Nono se inclino de nuevo hacia el manantial para beber una vez más de aquella agua fresca y pura, y, harto ya, iba á levantarse cuando apercibió una pobre abeja que se agitaba en medio del pilón, corriendo inminente riesgo de ser arrastrada por la corriente, á pesar de sus inútiles esfuerzos, donde seguramente perecería sumergida. Con su varita atrajo Nono al animalillo y, sacándole del agua, le colocó delicadamente sobre la hierba al sol, para que se secase, parándose á contemplarle, á pesar de las tiradas del estómago recordando que el hambre no había sido satisfecho.

Durante un momento el insecto se arrastró pesadamente sobre la hierba, con el cuerpo pesado por la humedad, las alas pegadas por el contacto del agua y pudiendo apenas sostenerse sobre sus patas. Después fue poco á poco recobrando la libertad de sus movimientos, y pudo pasar las patas traseras sobre las alas para secarlas, y por último, cuando se sintió fuerte á su gusto, levantó el vuelo y se lanzó zumbando al espacio.

Pero, cosa extraña, al niño asombrado le pareció que aquel zumbido tomaba forma de lenguaje. Juraría que el insecto le decía: «Has tenido sed el pájaro cuya vida has salvado te ha conducido á esta fuente donde has podido refrigerarte, y donde yo me hubiera ahogado sin tu socorro. Sígueme ahora, que yo te guiaré donde puedas saciar tu hambre.»

Nono sabía que los insectos no hablan; pero había leído tantos libros de cuentos en que hablaban los animales, y había recitado tantas fábulas en la escuela en que no solamente hablan los animales, sino hasta los insectos más ínfimos, y aun las plantas y los minerales, haciendo discursos que muchos seres humanos son incapaces de producir por sí solos y con tal prudencia-cuando en los tales discursos hay prudencia verdadera, -que no había en realidad de qué asombrarse.

Por lo mismo nuestro hambriento no se admiró gran cosa, no de oír hablar á la abeja,-no estaba muy seguro de que le hubiese hablado lo que queda dicho, inclinado más bien á que era producto de la propia imaginación,-sino de que pudiera haberlo dicho.

Siguió, pues, á la abeja muy animado, toda vez que el vuelo del insecto le permitía seguirle muy fácilmente.

Atravesaron así el bosque que comenzaba detrás de las rocas de la fuente y llegaron á un valle atestado de flores de los campos. Cuantas variedades florecen en épocas diferentes se encontraban allí reunidas y en plena floración.

Amapolas de rojo deslumbrador, poéticos no me olvides de azul celeste al lado de hiniestas de flores se suave amarillo de oro, campánulas de morado oscuro junto al carmín de las digitales, formaban encantadores grupos de variadísimos matices por los efectos de luz y sombra producto de su propia colocación.

El romero, la alhucema, el hinojo, la hierbabuena silvestre y muchas especies aromáticas embalsamaban el ambiente con la intrincada combinación de sus perfumes; mientras que las violetas modestamente ocultas bajo las hierbas y arbustos, los narcisos, junquillos y jacintos formaban tapices de caprichosos dibujos y variados colores, ó las trepadoras con la pasionaria á la cabeza conquistaban las alturas de los árboles completando aquel cuadro maravilloso.

Nono se detuvo encantando, sin preocuparse cómo podía ser que todas aquellas flores se abriesen al mismo tiempo; porque bien mirado á los nueve años nadie está obligado á poseer los conocimientos propios de un jardinero, y para él, lo mismo era verlas allí brotar á su presencia como leerlo en la obra de un novelista á la moda.

Nunca había visto nuestro amiguito tantas flores juntas, y si no puso por obra su primer intento de coger un ramillete para su madre, no fue por falta de voluntad, sino por miedo de que se presentase un jardinero regañón ó un guardia mal encarado que le echasen mano y le arrojasen de allí ignominiosamente: tan pequeño y todo se conoce que ya sabía cómo las gastan la propiedad y la autoridad.

Además, que, preciso es recordarlo, el hambre le exigía satisfacción con urgencia.

La abeja, que vió á Nono detenerse, retrocedió para zumbar un poco más fuerte cerca de él, y nuestro hambriento emprendió de nuevo su marcha guiado por el vuelo del insecto, que se dirigió hacia un gran árbol á cuyo rededor revoloteaban confusamente gran número de abejas, las cuales se adelantaron hacia la que llegaba en cuanto la vieron.

Se observo que en cuanto la reconocieron cesaron en su zumbido de guerra y entonaron otro más dulce como para darle la bienvenida y quejarse por haberlas dejado apenadas por su larga ausencia.

Nono pasó por alto aquellos detalles y recordó en cambio las historias de aquellos que, demasiado temerarios, pagaron con horribles sufrimientos la imprudencia de aproximarse demasiado á la habitación de aquellos irascibles insectos. Para colmo de desgracias, entre aquella ola viviente de bichos todos iguales, sin distinción de forma ni de color, era imposible reconocer á su guía, y, perdida toda esperanza, se tiró sobre un tronco caído interrogando angustiosamente al porvenir.

CAPÍTULO III

INSTRUIRSE VIAJANDO

Nada tenía de alegres las reflexiones de nuestro amiguito: ¿en qué país estaba? ¿encontraría comida? ¿estaba destinado á morir de hambre, ó, nuevo Robinson, se vería obligado á pasar su vida lejos de todo semejante?

Robinson, al menos, en su naufragio pudo salvar armas, herramientas, víveres y abordó á una isla provista de caza y frutos comestibles; pero Nono, en su paseo, aparte de los pajarillos, nada vió bueno para comer,

y en cuanto á herramienta ó arma sólo tenía un cortaplumas inútil para derribar árboles, serrar tablas y para cazar un gorrión al vuelo.

Y volvía siempre al punto de partida de sus reflexiones: ¿por qué se encontraba solo? ¿dónde estaban sus padres, sus hermanos y su hermana? Decididamente había en esto un misterio incomprensible.

Completamente absorto en estas reflexiones, Nono se desinteresaba de cuanto ocurría á su alrededor, cuando llamó su atención un zumbido fuerte y prolongado que producía una abeja revoloteando á su alrededor.

Y, nueva admiración de Nono, porque aquel zumbido, primero confuso é indistinto, tomaba poco a poco forma de lenguaje inteligible y parecía decirle:

-«…Calma tu pena, no te abandonaremos. Ven hacía mis hermanas; ven y te presentaré á nuestra madre, te consolaremos en tu angustia, te ayudaremos en tu necesidad.»

Levantó Nono la cabeza y reconoció á su protegida que le hacía signos que comprendió perfectamente: la abeja le indicaba que se levantase y la siguiera.

Obedeció sin vacilar: se levanto y siguió á su guía que dirigió al árbol que servía la colmena; pero á medida que se le aproximaban el viejo tronco iba perdiendo su forma, se atenuaban sus contornos, se transformaba su especto, y cuando Nono estaba á pocos pasos tenía ante sí un magnifico palacio, edificado sobre una amplia terraza á la cual se subía por amplia y señorial escalinata de mármol.

Una elegante columnata, formado vestíbulo, rodeaba el monumento, donde se agitaba la multitud de afanosas abajas, ocupándose unas en ventilar las diferentes piezas del palacio, otras en transportar los materiales recogidos en los campos y otras trabajaban aún en los muros del mismo palacio amoldando los departamentos á las necesidades á que se les destinaban.

Pero la más extraño de todo, lo que excedía la comprensión de Nono hasta el punto de alcanzar los más elevados límites del asombro, era que aquellas abejas no eran ya vulgares insectos: á medida que el tronco se transformaba en palacio, se agrandaban también aquéllas adquiriendo formas humanas sin perder por ello su aspecto primitivo, conservando las alas diáfanas que les permitía moverse libremente en el espacio.

La abeja que condujo á Nono sufrió la misma transformación, y ella volando y Nono subiendo la escalinata monumental, se acercaron á una dama que se hallaba sentada en un rico sillón de amplio respaldo. Cerca de ella se hallaban numerosas abejas libres de otras ocupaciones, que le traían almohadones para apoyarse cómodamente, alimento exquisito y perfumado, bebidas de olor delicioso.

Su rostro expresaba la mayor dulzura, y fijando en Nono su mirada con aire de amable bondad le hizo señal de acercarse.

Y como Nono no se atrevía a adelantarse le dijo con voz suave y melodiosa:

-¿Te inspiro miedo, hijo mío?

En casa de su padre había oído Nono decir que los reyes, las reinas, los emperadores y las emperatrices eran de carne y hueso como todos los hombres y todas las mujeres, no diferenciándose más que por la forma y la riqueza del traje; pero tanto se hablaba en la escuela de sus actos y de su poder, atribuyéndoles tanta acción sobre los acontecimientos y los destinos de los pueblos, que no podía conformarse con aquella igualdad, y su imaginación les concedía una esencia superior. Y como además había oído decir que las abejas estaban gobernadas por una reina, no dudó un instante que se hallaba ante persona tan majestuosa.

-No, señora reina.-se apresuró á contestar.

-¿Quién ha dicho que soy reina?-dijo la dama sonriendo.

-Bien lo veo yo, señora,-respondió el niño tranquilizándose.

-¿Y en qué lo has conocido?

-En que veo las demás abejas apresurarse á serviros, y también en que lleváis corona de oro.

-¡Niñeras! -dijo la señora-, riendo esta vez francamente; -confundes mis cabellos con una corona; en cuanto á las abejas que tan dispuestas ves á servirme, ten entendido que no son esclavas ni damas de la corte, ni servidoras, sino buenas hijas que aman y cuidan á su madre.
Nono, desconcertado, recordó efectivamente que la abeja que le condujo le habló de «nuestra madre», y como la veía allí cerca dibujando en su rostro una disimulada sonrisa burlona, se puso rojo como un pimiento riojano; pero á pesar de todo aun tuvo energía suficiente para excusarse diciendo que en la escuela le habían enseñado que las abejas eran gobernadas por una reina.

-Hijo mío, -dijo la dama, volviendo á su gravedad habitual, aunque con sonrisa bondadosa, -tu profesor es un ignorante; porque, á lo que se ve, habla de lo que no conoce: estudiando la vida en nuestras colmenas, los hombres han juzgado de nuestras costumbres según las suyas.

El primero que pudo penetrar los secretos de nuestra vida, viendo que las abejas dedicaban cuidados especiales á una de ellas, se empeño en exceptuarle de todo trabajo y fatiga, sacando en consecuencia que era un ser privilegiado, tan inútil como un rey, á quien las otras debían obediencia, y que su voluntad reglamentaba los trabajos de la colmena, y dio su descubrimiento á la imprenta. Así arregláis vosotros las cosas, y no suelen tener otro fundamento lo que aceptáis como verdades incontestables. Los partidarios de la autoridad han sacado de ello un argumento en su favor, y se continúa enseñando en las escuelas que las abejas están gobernadas por una reina.

Entre nosotras, sin embargo, es muy diferente: cada una de nosotras llena la función inherente á su naturaleza; pero no hay tal reina, ni menos función impuesta: unas hacen la miel, otras cuidan nuestra infancia; si las necesidades de la colmena lo exigen, algunas de sus habitantes, sin que nadie se los mande, espontáneamente y sólo porque comprenden que la convivencia general lo exige cambian de función

En cuanto á mí, no soy una reina, sino simplemente una madre encargada de suministrar los huevos que se convertirán en trabajadoras de nuestra república y futuras madres para nuevos ejemplares; y si las otras abejas me escogen, me cuidad y me miman es sólo porque cumplo un trabajo que ellas no pueden desempeñar por falta de sexo, y que su cumplimiento me impide ocuparme de otras tareas. Por tanto, ya lo ves, aquí no hay tal reina ni mandona inútil.

Nono escuchó con la boca abierta aquella leccioncita de historia natural, que echaba por tierra todas sus nociones adquiridas, y en su interior, como era algo listo y guardaba un poco de rencor á su profesor que en ocasiones le había reprendido ó castigado sin razón, formuló el propósito de pillarle á su vez en flagrante delito de ignorancia, cuando viniera á hablarle de la monarquía entre las abejas. Una sonrisa maliciosa plegó imperceptiblemente la comisura de sus labios.

-Anda, picaruelo, -dijo la madre abaja acariciándole las mejillas: -acuérdate del bien y del mal que se te haga, pero no seas injusto jamás.

Pero ahora caigo en que te distraigo con discursos que sin duda te parecerán fastidiosos, y tu amiga me recuerda que tienes hambre, y apenas me queda tiempo que dedicarte. Siéntate á esta mesa, que mis hijas han preparado en tu obsequio y satisface tu apetito.

En efecto, la emoción experimentada por Nono le había hecho olvidar su hambre, pero hacía algunos instantes que sus miradas hambrientas no se apartaban de una mesa que un grupo de abejas guarnecían de hermosos paneles colocados sobre hojas de higuera, excitando el apetito de nuestro joven con el dulce perfume que despedían.

Sin hacérselo repetir, se sentó á la mesa y gustó la miel. En una copa de cera modelada á su intención las abejas destilaron el dulce néctar que recogen en los cálices de las flores. Nono extasiado se regalaba con delicia.

Había abierto ya extensa brecha en la miel, agotado la copa, calmado su hambre y empezaba á parecerle dulzón aquel alimento, cuando la colmena y las abejas desaparecieron sin que Nono se diera cuenta de ello, atraída su atención por un murmullo que procedía del bosque precisamente enfrente del sitio que ocupaba. Lo que lo producía avanzaba hacia Nono desprendiendo á los del sol deslumbradores reflejos de oro sin que la vista pudiera distinguir ni precisar nada.

Como el rumor, cada vez más acentuado, avanzaba sin cesar, acabó por parecerle una agrupación inmensa de individuos, y excitado por el recuerdo de sus lecturas no dudó un solo instante que se trataba de un ejército de caballeros en marcha. Pronto distinguió guerreros con corazas doradas, cascos adornados con cuernos y plumas y ostentando escudos de esmeralda que despedían verdes y brillantes reflejos, pareciéndole que si los veía pequeños era a causa de la distancia.

Cuando todo ello estuvo más cerca, Nono debió reconocer que una vez más había sido victima de su imaginación, puesto que lo que tenía delante era un grupo de vulgares cárabos dorados.

Más aún: como avanzaban caminando sobre sus patas, sólo percibía su vientre negro y feo. ¡Adiós brillantes guerreros, ricas corazas y escudos chispeantes! Tiesos sobre sus patas, se agrandaban hasta alcanzar el tamaño de un muñeco de cinco céntimos, pero, ¡oh cruel decepción! ¡le pareció á Nono tener ante sí una tropa de sacristanes liliputienses!

Una docena de ellos marchaban dos á dos llevando al hombro una brizna de los espinos, formando una especie de parihuela sobre la que reposaba ancha hoja de paulownia japonesa, fruncidos sus bordes con espinas para darle graciosa forma de canastillo: de esos canastillos unos contenían suculentas y perfumadas fresas de los bosques, otros frambuesas que despedían perfumes más ácidos.

Detrás de cada parihuela marchaba un grupo de cárabos de donde se destacaban los que revelan á los portadores fatigados.

Todo eso se dirigía procesionalmente hacia Nono, sentado sobre el tronco de árbol en que su silla se había transformado cuando desapareció la mesa.

Cuando el cortejo llegó á ponerse delante de él, los cárabos formaron semicírculo, destacándose en primer término los portadores de parihuelas.

Uno de ellos salió del grupo y saltó sobre la rodilla de Nono: saludó levantándose sobre sus dos patas delanteras, la parte posterior de su cuerpo al aire, y con sus patas traseras frotó vigorosamente sus élitros produciendo un sonido poco harmonioso pero muy del gusto de Nono, que creyó que le decía:

-Intrépido niño, yo soy el que has socorrido cuando me hallaba en inminente peligro de muerte. Sin darte cuenta de ello has puesto en práctica la gran ley de la solidaridad universal que quiere que todos los seres se ayuden mutuamente. No podemos nosotros ofrecerte un manjar exquisito fruto de nuestro trabajo; pero he aquí frutas y frambuesas cogidas para ti. Espero que te agradarán y completarán la campestre comida ofrecida por nuestras hermanas.

Y á una señal los portadores depositaron sus canastillas á los pies de su destinatario.

Pero antes de pasar adelante, observo una sonrisa de incredulidad que se desliza sobre los labios de mis jóvenes lectores; les oigo murmurar acerca de la extraña postura que mi orador ha tomado para pronunciar su discurso. Es cierto que vuestro maestro de escuela no explica su lección andando sobre las manos, ni el señor inspector pronuncia su discurso en el solemne acto de la distribución de premios poniéndose patas arriba; pero, amiguitos, la madre abeja nos ha enseñado: no debe nunca juzgarse de las cosas tomándose como modelo-tipo, ni creer que lo que asemos debe servir de regla al universo, y si muchos de nuestros oradores, políticos ó de otra clase, se viesen obligados á hacer sus discursos en tal postura, eso les haría descender algunas ideas á la cabeza, cuya pesadez impide sin duda subir cuando se hallan de pie, y por lo mismo resultaban arengas hueras y vacías.

A la vista de tan apetitosos frutos Nono sintió que la boca se le hacia un agua; pero empezaba á formarse y comprendió que antes de hartarse como un glotón debía mostrar su gratitud á aquellos generosos cárabos.

-Señor cárabos, -dijo, -vos y vuestros compañeros sois muy amables y estoy contentísimo con vuestro regalo; con mucho gusto comeré esas fresas que me parecen excelentes; pero, en verdad, no merezco tanto; exageráis el servicio que os he prestado. Estabais metido en un enredo de ramas de donde no podías salir y de donde os he sacado sin la menor molestia por mi parte. Ya veis que la acción poco tiene de meritoria, y me confunde obtener vuestras alabanzas á tan poca costa.

-¡Oh!-dijo el cárabo, -si se mide el servicio por la pena que cuesta, el tuyo es de mínima importancia; pero como te debo la vida, merece gran consideración para mí. Un servicio no debe medirse así: lo que se aprecia es la manera de prestarlo, la espontaneidad y la buena gracia que le acompañan. Toma esos frutos con la misma buena voluntad con que te los ofrecemos, y con ello quedamos complacidos.

El cárabo agitó sus antenas á guisa de saludo y se preparó á descender de la tribuna que había escogido.

En ese caso, gracias, dijo Nono; -ya lo veis, con vuestro permiso.

El cárabo descendió de la rodilla; Nono tomó uno de los canastillos y lo despachó en un santiamén, y pasó al segundo.

Los cárabos, viniéndole tan atareado, tomaron su forma de insectos y volaron al bosque.

Nono, viéndolos volar, sintió pena pensando en que quedaba solo; los vió perderse en el follaje y le pareció como si antiguos amigos le abandonasen.

CAPÍTULO IV

EN EL PAÍS DE AUTONOMÍA

El sol continuaba en su carrera. Paras no dejarse sorprender por la noche, era necesario que nuestro pobre extraviado no se dejase abatir por la pena, siéndole preciso, al contrario, desarrollar toda su energía y ponerse en marcha.

Sacudió, pues, su cabeza en señal de resignación y como para desechar ideas importunas, y se puso en pie hará emprender su marcha, después de haber atado en su pañuelo dos canastillos de frutas que le quedaban y haberlo atado á su puño.

Pero sin que el menor rumor hubiese revelado su venida y su presencia, se halló delante de una alta y hermoso mujer, de rostro y mirada tan dulces como el de la madre de las abejas, pero bajo cuya amable sonrisa se descubría una voluntad fuerte, una energía poderosa.

Nono se detuvo intimidado, mirando curiosamente a la dama.

-Eres valiente, hijo mío; así me gustan los niños; pero no quiero dejarte más tiempo en la inquietud que sientes. Yo soy quien, habiéndote observado con detenimiento y sabiendo que deseabas tener un libro de cuentos, he querido darte el placer de que le vivas tú mismo.

Para ello he comenzado por sustraerte de casa de tus padres, sin que te apercibieses: no pases cuidado por ello; saben donde te he conducido y estarán al corriente de cuanto hagas y veas. Respecto de lo que te suceda, como verás, dependerá de ti: te pondré en lucha con las circunstancias, y, según obres, las consecuencias serán buenas ó malas. En definitiva, tú harás tus aventuras y las adornarás con tu comportamiento.

-Señora hada, prometo ser bueno -dijo Nono, intimidado por el largo discurso, del que no retenía más que esto: es preciso ser bueno y obediente.

-¡Bueno, obediente! Eso es, en efecto, lo que se pide á los habitantes del mundo de donde vienes. Aquí lo que se te pedirá en primer término es que seas tú mismo; luego que seas franco, leal, que digas lo que pienses, que obres en conformidad con tu pensamiento, que no hagas á tus compañeros lo que no querrías que hiciesen contigo; que seas respecto de ellos lo que desearías que fuesen hacia ti; lo demás marchara por sí solo.

Te hablo un lenguaje poco comprensible para tu edad; pero cuando, por ignorancia y no por mala inclinación, te engañes, á tu lado me tendrás para ayudarte.

No temas, ven, voy á conducirte cerca de compañeros de tu edad que te enseñaran mejor que yo á ser como se debe.

Y Nono vió cerca de sí un carrito tirado por seis hermosas cigüeñas.

A un signo de la dama, mudo de admiración, tomó asiento cerca de ella en el carro, y tomando su vuelo las cigüeñas se elevaron en los aires. El joven viajero vió desaparecer poco á poco los detalles de la campiña, que parecían desfilar bajo sus pies; los bosques se hacían cada vez, más pequeños, hasta que el verde de su follaje semejaba el tapiz de una pradera.

Después de haber recorrido cierto tiempo las alturas, las cigüeñas bajaron el vuelo acercándose á la tierra. Nono vió dibujarse en primer término las colinas, luego los ríos, después distinguió los árboles y por ultimo un edificio que le pareció en u principió como un juguete en medio de un jardín inmenso, que se adivinaba por sus territorios cubiertos de musgo y por sus parterres de variados colores. En el jardín se paseaban multitud de personajes que parecían divertirse.

Hacia aquel jardín se dirigieron las cigüeñas, depositando los viajeros al pie de la escalinata del edificio visto desde las alturas, que resulto ser un palacio magnifico.

A la llegada del carro, aquellos que Nono había percibido, que eran niñas y niños de los cuales el mayor apenas tendría doce años, se acercaron, y cuando descendió la compañera de Nono todos se precipitaron hacia ella con aclamaciones de alegría:

-¡Solidaria! ¡Nuestra buena Solidaria! ¡Viva Solidaria!-gritaban.-Queremos saber, sin poder conseguirlo, dónde os habíais dirigido. Nos habéis dejado sin advertirnos antes.

-¡Vaya, vaya! -decía la dama-, que no podía satisfacer á tanto chiquillo que se empinaba á su alrededor con la esperanza de obtener una caricia, un beso ó una palabra cariñosa; -si os echáis sobre mí de esa manera conseguiréis derribarme.

Les reservaba una sorpresa; ya lo veis: he ido á buscaros un nuevo compañero. Cuento con vosotros para ponerle al corriente de nuestro género de vida, y hacérsela agradable para que disfrute de ella con alegría.

Y añadió dirigiéndose á Nono:

-No te alejes nunca de tus compañeros; porque nuestro enemigo Monadio, rey de Argirocracia, envía sus emisarios á rondar por el bosque que circuye nuestra posesión, y sus genízaros echan mano, para reducirlos á esclavitud, de los imprudentes que se ponen fuera del alcance de nuestro socorro.

Luego, dirigiendo una ultima sonrisa de animación y cariño á los niños, se remonto en una nube que la ocultó á sus miradas.

Los niños se dispersaron, exceptuando algunos que quedaron para examinar al recién llegado.

-¿Cómo te llamas?-preguntó á Nono una niña de aspecto un tanto picaresco que no pasaba de ocho años.

-Nono,-respondió el pobrecillo, intimidado de verse objeto de todas las miradas.

-Yo me llamo Mab,-repuso la alegre picaruela.

-si quieres seremos camaradas; tu figura me agrada: te enseñaré nuestros juegos, y ya verás cómo se pasa aquí la vida alegremente. Por lo tanto no hay maestros que castiguen ni fastidien obligando á una quietud enojosa. Luego te presentaré á mis amigos Hans y Biquette, mis mejores camaradas; pero hay otros muchos; ya conocerás á todos.

Y añadió dirigiéndose á Hans:

-¿Verdad que quieres ser camarada del nuevo?

-dijo la niña dirigiéndose al nombrado.

-Seguramente,-dijo el personaje, que lo menos representaba diez años,-con tal que sea campechano. ¿Cuántos años tienes?- pregunto á Nono.

-Nueve.

- ¿De dónde vienes?-preguntó una rubita de siete años.

-¿Qué curiosa es esta Delia?,-dijo Mab.

-Responde qué le importa,-dijo uno de los presentes. Aquí nadie se ocupa de dónde se viene con ser buen compañero basta. Vamos á jugar.

Y tomando á Nono por la mano, le dijo:

-¿Quieres visitar el jardín?

Con mucho gusto.

-Te olvidas que pronto será la hora de hacer la recolección para la cena, -dijo una señorita de nueve años: ésta era Biquette, de quien había hablado Mab.

Tienes razón; me olvidaba de ello. Ya lo veras mañana. Vamos á buscar nuestros canastillos.

Y la banda se dirigió hacia un campo donde se hallaba un hombre de gras estatura y aspecto vigoroso, que, con sus brazos musculosos remangados y su fisonomía de rasgos energéticos, caracterizaba la fuerza y la energía; la dulzura de su mirada corregía lo que hubiera podido haber de excesivamente severo en la expresión de su rostro.

Rodeado por los niños, les distribuía cestitos y pequeñas herramientas apropiadas á sus fuerzas. Todos tendían las manos, gritando:

-¡A mí, á mí! ¡Labor!

-Y mi hermana Liberta, ¿no tendrá hoy quien le ayude? -dijo Labor sonriendo y señalando una mujer joven vestida con un ropaje flotante, color verde mar y que llevaba la cabellera suelta sobre la espalda.

-Yo he ido ya esta mañana,-dijeron varios niños y niñas.

-Ya iré yo, -dijo Biquette-.

-Y yo también, -dijeron otros, y tomando pequeños cubos que la mujer les acercaba, la siguieron hacia un edificio situado al extremo de aquel campo.

Nono miraba sin decir palabra, permaneciendo cerca de Mab y de Hans, que no se movieron del lado de Labor.

-Toma, pues, un cestillo, -dijo Hans, tocando á Nono con el codo. ¡Labor, un cestillo para el nuevo!

-¡Ah! Eres tú el que Solidaria ha tomado bajo su protección, -dijo Labor-. Aproximadamente, muchacho. Ya veo que tienes amigos. ¿Crees que estarás aquí contento?

-Creo que sí, -dijo Nono- tomando el cesto y la herramienta que le presentaba Labor.

-Yo estoy seguro de ello. Ve con tus compañeros que te esperan, y te enseñarán lo que ha de hacerse.

Terminada la distribución de los cestillos, los niños se dividieron en grupos esparciéndose por el plantío de árboles frutales que limitaba aquel campo, del cual estaba separado por postes que sostenían enrejados para sostener frescos y pendientes los frutos dorados y toda clase de árboles frutales.

-Ven, Delia; deja á los otros que van con Liberta á ordeñar las vacas. A mí también me gusta la leche; pero no me divierte andar detrás de aquellos animales, que me hacen temer siempre que me den una patada; es mucho más divertido gatear por los árboles.

-A mí, -repuso Hans-, -me gusta trabajar en los establos. No hay peligro de que las vacas hagan mal; esas buenas bestias son bien tranquilas; pero yo he estado esta mañana, y no me gusta hacer dos veces seguidas la misma faena.
Algunos otros niños se unieron al grupo de Nono, Hans y Delia.

-¿Qué vais á coger? -dijo uno de ellos.

-No sé. ¿Qué prefieres tú? -dijo Hans- dirigiéndose á Nono. Ya ves: hay uvas, melocotones, peras, ciruelas, bananas, ananás, grosellas y fresas: escoge.

Y con el ademán señalaba á Nono el amplio plantío donde se hallaban reunidos, no sólo los frutos de todas las latitudes, sino que al mismo tiempo maduraban los de las diversas estaciones; donde los árboles de la misma especie se hallaban en todos los grados de madurez, desde la flor hasta el fruto maduro y dispuesto para ser cogido.

Se hallaban en aquel momento al pie de un soberbio cerezo, que ostentaba bellísimas cerezas, negar y carnosas.

-¡Oh! Cerezas. ¡Cuánto tiempo hace que no las he comido, -dijo Nono, -engolosinado por los frutos que pendían sobre su cabeza.

-Pues sube; yo te serviré de caballete,-y entrelazando sus manos indicó á Nono que pusiera el pie, para trepar después sobre sus hombros.

Pero no siendo aún suficiente alto para alcanzar las ramas más bajas, y criado en la ciudad, no había aprendido á trepar á un árbol.

-Pues mira,-dijo un niño, rojo, gordo y rechoncho que había quedado con el grupo,-eso se hace así.

Y abrazando el árbol, trepó como un mono, y una vez bien instalado entre dos ramas no tardó en hacer llover una avalancha de frutos en el delantal de un compañero de seis años.

Nono miró con envidia el muchacho en el árbol.

-Espera, -dijo Hans, -vuelvo al instante, -y dirigiéndose á una especie de almacén, trajo una escalera que aplicó sobre el cerezo.

-Ahora puedes unirte á Sandy. ¿Pero no quieres más cerezas? ¿No te gustan las bananas y las ananás?

-No sé qué son, no las he visto nunca, -dijo Nono ya instalado en el árbol con la boca llena de cerezas.

-Bueno, ya cogeré para la hora de la comida. Mab dio su preferencia á hermosos racimos de grosellas que crecían en frondosos arbustos cerca del cerezo.

-Qué agradable es, -dijo Sandy, -coger uno mismo su comida.

-Sí, muy agradable -afirmó Nono, comiendo las guindas que acababa de coger, tomando con más frecuencia el camino de la boca que el del cestillo; pero como las ramas se encorvaban bajo el peso de los frutos, pudo ampliamente satisfacer su glotonería y además llenar el cesto y el de Sandy, que ya se había bajado hacía rato, recordando que nadie había pensado en recoger hojas, que se necesitaban para presentar los frutos a la mesa. Dejó, pues, el cesto a Nono para dirigirse al emparrado a recoger las hojas más hermosas.

Como Nono se entretenía en picar de aquí y de allá algunas grosellas, Mab, que había terminado su recolección ya hacía bastante tiempo, le tomó por la mano, llevándole hacia la plaza donde se hallaba Labor recogiendo la recolección que llevaba cada uno de los niños, dejándola sobre el musgo para colocarla después en pirámide en los canastillos.

Nadie, en efecto, había pensado en hacer provisión de hojas, por lo mismo Sandy fue aclamado por todos cuando llegó con una amplia provisión de ellas.

Cuando los cestos fueron llenos y bien adornados, los niños se dirigieron hacia el edificio que Nono sólo había podido entrever a la bajada del carro.

Toto, Mab, Biquette y Delia, que decididamente le tomaron bajo su protección, marchaban con él.

Nono se admiraba de ver a los niños abandonados a sí mismo, toda vez que Solidaria, Liberta y Labor, aparte de las cortas apariciones en que apenas se dejaban ver, desaparecían sin dar más señal de existencia.

-Eso te admira -respondió Hans- pues todos los días sucede lo mismo; no se les ve sino cuando se tiene necesidad de ellos; entonces, sin buscarlos, aparecen ante nosotros, como si adivinasen que tenemos necesidad de su auxilio.

-Y cuando uno no es bueno, ¿cómo se os castiga? ¿Quién castiga aquí?

-Nadie -respondió Mab-. ¿Cómo quieres que no se sea bueno, cuando no se os impide divertiros a vuestro gusto y nadie os obliga a hacer lo, que no os agrada?

-Bueno, pero ¿quién cuida del jardín y de los árboles, y también de las vacas que os suministran la leche

-¡Nosotros!, es muy agradable cavar, regar, sembrar; ya lo verás. Sobre todo, si es necesario, Labor está ahí para ayudarnos con su tropa de geniecillos, que en cuanto se necesita ponen mano al trabajo más duro para que se haga sin esfuerzo.

Pero ya tendrás tiempo de verlo, puesto que has de permanecer entre nosotros. Ya hemos llegado.

CAPÍTULO V

LA GLOTONERÍA CASTIGADA

El edificio hacia el cual se habían dirigido los niños estaba emplazado sobre una ancha explanada bien enarenada, cortada por amplios espacio cubiertos de musgo, ostentando algunos de ellos frondosos árboles, bajo los cuales los niños que no se habían empleado en la recolección de frutos o en ordeñar vacas, habían colocado grandes mesas cuadradas, que en aquel día, en honor del recién llegado, se habían unido por los extremos, pero que ordinariamente se colocaban separadas, cubiertas con limpios manteles y llenas de platos y fuentes adornados con sencillos y cándidos dibujos.
Las sillas marcaban el sitio de cada comensal.

Los que llegaban colocaron sus frutos sobre fruteros de la misma porcelana que los platos. Había allí una muestra de casi toda clase de frutas, no solamente manzanas, peras, uvas, albaricoques, dátiles, naranjas y bananas, sino una infinidad de otras que Nono no había visto jamás, y alternando con ellas pasteles de variadas formas, debidas al ingenio de Labor, colocados en hermosísimas bandejas. Flores en jarrones artísticos combinaban el esplendor de sus colores con el más atenuado de las frutas.

Otros niños trasegaban la mantecosa leche a lindos potes de alfarería, de formas elegantes y tonos harmoniosos, lo que agradaba a la vista tanto como un perfume discreto halagaba al olfato, llenando la boca de agua a los menos glotones.

Cuando todos hubieron llegado y la mesa se halló perfectamente dispuesta, cada uno se colocó según sus gustos y preferencias al lado del camarada que más le atraía provisionalmente.

Nono se hallaba entre sus nuevos amigos que le nombraron los que se hallaban más cerca, y enfrente tenía Getchen, Fritz, Lola, Vinia, Bepo, Pat, Estrella, pareciendo como si en comunión cosmopolita se hallasen allí representados los nombres que se usan en todas las naciones del mundo.

Hasta negros y amarillos de ojos oblicuos tenían allí infantil representación.

Todos reían y charlaban amistosamente, como había dicho Mab, sin preocuparse de qué rincón del mundo habían venido.

Circularon las copas alrededor de la mesa, cada cual escogía a su gusto; unos tomaban de todo mientras que otros se hartaban de lo que por el momento era objeto de su preferencia; pero la distribución se hizo muy cordialmente, ya que el apetito más voraz no pierde la calma cuando sabe que tiene con qué satisfacerse ampliamente.

-¡Vaya! -quiero servirte-, dijo Mab tomando una copa. -¿Qué prefieres: melocotones, uvas?

-No -dijo Hans-, mejores son las bananas que he cogido para él.

Y cada uno ponía en el plato de Nono sus frutas preferidas.

-Ya comeré de todo -dijo Nono-, y se puso a pelar una banana, siguiendo la indicación de Hans.

Pero se detuvo al primer bocado.

-¿No te gusta eso? -preguntó Hans algo contrariado, porque esperaba que el favorecido lanzara exclamaciones de placer.

-Sí -dijo Nono-, no es malo, pero me gustan más las uvas, y picó el racimo que Mab había puesto en su plato; pero después de haber comido algunos granos, se declaró vencido. Abandonando el racimo en el plato, le rechazó suavemente, mirando con tristeza las copas con frutas tan diversas y apetitosas que momentos antes le parecían pocas para saciar su voracidad, y que, ya harto, miraba con desdén.

-¿Qué tienes? -dijeron a la vez Mab y Hans, sus vecinos de derecha y de izquierda, observando sus actos y la expresión de su rostro-.

-¡No tengo gana! -contestó con tono tan lastimero como si anunciara la mayor desgracia que pudiera sucederle-.

-¿No te gustan esas frutas tan hermosas? -dijo Mab-.

Nono movió la cabeza negativamente.

-¿Estás malo? -preguntó Hans-.

-¿Tienes alguna pena? -añadió Mab, con aquella expresión de gracia femenina que participaba de los tonos maternal y fraternal-.

Biquette y Delia, viendo lo que ocurría, rodearon a Nono y manifestaron también el más cariñoso interés.

Avergonzado y confuso, Nono acabó por declarar que, harto de la miel de las abejas, y de las frambuesas y fresas de los cárabos, su glotonería le había inducido aún a atracarse de cerezas mientras las cogía y, por consiguiente, su estómago, dilatado como saco lleno y a punto de reventar, se negaba a recibir un átomo más de comestible.

-Bebe un poco de leche -dijo Delia-, eso te sentará bien, y después comerás este hermoso melocotón.

Nono trató de beber algunas gotas, pero la leche le causó repugnancia.

Y lanzando una mirada de avaricia impotente hacia aquellas frutas suculentas que aún atraían sus miradas, el joven glotón hubo de contentarse viendo cómo sus compañeros, rebosando felicidad y alegría, picaban de una parte y otra las frutas de su preferencia, y se prometió ser más prudente en el futuro moderando su glotonería.

Excitaba la curiosidad de todos por la mención que había hecho de su comida en el bosque, refirió sus aventuras con el pinzón, las abejas y los cárabos, que sirvieron como conferencia de sobremesa, y valieron al conferenciante plácemes y felicitaciones.

Terminada la comida, se levantó la mesa, lleváronse manteles y servilletas a los armarios correspondientes y la vajilla a la cocina, donde, por medio de máquinas inventadas por Labor, se lavaba y secaba toda, y por último se colocaba en aparadores que adornaban la cocina, la cual se hallaba situada en un pabellón poco distante del edificio, oculto por una cortina de árboles, arbustos y flores; las mesas y sillas se colocaron convenientemente cerca de las paredes del salón.

Cuando todo quedó en orden, los niños se esparcieron por el jardín discutiendo los juegos con que pensaban divertirse: muchas niñas, la mayoría, querían jugar a la mamá o a la maestra de escuela, vagas reminiscencias de sus juegos antes de llegar a Autonomía; los niños, al marro, al paso o al peón; y después de declarar el punto suficientemente discutido, acabaron por organizarse en grupos y jugar cada cual a lo que le dio la gana.

Luego, poco a poco, fueron desprendiéndose de los grupos algunos individuos, atraídos por otros que parecían inspirarles nuevas y mayores simpatías; hubo niños que se acercaron donde las niñas jugaban a muñecas, como fascinados por cierta encantadora dulzura, y niñas de arranque y carácter inquieto que recogiendo y sujetándose las faldas con alfileres, quedando como si llevaran calzón corto, saltaban sobre sus compañeros más ágiles que saltamontes, gritando: «a la una le daba la mula», «a las dos le daba la coz», y espoleaban graciosamente al saltar la parte trasera del compañero, que permanecía inclinado para que saltaran todos esperando que le reemplazara el primero que cometiese una infracción de las leyes del juego.

Insensiblemente se habían ido mezclando los grupos y formándose otros hasta llegar poco menos que a agotar el catálogo de los juegos infantiles.

Nono, que debutó jugando a las cuatro esquinas con Hans, Mab, Biquette y Delia, se encontró al final comprometido en una partida de gallina ciega, con una veintena de niñas y niños, contando ya un respetable número de amigos, entre los que se distinguía Cosalia, hermosa mulata de la Guadalupe, y Dudú, sólido negro congolés.

Mab y Hans formaban parte de un grupo muy ocupado en resolver adivinanzas que cada uno proponía por turno. Biquette y Delia saltaban la cuerda.

Los que se cansaban de jugar venían a sentarse a la escalinata, donde, sentados seguían con la vista los juegos de sus compañeros.

El sol se había ocultado hacía pocos momentos, la oscuridad caía con lentitud, pero la noche se anunciaba dulce y tranquila y las voces de los jugadores se extinguían poco a poco.

Solidaria apareció en lo alto de la escalinata:

-Hijos míos -dijo-, os preparo una sorpresa.

Una compañía de gimnastas se ha ofrecido para dar una representación de sus ejercicios esta noche. Se trata de recibirlos bien. ¿Dónde queréis que se verifique el espectáculo, en la sala de teatro o fuera?

-¡Sí, sí, fuera es mejor! -exclamaron los niños, que acudieron todos y acogieron la noticia con entusiasmo-.

-Pues manos a la obra. Labor os ayudará.

Entretanto los niños aplaudían y saltaban de alegría.

CAPÍTULO VI

FIN DE VELADA

Los niños corrieron al almacén donde se conservaban las herramientas y accesorios a propósito, y allí, ayudados de Labor y de algunos de sus geniecillos, sacaron maderas y telas y las llevaron a la explanada.

En ella levantaron una inmensa tienda cuadrada frente a las gradas de la escalinata, que debían servir de asiento a los espectadores.

Nono quedó maravillado de ver la inteligente actividad de los geniecillos o diablillos de Labor; con su ayuda, los más pesados mástiles eran manejados por media docena de niños tan fácilmente como si se tratara de una varilla sin importancia; las telas que formaban la tienda, a pesar de su pesadez, se tendieron sin el menor esfuerzo aparente.

Aquellos diablillos eran hombrecitos contrahechos, de no buen ver, con trajes de capucha rojos iguales a los gnomos que había visto como marca de un fabricante de máquinas de coser o en las láminas de libros de cuentos; ágiles como monos, fuertes como bueyes y, aunque de feo aspecto, alegres y amables siempre y dispuestos a dar una broma para reír a costa del que tomaban por primo. Así, por ejemplo, hallábase Dick ocupado en levantar un pesado mástil, y se entretenía en tirar disimuladamente de la punta de la capucha de un enanillo de aquellos; éste, que fingía no sentirlo, se arregló de modo que enganchó el vestido de Dick al extremo superior del mástil en el momento que se hacía el último esfuerzo para elevarlo; y el pobre Dick quedó suspendido en el aire, agitando brazos y piernas como una araña, de cuya peligrosa posición quedó libre al instante, no sin que gozara riendo socarronamente el autor de la farsa.

Aparte de este incidente, todo marchó sin dificultad, y poco tiempo después estaba a punto la improvisada sala de espectáculo, con trapecillos, anillas, paralelas, trampolines y otros diversos aparatos gimnásticos.

La iluminación corrió a cargo de la hada Electricia, otra compañera de Labor, que sabía hacer las cosas en grande y dejar satisfecha su clientela. Lámparas enormes, colocadas en elevados soportes, esparcían una luz blanca, ligeramente azulada como un rayo lunar. Se veía tan claro como en pleno día.

Labor se aseguró de la solidez de las amarras y de los aparatos y hallándolo todo a satisfacción, dijo:

-Corriente; todo queda bien y firme. Ya pueden venir vuestros artistas.

-Y he aquí el aposento que se les ha preparado -dijo Solidaria-, levantando el portier que ocultaba la entrada de otra tienda inmediata, formando elegante salón donde podían permanecer los artistas, y que, aunque reducido, tenía las proporciones necesarias y se hallaba adornado con gusto, ostentando la rica variedad de flores de los parterres de Autonomía.

-Puesto que todo está en orden, tomemos asiento -dijo Labor-.

-Electricia puede avisar a los artistas que su sala está lista, -añadió Solidaria-.

A continuación se dirigieron todos a la escalinata y tomaron asiento; establecióse profundo silencio y una orquesta invisible encantó al auditorio, preparando la aparición de los artistas, quienes, aún no extinguidas las vibraciones de las últimas notas, se presentaron produciendo alegre exclamación de agrado y alegría en aquel público infantil.

Los artistas eran cinco: cuatro de ellos representaban perfectamente ranas enormes de color verde con tonos y visos amarillos, y el quinto era un renacuajo picaresco que acentuaba la nota simpática de la compañía.

Colocados en línea frente a la escalinata, los artistas saludaron a la asamblea, abriendo una bocaza colosal y unos ojazos de la más marcada estupidez, lo que produjo carcajada general en la concurrencia.

Enseguida echaron mano a los trapecios y anillas, y desarrollaron una serie de ejercicios de agilidad, fuerza y gracia. El renacuajo, que era el clown de la compañía, repetía los ejercicios de las ranas, recargándolos de incidentes cómicos, de tal modo ridículos y graciosos que se ganó principalmente la simpatía del público y para él fueron los mayores y más entusiastas aplausos.
Terminada una serie de contorsiones, cabriolas, caídas, suspensiones atrevidas, airosas o cómicas, los artistas se formaron nuevamente en línea y saludaron, en tanto que la asamblea les tributaba una ovación.

Luego, instantáneamente, desapareció el traje de ranas, y aparecieron vestidos con trajes ceñidos de color azul celeste, con bordados y finísimas lentejuelas de plata, que les daban el aspecto de hermosas mariposas.

Y como los jóvenes espectadores reconocieron cinco de sus camaradas que en secreto les habían preparado aquella sorpresa, redoblaron sus aplausos con entusiasmo rayano en delirio.

Por su parte, los artistas, impasibles, saludaron y en las paralelas se entregaron a nueva serie de ejercicios distintos de los anteriores pero no menos graciosos y elegantes, que pusieron el colmo a la admiración, alegría y entusiasmo de la concurrencia.

La compañía dio fin al espectáculo, saludó y se retiró al salón de descanso.

Durante los ejercicios la música no cesó de oírse, oculta siempre, pero uniendo su ritmo al movimiento de los gimnastas.

Nono abría desmesuradamente los ojos, y por la natural tensión de los músculos faciales abrió la boca, quedando inconscientemente convertido en un papanatas.

-¿Has visto -dijo a su vecino Hans- qué risa da el pequeño? ¿Cómo se llama?

-Ahmed -contestó Hans, que estaba no menos entusiasmado-. ¿Y has visto el grande? ¡Cómo se sostenía teniendo fijos los talones en la escala con la cabeza hacia abajo!

Todos cambiaban reflexiones por el estilo, no agotando su entusiasmo acerca de los ejercicios que más habían fijado su atención.

-Vamos, basta ya -dijo Amorata, otra hermana de Solidaria, que acaba de hacer súbita aparición-, es preciso pensar en acostarse: se os comienzan a hinchar los ojos por el sueño, pero antes habéis de recibir noticias de vuestros padres, como os tengo prometido para cada noche.

Y a un signo suyo, los gnomos de Labor colocaron una gran tela blanca en el fondo de la tienda; hízose completa oscuridad de repente y un haz luminoso partiendo del aparato trazó un círculo sobre la tela blanca.

Nono no comprendía lo que aquello significaba, y ansiaba saber si él, recién venido, recibiría también noticias de su familia.

Teniendo los ojos fijos en el círculo luminoso vio primero ligera neblina que se agitaba, se dividía, para reunirse en seguida en puntos que acabaron por formar una clara imagen que Nono reconoció en seguida.

Era el comedor de su casa. Una puerta entreabierta permitía ver otra pieza donde el hermano mayor se preparaba para acostarse.

Sentado a la mesa, en el comedor, el padre leía el periódico; Cendrina, cerca del padre, escribía su lección del día siguiente, y la madre cosía al otro extremo de la mesa.

Llamaron a la puerta de la habitación y la madre fue a abrir; era la portera que traía una carta.
Bien manifestó deseo la portera de echar un párrafo, pero la familia estaba impaciente por conocer el contenido de la carta y no se cuidaron de la portera para nada.

La madre abrió la carta y la leyó en alta voz; era de Solidaria que enviaba noticias de su protegido.

Cendrina, que escuchó atentamente, expresó el deseo de tener aventuras como su hermano, pero se le objetó que eso de las aventuras no era cosa de niñas.

-En esto se engañan -pensó Nono, que se veía rodeado de igual número de niñas que de niños.

Hasta Titi tuvo envidia de un país en que parece se podía vivir sin encerrar los niños doce horas en un taller.

Luego se borró la imagen, fue estrechándose el círculo luminoso hasta desaparecer y la luz inundó de nuevo la sala.

-Mab -dijo Nono, dirigiéndose a su amiguita-, ¿has visto a papá y mamá?

-Sí -respondió la interrogada-, y también a mi hermanita May que jugaba con nuestro hermoso gato blanco y negro.

-No -replicó Nono-, si yo te hablo de mi padre y de mi madre.

-¡Ah! -exclamó riendo Mab-, no me acordaba; no sé cómo se hace eso, pero sucede que con una sola imagen en la tela cada uno ve lo que le interesa directamente, y nada más.

-Sí -agregó Hans-, es una linterna mágica bien rara. Tú has visto tus padres; yo los míos; cada cual, los suyos, sin ver nada de lo que veían los otros.

Nono quedó asombrado, pero como en aquel día llevaba vistas cosas tan estupendas, aunque sin perder la facultad de admirarse, se iba habituando a las cosas extraordinarias.

La minúscula población de Autonomía subió las gradas de la escalinata, y Nono, siguiendo a sus compañeros, se encontró en el peristilo donde se abrió una gran puerta que daba acceso a un vestíbulo en que había varias puertas y una escalera que conducía a los pisos superiores.

-Ven -dijo Hans a Nono-, nuestros cuartos están en el primer piso; junto a los nuestros hay uno desocupado que será para ti.

El enjambre de niños se dispersó por la escalera y los corredores, y Hans, Nono, Biquette y Mab se dirigieron a la derecha.

-¿Ves? -dijo Hans entrando en una pieza donde tocó un botón que lo inundó de luz-, aquí puedes quedarte; mi cuarto está al lado, el de Mab en frente y los de Biquette y Delia un poco más separados pero en el mismo corredor.

Nono vio que la pieza era espaciosa, iluminada y aireada durante el día por una ventana que daba al jardín, y estaba graciosamente amueblada con una camita que ostentaba sábanas y colchas finas y de deslumbradora blancura; en un rincón se hallaba el lavabo, un armario, una mesa y dos sillas completaban el mobiliario.

-Toma -dijo Mab, dejando sobre la mesa tres o cuatro libros que trajo de su cuarto; me había olvidado de dejarlo en la Biblioteca, y aprovechando este olvido, aquí los tienes por si quieres leer antes de acostarte.

-Si durante la noche tienes sed, bebe esto -dijo Hans, mostrándole una jarrita de leche que quedaba sobre la mesa.

-Si la luz te molesta -añadió Dick, que también quiso contribuir a la introducción de Nono-, no tienes más que tocar este botón -y, uniendo la acción a la palabra, dejó el cuarto a oscuras por un momento, y en seguida reapareció la luz.

Nono, cansado de tantas y tan variadas emociones, dio a todos las gracias, saludó besando a cada uno, salieron, se acostó y el silencio reinó en el palacio.

CAPÍTULO VII

EL TRABAJO EN AUTONOMÍA

Era ya bien entrado el día cuando Nono fue despertado por un grupo de compañeros que invadieron su cuartito.

-¡Hu, hu! ¡El perezoso! -dijo Mab con expresión burlesca y figurando los cuernos con las manos en la frente apuntando dos dedos-. ¡El perezoso, que duerme bajo un sol que deslumbra! ¡Hu, hu!

-Anda, levántate -dijo Hans-, que vamos a trabajar al jardín.

-No -replicó Mab-, porque me prometió ayer venir a ordeñar las vacas conmigo.

Nono se levantó y se vistió rápidamente.

Los niños del grupo levantaron las sábanas, mulleron el colchón e hicieron la cama, mientras que las niñas barrieron, limpiaron el polvo y dejaron todo en regla, quedando arreglado el cuarto en menos que canta un gallo.

Terminada esa operación, los niños se dirigieron a una pieza del piso bajo dispuesta para el servicio de sala de baños, en la que había dos amplias, limpias y hermosas piscinas; una de agua a la temperatura natural, otra de agua templada para los frioleros; además, alrededor de la sala, había aparatos para toda clase de duchas.

En un instante se desnudaron todos, formando grupo encantador en el cual las modulaciones graciosamente timbradas de una charla continua, los reflejos de la luz sobre una piel tersa y sonrosada y la corrección absoluta de las formas constituía un cuadro de sublime hermosura.

Bañados, secos, vestidos y cada cual con más ánimos que un Sansón, se dirigieron a desayunarse al comedor, donde se les sirvió leche, chocolate o café.

Biquette trajo de la cocina una chocolatera llena de suculento chocolate, de la que llenó una gran taza y dijo a Nono:

-Toma, lo hemos preparado especialmente para ti.

-Y he aquí excelente galleta bien untada de manteca -le dijo Delia, que hacía rato se dedicaba a preparar aquellas apetitosas tostadas.

Nono dio las gracias a todos y se desayunó con buen apetito, mientras que los demás hacían otro tanto.

Satisfecha aquella necesidad, se dispersó la bandada. Mab tomó a Nono por la mano y le llevó hacia los establos, pero las vacas ya habían salido a pastar.

Al atravesar los establos, Mab hizo observar a su compañero la limpieza que en ellos dominaba, tan diferente de lo que en este punto recordaban haber visto en los campos de los países de donde procedían, sombrías, sucias y mal olientes.

Grandes salas, perfectamente iluminadas, cuyo pavimento lo formaban anchas y bien unidas losas, con ligera pendiente para conducir los líquidos a los canalículos que los arrastran al exterior, sólidas separaciones formadas de planchas de corte elegante para separar cada animal, donde se mueven cómodamente pesebres llenos de heno; una capa de paja fresca renovada con frecuencia; una bonita placa de mármol en cada sitio con el nombre de su locatario... tales eran los establos de Autonomía.

-¿Ves qué bien alojados tenemos nuestros animales? -hizo observar Mab-. Éste es el pesebre de mi preferida, de mi Blanquita. ¿Ves su nombre aquí? Vamos al prado a buscarla.

Atravesando el establo, abrieron una gran puerta que daba al prado donde pacían y se solazaban tranquilamente las vacas.

Algunos autonomianos se ocupaban en ordeñarlas.

-He aquí mi Blanca -dijo Mab, corriendo hacia una de ellas, que lanzó alegre mugido al ver a su amita, quien pasando sus brazos alrededor de su cuello le besó el hocico. -Mira qué limpia es. Somos compañeras y no olvida nunca que siempre le traigo golosina.

Diciendo esto, Mab sacó del bolsillo un puñado de sal que el animal saboreó con delicia. Después, tomando un banquillo y un tarro, la niña se dispuso a ordeñar la vaca.

Al cabo de un momento de ejercicio, propuso a Nono que ordeñase a su vez.

Nono ocupó su lugar, pero sus inexpertos dedos, sirviendo mal a su voluntad, no consiguieron extraer una sola gota de leche, con gran disgusto, porque al ver la facilidad con que Mab la hacía caer al tarro le pareció una operación sencillísima.

No obstante, a fuerza de ensayos y de explicaciones de su amiga, llegó a sacar algunas gotas, lo que causó gran alegría a los dos niños, como si hubiesen realizado una maravilla, y Nono, que comenzaba a desanimarse, adquirió nuevos ánimos, pero Mab ocupó nuevamente su sitio y no se movió hasta llenar el tarro.

Nono, a quien no gustaba el papel de espectador, se puso a coger flores de las infinitas que esmaltaban la pradera, y habiendo hecho una gran recolección, tuvo la idea de dar una sorpresa a sus amigas Mab y Delia, que tan complacientes habían sido para él, y al efecto se instaló a la sombra de un hermoso nogal, y con las flores recogidas trenzó hermosas guirnaldas combinando los colores de la manera que le pareció más harmónica.

Terminaba la segunda guirnalda y comenzaba una tercera, cuando al levantar la vista vio a Mab que le contemplaba.

-¿Qué haces? -le preguntó-. ¿Para quién son esas hermosas guirnaldas?

-Hay una para ti -respondió Nono, arreglándosela sobre sus cabellos.

-¿Para mí esta bella guirnalda? -exclamó Mab en el colmo de su alegría, corriendo a mirarse en un arroyuelo que corría al borde del prado. Después volvió diciendo: -Necesito besarte-. Y aplicó dos fuertes y sonoros besos en las mejillas de Nono.

-Esta -dijo Nono, mostrando la que acababa de terminares para Delia, la otra para Biquette. Y colocándolas en su brazo para que no se estropeasen, fue a buscar el tarro de Mab para llevarlo a la lechería. Luego fueron a buscar a sus dos amiguitas.

Fueron al jardín y en él encontraron a Hans que, con algunos otros compañeros, cavaba en un sitio apartado donde se proponían efectuar algunos experimentos.

Habían leído en un tratado de jardinería que injertando árboles de la misma especie se podían obtener frutos diferentes sobre el mismo tronco y rosas de distintos colores sobre un mismo rosal, y deseosos de asegurarse del hecho, querían hacer plantaciones de las especies que se proponían injertar. Nono admiró el ardor con que removían la tierra, cavando, ahuecando y preparando los abonos que se les había indicado como más convenientes para los efectos que se proponían experimentar.

Hans ignoraba dónde se encontraba Biquette y Delia.

Nono y Mab fueron más lejos, y encontraron a Biquette en uno de los invernaderos, cuidando de las plantas que allí se cultivaban.

A la vista de la hermosa guirnalda que se le dedicaba Biquette aplaudió y saltó de alegría. Todas sus compañeras dejaron su trabajo para venir a admirarle también, y Nono se comprometió a enseñarles a fabricarlas.

Interrogada sobre el punto donde se encontraría Deba, Biquette aseguró que se la encontraría en la parte del jardín dedicada al cultivo de granos.

Mab y Nono se dirigieron corriendo al sitio indicado, y encontraron a Delia con un pincel en la mano, tomando un polvo amarillo que muchos de vosotros habréis visto en las flores cuando están completamente abiertas. Con ese mismo pincel, Delia tocaba el cáliz de otras flores diferentes.

-¿En qué te entretienes? -preguntaron Mab y Nono con curiosidad.

Delia respondió que su profesor botánico les había explicado que casando ciertas plantas entre sí se obtenían granos de una especie diferente de formas y de colores, que es lo que se llaman híbridos.

Y como Nono no entendía una palabra, porque jamás en su vida había abierto un libro de historia natural, Delia le explicó cómo se forma el grano en las flores.

-Este polvo que recojo -dijo- sale de una bolsita llamada amera, y es recogido por otra parte de la flor que se llama estigma; ordinariamente los dos órganos se hallan en la misma flor, pero hay ciertas especies en que se hallan sobre pies separados.

En el primer caso la planta se dice que es hermafrodita, en el segundo los pies que tienen las ameras se denominan machos y los que recogen el polvo son hembras, y son éstos los que producen el grano.

El estigma conduce los granos de polvo amarillo que ha recogido en un glande que se llama ovario y allí se engrosan mientras engrosa también el órgano que los ha recogido. Así se forman las frutas como las peras, las manzanas; las pepitas del interior son el grano producido por los granitos de polvo amarillo.

En estado libre los insectos que vienen a buscar alimento en las flores prestan ese servicio, transportando este polvo amarillo de una flor a otra. Aquí Delia, con su pincel, reemplazaba a los insectos sólo que en lugar de llevar el polvo amarillo llamado polen a flores idénticas, lo llevaba a flores de géneros diferentes con el propósito de crear una nueva variedad.

Pero mientras daba aquellas explicaciones y mostraba a Nono, en una flor que había cogido, los órganos que nombraba, Delia fijaba sus miradas en la guirnalda que llevaba Mab y en la que Nono guardaba aún en su brazo.

Nono, que la observaba y adivinó su deseo, se apresuró a decirle:

-¿La ves? Es para ti, y se la puso en la cabeza. Deba se manifestó no menos agradecida y contenta que sus amiguitas Mab y Biquette, y a las otras que acudieron a admirar aquella manifestación de fraternidad y buen gusto artístico debió también prometerles la enseñanza de su fabricación.

Aquello fue un exitazo, como se dice en la jerga artística; durante ocho días no se pensó en otra cosa en Autonomía que en la construcción de guirnaldas, hasta que se agotaron los prados, se saquearon un poco los jardines y no sé si se hubieran librado del todo los mismos invernaderos si un nuevo juego no hubiera venido a operar una desviación del pensamiento, haciendo abandonar las guirnaldas.

A todo esto llegó la hora de la comida; las mesas se sirvieron también al exterior, sobre la explanada, porque el tiempo era espléndido, y Nono, que esta vez tenía hambre, pudo gustar, no sólo de las frutas que le gustaban, sino también de muchas otras que no conocía ni había visto en su vida. No pudiendo ya comer, como si cometiera una falta, metió disimuladamente en su bolsillo media docena de frutas parecidas a manzanas, cuyo nombre desconocía, pero que le parecieron excelentes, y que, cuando se levantó de la mesa fingiendo un pretexto, llevó a su cuarto.

CAPÍTULO VIII

LA ESCUELA

Al levantarse de la mesa, los niños se esparcieron por los jardines, organizando toda clase de juegos. Nono bajó de su cuarto y se mezcló con ellos, pero un grupo de señoritas de cinco a siete años le pidió que comenzase en seguida sus lecciones sobre el arte de tejer las flores, y accedió a su deseo.

Hallábase en medio de este grupo, cuando una hora después vinieron a buscarle Hans, Mab y compañía.

-¿Vamos a la escuela -le dijeron-, ¿vienes con nosotros?

-Verás cómo nos divertimos -añadió Dick, que se había unido a ellos.

Nono, que no deseaba otra cosa que ver novedades, prometió a sus discípulos continuar su lección el día siguiente y siguió al grupo de los estudiantes.

Entraron en una espaciosa sala del piso bajo, donde, convenientemente colocadas, había mesas y sillas; pero no de esas mesas y bancos de una sola pieza que ocupan todo el ancho de una sala, que apenas dejan paso y donde es trabajoso mudar de sitio, sino mesitas cuadradas para un solo escolar, que podían transportarse a voluntad y disponer como se quisiera, porque a los escolares nadie les privaba de reunirse por grupos.

Nono y sus amigos se instalaron cómodamente en una de aquellas mesas, y muchos otros compañeros se situaron igualmente en distintos puntos de la sala.

Liberta, que presidía las lecciones, procuraba más bien atraerse o sugerir preguntas de los niños que llenarles la cabeza de ideas que no suelen comprender.

Una vez sentados todos, Liberta consultó a los escolares el asunto de la lección del día.

-Referidnos la historia de la imprenta -dijeron unos.

-No, explicadnos astronomía -dijeron otros.

-Mejor es que nos expliquéis la formación de la Tierra.

-La geografía es más divertida.

-Ya se explicó ayer -protestaron algunas voces.

-Vengan problemas -dijo un grupo de mocitos de diez a doce años.

-Todo lo que queráis -dijo Liberta, sonriendo-, pero lo primero es entenderse. ¿Por dónde empezaremos?

-Empiécese por los problemas, si se quiere, pero continúese luego por la geografía.

-Sí, y ya no quedará tiempo para la astronomía -refunfuñaron algunos descontentos.
Ni de hablar de la formación de la Tierra -añadieron otros.

-Ni menos de contarnos alguna bonita historia, insistió un grupo de los más pequeños.

-Con buena voluntad hay medio de arreglarlo todo. Por lo visto queréis que la primera parte de nuestra jornada se dedique a resolver problemas; en seguida pasaremos a la geografía, y mañana sin falta nos dedicaremos a la formación de la Tierra. En cuanto a la astronomía, esta tarde, después de la comida, me parece plenamente indicado ocuparnos de estudiarla en cielo abierto cuando brillan las estrellas.

-¡Sí!, ¡sí! -exclamaron la mayor parte de los discípulos.

Pero en un rincón, el grupo de niños que había pedido historias, protestaba, no queriendo esperar un día más, y amenazaba con retirarse si no se le daba satisfacción.

Liberta tomó un libro de la mesa y se lo dio, diciendo:

-Puesto que queréis absolutamente historias -dijo-, aquí podéis escoger: entre ellas la de Gutenberg y la del descubrimiento de la imprenta. Retiraos a un rincón o id al jardín si queréis y leer cuanto os plazca.

Arregladas así las cosas, restablecióse el silencio y comenzó la lección.

Liberta dictó algunos problemas que varios alumnos, uno después de otro, resolvían en el cuadro.
Después otros los dictaban y sus compañeros los resolvían.

Nono observó que uno de los alumnos que manifestaba empeño en hablar siempre aunque no le correspondiese, se encogía de hombros o hacía gestos desdeñosos cuando uno de los interrogados no respondía con facilidad y parecía como si poseyese el secreto de conocer mejores soluciones.

-Jacquot -éste era su nombre-, Jacquot -dijo Liberta-, dictad un problema.

Jacquot enunció un problema en que se trataba de horas, segundos, litros y metros, quedando satisfecho de su originalidad.

De tan complicado enredo nadie halló solución, y el autor mismo, invitado a desenredarlo, se vio en el mismo caso que los otros.

Por exceso de vanidad, el niño quedó en ridículo, y como es natural, sus compañeros se burlaron de él; Liberta le demostró que era preferible adoptar problemas más sencillos y razonarlos bien que no otros complicados y no comprendidos, terminando por evidenciar el defecto capital de su problema y por qué era imposible encontrar una solución.

Jacquot, bastante mortificado, volvió a su sitio, y aprovechando un momento en que nadie le observaba se retiró para esquivarse.

Tocó a Nono el turno de dictar un problema, y presentó uno que recordaba haber resuelto en la escuela en que se trataba de un mercader que, habiendo comprado tantas piezas de paño, de tantos metros, por la cantidad de tanto, se preguntaba a cuánto debería vender el metro para ganar tanto.

-Tu problema está bien planteado -dijo Solidaria, que acababa de presentarse a los niños-, pero lo está según las reglas egoístas que os enseñan en las escuelas de un mundo donde no se trabaja sino en vista de especular sobre sus semejantes. Aquí el problema se plantea de otro modo; en tu lugar yo hubiera dicho:

«Dado que un hombre tiene tantas piezas de paño pudiendo de cada una sacar tantos vestidos, ¿a cuántos amigos podrá complacer dando un vestido a cada uno de ellos?». Ve, hijo mío -añadió besando cariñosamente a Nono, quizá eres demasiado joven para apreciar bien la diferencia, pero cuando estés en edad de comparar ya comprenderás.

Con esto terminó la lección de aritmética y se pasó como estaba convenido a la de geografía.

Liberta explicó a los niños qué era un continente, un cabo, una isla, una península, un archipiélago, y por medio de un aparato semejante a una linterna mágica, mostraba gráficamente la representación de lo que explicaba.

Para que su lección fuese menos árida, la ilustraba con relatos que se referían a sus explicaciones, y durante la relación el aparato hacía desfilar sobre la pared las escenas animadas de la anécdota referida.

Hasta los partidarios de las historias acabaron por abandonar su rincón viniendo a escuchar la lección de Liberta.

Otros, por el contrario, a quienes no interesaba o que sentían necesidad de estirar las piernas, se levantaron sin ruido, dirigiéndose al jardín.

Por su parte, Liberta, que sabía que no debe abusarse de la atención de los niños, aunque se les vea interesados en un asunto, porque la infancia necesita moverse, agitarse, correr, hacer ruido, levantó la sesión, y los niños, libres, corrieron al jardín, donde Labor, con algunos de aquellos que habían preferido el aire libre, presidía a los trabajos de cultivo.

Nono fue atraído por un grupo que, cerca de una fragua portátil, trabajaba en la recomposición de herramientas e instrumentos aratorios.

Veía las chispas azules y rojas, semejantes a fuegos artificiales, brotar del hierro incandescente al choque de los martillazos, y quiso también hacer brotar chispas, haciéndose explicar lo que era necesario para que su trabajo resultase utilizable.

Llegó la noche cuando Nono, que a todo se había mezclado, creía no haber llegado a la mitad de la jornada, de tal manera le pareció corta, a causa de haberla empleado bien y disfrutado felizmente.

Después de la lección de astronomía, que tuvo lugar después de cenar, en un observatorio arreglado en una torre del palacio, Amorata, según costumbre, les dio noticias de sus padres y a continuación todo el mundo a la cama.

Antes los amigos de Nono le llevaron a la biblioteca, donde escogió dos volúmenes cuyos títulos y hermosas láminas le prometieron maravillas.

Una vez en su cuarto, Nono, que aun durante la comida se había guardado en el bolsillo algunas frutas de la mesa, quiso unirlas a las que había tomado al mediodía; pero al tirar del cajón del armario, en lugar de aquellas apetitosas frutas que había guardado, vio con terror y asombro que se habían convertido en espantosos gnomos que le hacían gestos despreciativos y amenazadores, mientras que los que sacaba del bolsillo se le subían por los brazos pretendiendo arrastrarle.
Nono, poseído del mayor espanto, lanzó un grito penetrante, apareciendo Solidaria cerca de él, y con una señal hizo desaparecer aquel enjambre de minúsculos enemigos.

Nono quedó temblando.

-De lo que te sucede tengo en parte la culpa dijo Solidaria-, hubiera debido prevenirte que en este país no sucede como en el mundo de donde vienes, donde todas las precauciones, astucias y maldades con pocas

para garantizarte la subsistencia; aquí no hay que temer que jamás falte nada, y por tanto, esas frutas que te has reservado jamás hubieras podido comerlas, porque a la mesa tienes siempre más que lo que necesitas, allí tendrían su ser natural, pero aquí, como representan un defecto inexorable, porque eso es poner aparte cosas de que no puede sacarse provecho racional y decente cuando pueden ser útiles a otros, para castigar a los avaros se cambian en esos repugnantes diablillos, que si hubiesen sido más numerosos te hubieran arrastrado hacia el territorio de nuestro enemigo Monadio antes que te alcanzara mi socorro.

Por esta vez quedas libre a cambio del susto, pero no lo repitas.

Y después de besar a Nono, desapareció como había venido, mientras que nuestro protagonista, avergonzado y temeroso, se acostó temblando, sin conseguir desvanecer el miedo que le causaron aquellos horribles monstruos.

CAPÍTULO IX

EL PASEO

Llevaba Nono en Autonomía una buena temporada, y el tiempo parecíale haber pasado como un sueño; en calma feliz, en trabajos y placeres variados, que impedían un solo instante de tedio a los niños.

Conocía ya Nono a todos sus compañeros por su nombre, sabía quiénes y qué eran sus padres y de dónde procedían.

La mayor parte del tiempo las horas de escuela se pasaban en los musgos de los jardines; pero para variar se había proyectado hacía ya algunos días, un largo paseo a través de los bosques que rodeaban el país de Autonomía. El día señalado llegó por fin.

La víspera se hicieron todos los preparativos necesarios para la excursión, que debía ser al mismo tiempo una lección de historia natural.

Se necesitaban martillos para arrancar pedazos de roca; palas para arrancar de cuajo las plantas que hubieran de estudiarse o traerse a Autonomía; redes para coger al vuelo los insectos, y todo lo que en tales casos utilizan los naturalistas.

Los víveres se habían colocado en sacos o morrales que los niños llevarían sujetos a la espalda; cada uno llevaría además pendiente de la cintura un saquito, un bote y un vasito de hoja de lata.

Cuando todos estuvieron dispuestos, se pusieron en marcha, bien de mañana, antes que los ardorosos rayos del sol causaran molesta fatiga.

Iniciativa, otro genio protector de Autonomía hermana de Liberta y de Solidaria, conducía la columna.

Los niños marchaban hablando o cantando baladas que Harmonía, hija de Solidaria, había compuesto para ellos.

Cuando llegaron a los senderos poco conocidos empezaron a ocuparse de descubrir algunas especies menos comunes que debían servir de base de la lección en la primera parada.

Allí cada uno se dedicó a buscar novedades a lo largo del sendero, bajo las matas, entre las rocas, cuidando de marchar siempre en dirección del punto de parada.

Nono descubrió hermosas flores en forma de vaso de cuello prolongado, y corrió presuroso y sofocado a mostrar su hallazgo a Botánico, uno de sus profesores, diciendo:

-¡Mire usted, Sr. Botánico, que hermosa jaula de moscas acabo de encontrar!- y entreabrió cuidadosamente una de las flores, que estaba desgarrada y a pesar de sus precauciones se escaparon dos o tres mosquitas de reflejos verde-dorados.

Botánico tomó las flores, y colocando sus anteojos de oro sobre su nariz, dijo:

-Esta es la Aristolochia clematites, de la familia de las aristoloquias, y no una vulgar caja de moscas. Lo que ha podido hacerte creer eso es, que, en efecto, cuando esta planta florece, la flor adopta una forma que deja penetrar en ella insectecillos semejantes a los que veis prisioneros. Pero ¿veis esos pelos plantados en sentido diagonal a lo largo del cuello en el interior de la flor y cuya punta se dirige hacia el fondo?

Y acompañando a la palabra la acción les mostraba el interior de la flor abierta.

-Pues en tanto que la flor no está fecundada, -continuó diciendo el profesor-, estos pelos, que permiten fácilmente la entrada de las moscas, les impiden luego, salir, haciendo efecto de ratonera. Las moscas, agitándose en busca de su libertad, dejan caer sobre los estigmas de la flor el polen que llevaban del exterior, y una vez fecundada, los pelos caen y dejan escapar las prisioneras; pero antes se abren las ameras y han soltado el polen que contienen y las moscas corren a llevarlo a otras plantas.

Mostróles otra flor más avanzada donde, en efecto, los pelos del interior estaban caídos.

Era Botánico un ser original que hacía poco habitaba en Autonomía. Se sabía de memoria la historia natural: a primera vista podía decir el nombre, la familia, el género, la especie, la residencia y la época de floración, si se trataba de una planta; de la postura, si de un insecto: era un verdadero diccionario ambulante; pero fuera de la historia natural era de lo más cándido que pueda imaginarse. Sus manos eran torpes e incapaces de todo trabajo. Si, por ejemplo, quería ayudar a los otros habitantes de la colonia era raro que no le ocurriese algún accidente; en la mesa, ayudando a uno a poner un cubierto, derribaba y hacía trizas una pila de platos o vertía sobre el mantel uno o dos potes de leche; cuando no, su ayuda era innecesaria, porque siempre llegaba tarde y sus retrasados movimientos producían el efecto de una mímica ridícula.

En un principio trataron los niños de hacerle comprender que sin su ayuda harían las cosas más pronto; pero Botánico, en su afán de mostrarse servicial, persistía en servir a todos cuando la ocasión se presentaba de tal modo que los autonomianos se resignaron a prevenir y evitar siniestros siempre que le veían en vena de actividad.

Antes de presentarse en Autonomía, ocupaba una plaza de profesor de fisiología vegetal en un laboratorio de París. Si hubiera tenido siquiera una partícula de ambición, un poco de flexibilidad de la espina dorsal, hubiese sabido adular los hombres del poder y poseído la habilidad necesaria para dar falsa interpretación a las verdades que se desprendían de sus lecciones, es indudable que hubiera obtenido una alta plaza de grandes honores y pingües beneficios.

Pero, absorto por su pasión favorita, el estudio, no daba importancia a tales pequeñeces. Disfrutaba extraordinariamente cuando podía clasificar alguna especie nueva o cuando de algún insecto descubría un rasgo ignorado de sus costumbres.

Más de una vez, en el curso de sus lecciones, le ocurría emitir nuevas ideas que deducía de sus estudios para aplicarlas a la vida social, encontrándose con frecuencia que se hallaba en contra de las teorías que obligan a enseñar los hombres que mandan.

Botánico distaba mucho de hacer eso por espíritu de oposición: a decir verdad, frecuentemente exponía las ideas más subversivas sin darse cuenta que formulaba una acerba crítica contra la sociedad en que vivía, pero esa sencillez no les quitaba su gravedad por la misma verdad científica que revestían. Por eso mismo, plazas distinguidas, honores y gruesas pagas iban a parar a colegas menos competentes, cuya ciencia consistía más bien en lecciones aprendidas de memoria que en estudios personales, pero que sabían disfrazar las verdades cuando por casualidad se encontraban en sus lecciones.

El resultado fue que un día, bajo pretexto de economías, se suprimió la cátedra de Botánico para verse libres del profesor molesto.

Entró después Botánico en un liceo donde se enseñaba la ciencia oficial a los vástagos de aquellos a quienes se denomina «clases directoras» pero tampoco allí supo o no quiso contener su lengua, y como al mismo tiempo era de un carácter muy indulgente, no sabía pronunciar palabras severas ni menos castigar a aquellos mocosuelos que temblaban a la vista de su precedente profesor, que les mortificaba con lecciones recargadas, malas notas y les privaba la salida, y no tardaron en burlarse del nuevo, hasta el punto de jugarle bromas pesadas e irrespetuosas, lo que sirvió de pretexto a la dirección para plantarle en la calle.

Solidaria, que le conocía, le hizo venir a Autonomía, poniendo a su disposición plantas, insectos, instrumentos y todo lo que necesitase para sus estudios con la sola condición de enseñar a los otros lo que sabía. Botánico aceptó con gusto; porque en eso precisamente consistía su mayor placer, en enseñar a todos el producto de sus estudios.

Al cabo de corto tiempo de vivir en Autonomía se dio cuenta de que sus facultades se habían falseado encerrándose exclusivamente en un solo estudio; entonces trató de fijarse en las cosas ordinarias de la vida, pero cada torpeza que cometía le demostraba que era demasiado tarde, y decía a los niños con sonrisa de resignación.

-Ya soy viejo para cambiar, es preciso, hijos míos, tomarme como soy; pero a los menos, que mi ejemplo os sirva de lección; procurad que vuestras preferencias no os impidan loros cuenta hasta de lo menos importante.

Tal era el hombre. Pero volvamos a nuestro paseo.

Acercóse Pat con una planta que acababa de arrancar, mirándola con especial curiosidad, y dijo:
-Señor Botánico, mire usted qué planta tan extraña; parece una trampa para cazar moscas.

-Esta, dijo el profesor afirmando bien sus anteojos y elevando la planta para contemplarla bien y mostrarla a los niños, es la *Dionea-caza-moscas,* género de planta de la familia de las Droseráceas de hojas radiales, cortadas en sus extremidades, como veis, por profundas dentalladuras, cuyas dos mitades tienen un hermoso color de carne rosada que se repliegan bruscamente como impulsadas por un muelle sobre el insecto que, atraído por la belleza del colorido, comete la imprudencia de posarse en una de ellas. Y no solamente los aprisiona, sino que se los come.

-¡Oh!, exclamó el auditorio admirado fijando en el profesor miradas interrogantes.

-¡Sí, se los come! -repitió; no con la boca y dientes, como vosotros coméis una manzana, porque carece de ellos; pero dejadla algún tiempo con esta mosca que acaba de atrapar; veréis como la hoja se abre y ya no habrá mosca; la habrá digerido.

-¡Señor Botánico, señor Botánico! -dijo Mab acercándose corriendo y señalando un punto cerca de unas matas, allí va un insecto negro y feo rodando una bola diez veces más gruesa que él.

Botánico, seguido de un grupo numeroso de niños, se acercó al punto indicado y dijo:

-Este es el *Scarabeus sacer*, coleóptero que se distingue por una frente rasposa, que tiene el protórax en los costados guarnecido de puntitas y los élitros marcados de seis surcos longitudinales poco pronunciados; las ancas posteriores no son dentadas en su borde posterior, y tiene franjas negras en la cabeza, en el peto y en las patas. Las hembras las tienen rojas parduzcas en las patas posteriores. Una coloración negra ligeramente lustrosa acaba de caracterizar al escarabajo sagrado, que los egipcios adoraban y del cual habían hecho el símbolo de la vida. Esta bola que lleva rodando va a enterrarla, y en su interior ha depositado un huevo; cuando el embrión se habrá empollado, lo primero que hará es comerse su cuna, formada por las partes más delicadas de esta bola que veis triturar por esa bandada de escarabajos de varias clases que tienen bien merecido el nombre de merdívoros que se les da.

Botánico se detuvo para reposar un poco, mientras que los niños examinaban atentamente los insectos.

Veíaseles, en efecto, removerse en medio de aquella pasta viscosa, y se asistía a la confección de la bola que tanto había chocado a los niños.

Un escarabajo sagrado atraía bajo su vientre la materia que había escogido y le daba una primera mano formando el núcleo de la bola, después le hacía rodar y terminaba redondeándole añadiendo materia gradualmente.

-Si tuviéramos tiempo, dijo Botánico, que ya había reposado, podríamos seguir este insecto en su tarea; se han visto algunos que hacían bolas gruesas como una manzana y hasta como el puño. Luego podría admirarse el ingenio con que la hace rodar hasta el sitio donde ha decidido enterrarla: después podría encontrarse quizá algunos de sus congéneres, que, bajo el pretexto de ayudarle, se apoderase del fruto de su trabajo, como sucede entre los hombres. Pero esto nos ocuparía demasiado tiempo, y necesitamos proseguir nuestro camino.

Y poco a poco los niños se esparcieron por los caminos, a través de las matas y de la arboleda en busca de alguna curiosidad; haciéndose alto de tiempo en tiempo para reunir a los rezagados.

Al cabo de algunas horas de ese ejercicio los niños empezaron a sentir apetito al llegar a una hermosa pradera tapizada de finísima hierba, en cuyo centro se elevaba un cedro magnífico bajo el cual se instaló la escuela ambulante.

No lejos de allí, sombreada por un enorme sauce, brotaba puro y fresco manantial, donde fueron a proveerse de agua para mezclarla a los excelentes licores fabricados con los frutos que se cosechaban en Autonomía.

Extendidas las provisiones, se les hizo honor, porque los paseantes habían hecho acopio de apetito, y, calmado ya, los niños, dichosos y exuberantes de vida y alegría, acosaron a Solidaria, Botánico e Iniciativa con preguntas y peticiones de todo y sobre todo.

Botánico, por su parte, carecía de tiempo para responder a todos sobre el nombre de una planta, su clasificación, la utilidad de tal o cual órgano, sus propiedades y particularidades.

Respecto de los insectos, cuando se les había examinado bien, se les daba libertad, aunque, sobre todo las mariposas, quedaban poco aptos para servirse de ella después de tantas manipulaciones, a causa de haber sufrido sus ligeras y tenues alas excesivas averías para que les sirvieran de alguna utilidad.

Solidaria había recomendado muy eficazmente que no se cogiesen más animalillos que aquellos de que se tenía absoluta necesidad, y que para cazarlos se desplegase la mayor destreza para no inutilizar sus alas.

Por último, cuando todos hubieron reposado y reparado convenientemente sus fuerzas se pusieron en camino, y como se había herborizado lo suficiente, Botánico condujo los excursionistas a una cantera donde pudiera darles algunas nociones de geología.

Era una cantera de arena a cielo descubierto y a cuyo fondo podía descenderse. Botánico les hizo observar que la masa térrea estaba formada de varias capas de colores y materiales diferentes, explicándoles que aquella diferencia era debida a la cooperación de muchas causas; que eran depósitos formados por las aguas y que se habían acumulado lentamente, exigiendo la formación de cada capa miles y decenas de miles de años.

Cavando luego en la arena tuvieron la suerte de descubrir algunos de esos sílex cortados por los hombres primitivos para servirles de instrumentos, de herramientas o de armas y de que Botánico les había hablado ya en otras excursiones.

Esta vez les mostró como se reconocía uno cortado intencionalmente, dibujándoles las diferentes formas de los que se conocía.

Desenterró un riñón de sílex, y con otra piedra gruesa redonda trató de dar algunas nociones acerca de cómo se suponía que se arreglaban nuestros antepasados para obtener esas hojas largas, delgadas y cortantes por sus bordes que se supone eran cuchillos; esas otras anchas, casi cuadrangulares designadas con el nombre de hachas; pero, con todas sus tentativas no logró más que obtener muestras muy imperfectas e informes comparadas con los objetos descubiertos.

No obstante, aquellas muestras bastaron para dar idea del mecanismo de la operación, y su imperfección la atribuyó Botánico a su falta de costumbre, porque las facilidades de la vida actual nos han inutilizado de tal manera que si nos viéramos obligados a volver a las condiciones del hombre prehistórico necesitaríamos una suma enorme de esfuerzos intelectuales para hacer lo que él hacía con un cerebro rudimentario.

Más lejos se levantaban un dolmen, y allí condujo Botánico a sus discípulos, haciéndoles observar el peso enorme de las anchas piedras de que estaba formado.

-En Francia, dijo, se ha atribuido su construcción a los galos, pretendiendo reconocer en ellos los altares donde cumplían sus sacrificios; pero si los galos pudieron servirse de ellos para este objeto, se sabe actualmente que existían mucho antes que ellos, y que eran los monumentos funerarios de un pueblo desconocido que ha dejado también su huella en Europa y África.

Excavaciones practicadas en el interior han permitido descubrir cacharros e instrumentos contemporáneos de los hombres que cortaban la piedra.

Pero se hacían tarde, y, llegaba la hora de volver, apresuradamente se hizo una ligera colación de los restos de la comida, y se emprendió alegremente y por grupos el camino de Autonomía.

CAPÍTULO X

EL ENCUENTRO

La colonia infantil volvía pausadamente, cuando Nono vio una magnífica mariposa, que le inspiró la idea de apoderarse de ella; pero cuando creía seguro cogerla, el insecto, con un aletazo imprevisto, se puso fuera del alcance de la red y quedó revoloteando, como si desafiase al cazador, quien distraído por el ardor de su deseo pronto se encontró lejos de sus compañeros.

En fin, llegado cerca de una gran encina, Nono creyó segura la caza de la mariposa; calculó la distancia, sujetó bien el mango de la red, la lanzó y dio... de plano en la nariz de un señor tripón, de aspecto vulgar, chato; ricamente vestido; una enorme cadena de oro se balanceaba sobre su barriga; la pechera de su camisa estaba adornada con diamantes; un grueso carbúnculo brillaba en el lazo de su corbata; sus dedos estaban guarnecidos de sortijas, y se apoyaba sobre un bastón de oro.

-¡Cuidado chiquillo! -dijo-. Por poco me aplastas la nariz.

Nono pensó que sería difícil aplastarla más.

-Supongo -añadió el extraño personaje-, que no habrás tenido la intención de cazarme con tu red que además me parece muy pequeña.

Y contento de la broma, que le pareció ingeniosísima, el señor gordo soltó sonora carcajada.

Aquella risa era falsa, y todo el aspecto de aquel hombre, examinado de cerca, distaba mucho de inspirar simpatía.

Nono era demasiado joven para ser fisonomista, y si se asustó al pronto fue por la aparición repentina de aquel hombre y por verse alejado de sus compañeros, recordando los encargos y recomendaciones de Solidaria; pero como a intervalos oía los cantos y las risas de la colonia escolar, comprendió que no debía de hallarse lejos, y se tranquilizó un poco.

Sin embargo, no llegó a explicarse satisfactoriamente como se encontraba bajo su red aquel señor tan gordo cuando lo que él perseguía era una mariposa.

-Usted dispense -dijo el muchacho-; no le había visto. Perseguía una mariposa que creía echar mano en el momento en que he tocado a usted con mi redecilla. ¿Le he hecho daño?

-No; no ha sido nada; no me has atrapado más que la punta de la nariz -dijo el señor gordo frotándosela-. Pero ¿cómo te encuentras aquí solo corriendo tras las mariposas?

-No estoy solo -replicó vivamente Nono, dominado cada vez más por cierto vago temor-. Mis compañeros están jugando en el bosque... ¿No los oye usted? -dijo adoptando la actitud del que escucha.

-¡Ah! ¿Y habéis venido a paseaos aquí con vuestros maestros?

-No tenemos maestros -respondió enérgicamente Nono-; son amigos, trabajan con nosotros, juegan y se divierten con nosotros; nos enseñan lo que saben; pero nunca nos obligan a hacer lo que no sabemos o no queremos hacer.

-¡Bien por el gallito! -dijo el señor gordo riendo maliciosamente-. Eso es lo que quería decirte.

Tú eres de Autonomía, según parece. ¿Y no te cansas de estar siempre con chiquillos de tu edad y de hacer y ver siempre lo mismo?

-No hacemos siempre lo mismo: cambiamos de trabajos y de juegos cuando y como queremos.

-Sí, pero siempre lleváis la misma existencia; viendo sin variar las mismas personas y el mismo país. ¿No te agradaría viajar, ver países nuevos? En el país en que yo habito, -continuó el señor gordo-, se pasa el tiempo viajando: se va al mar, a las montañas; yo no me ocupo más que de pasearme. Basta tener una varita mágica como ésta -y enseñó su bastón-, para tener todo lo que se desea. Y sino, mira; te has cansado inútilmente corriendo tras un insecto que no has podido atrapar, y yo, sin molestarme te pondré en la mano ese bombyx que revolotea sobre ese arbusto.

Y el personaje, levantando su varita en la dirección que indicaba, hizo un signo, y el bombyx se encontró en los dedos de Nono.

El niño tomó tímidamente el insecto y le examinó atentamente. Era una hembra del género de los lepidópteros. Parecióle que el animalillo le miraba con aspecto suplicante y que sus patas se agitaban convulsivamente.

-Toma. Aquí tienes un alfiler para picarle en tu colección -dijo el señor ofreciendo un alfiler de oro a Nono.

Pero éste abrió los dedos y dio libertad al insecto, que se elevó por los aires zumbando alegremente.

-Mal hecho -exclamó-, es de una especie muy rara, y hubieras podido obtener por él un buen precio si no haces colección. ¿Tienes hambre? ¿Tienes sed? Siéntate, come y bebe; el cubierto está puesto.

De nuevo había extendido la varita en dirección de la gran encina, y Nono vio con asombro inaudito levantarse una mesa con variedad de platos y manjares, pasteles y frutas, y botellas con vinos, licores y bebidas refrescantes de varias clases y colores.
-No, no tengo hambre -dijo Nono, a quien aquel hombre extraordinario comenzaba a interesar, llegando hasta parecerle menos feo.

-Me pareces buen muchacho y me agradas -repuso el hombre-. Yo quisiera tener un hijo como tú. ¿Quieres seguirme? Te enseñaré muchas cosas lindas que no has visto jamás y que ignoras por completo.

-Muchas gracias; pero yo no conozco a usted y no quiero dejar a mis amigos de Autonomía, que estarán intranquilos si no me ven volver.

-Ya has visto que puedo cuanto quiero. Tengo un medio de avisarlos.

-No -replicó el niño, vuelto a sus primeros sentimientos-. Quiero volver a Autonomía.

-¿Crees que te engaño? ¿Te parece que no soy capaz de hacerte ver lo que te prometo? ¡Toma! testarudo; toma este anteojo y en él verás los espectáculos en que podrías tomar parte todos los días.

Diciendo esto tomó un estuche que llevaba pendiente del cinto y sacó unos grandes y magníficos gemelos que presentó al niño.

Aplicólos éste a sus ojos, y distinguió primero una gran sala donde estaban reunidos muchos niños y se les distribuía toda clase de golosinas.

Después se les revestía de trajes magníficos; se les hacía subir a coches muy bonitos tirados por cabras blancas conducidos por cocheros infantiles con pelucas empolvadas, trajes bordados y galoneados de oro y grandes botas.

Luego montaban en coches más sólidos; navegaban en el mar, o trepaban por las montañas; después fiestas por todas partes, viéndose que su única ocupación consistía en divertirse.

Sin embargo, Nono observó en el rostro de aquellos niños señales evidentes de hastío y fastidio que no había experimentado ni visto nunca en Autonomía.

Las escenas cambiaban sin cesar.

Veía otra inmensa sala formando semicírculo, guarnecida de preciosos cortinajes con franjas de oro; desde el suelo hasta el techo, hallábase dividida en palcos profusamente adornados, y en ellos se veían damas escotadas cubiertas de diamantes, niños ricamente vestidos y hombres vestidos de rigurosa etiqueta.

En el fondo de la sala, sobre un tablado, otra multitud aún más ricamente vestida, a su parecer, se movían acompasadamente al son de una música unas veces dulce y misteriosa, otras veces viva y ligera.

Nono, deslumbrado de todo ese movimiento, de las luces innumerables que alumbraban la sala, maravillado, separó los gemelos de sus ojos.

-¿Qué te parece? -preguntó insidiosamente el tentador.

-¡Qué hermoso es todo eso! -exclamó, sintiéndose como poseído de la duda.

Quiso echar una última mirada e hizo nuevamente uso de los gemelos; pero, cambiando de dirección, un horrible espectáculo se ofreció a su vista.
Apenas tuvo tiempo de distinguir callejones sucios, repugnantes y tortuosos; casas como cuarteles, de habitaciones estrechas y oscuras, habitadas por una población de aspecto miserable, harapienta; vio hombres, mujeres y niños de aspecto enfermizo, ocupados en tareas que no tuvo tiempo de distinguir, pero que le parecieron repugnantes.

La visión fue rápida como un relámpago, porque los gemelos le fueron arrancados violentamente de las manos por el hombre gordo, que dijo con voz ruda e irritada:

-No mires de ese lado; eso no te importa, ni vale la pena.

Nono, trastornado, fijó en el hombre una mirada tímida.

Pero él, fingiendo su anterior amabilidad, añadió:

-¿Te has asustado? No te extrañes. Yo he sentido miedo. Ese anteojo es una pieza única en el mundo, y no lo cambiaría por la mayor riqueza imaginable, y me ha parecido que le dejabas caer.

Nono se preguntaba si había visto realmente o si era una ilusión. Calmóse un poco, mas sus primeras dudas tomaron incremento; se apartó del hombre y con voz alterada gritó:

-¡Hans! ¡Mab!

-¡Qué tonto eres! -dijo el hombre, tratando de tomarle la mano-; decídete y vente conmigo, que ya es tarde.

En aquel momento se oyeron las voces de Hans, Dick y Mab, que llamaban al compañero extraviado.

Nono, apartándose más del hombre, llamó a los que le buscaban.

-¿Dónde te escondes? -dijo Hans, cuya voz parecía más próxima y que Nono reconoció perfectamente.

-¡Por aquí, por aquí! -gritó Nono.

Entre unos arbustos apareció Hans, en seguida Dick y por una vereda próxima llegó Mab.

-Nos has causado gran sentimiento -dijeron- te creíamos perdido -y entre abrazos y todo género de cariñosas demostraciones, añadieron-: ¿Qué te ha sucedido? Hace una hora que te buscamos.

El hombre gordo había desaparecido.

Nono iba a contar su aventura; pero como en un momento dado estuvo a punto de dejarse seducir y seguir al hombre, no se atrevió a declarar a sus amigos su debilidad; una falsa, vergüenza le contuvo, y resolvió callar su aventura, refiriendo solamente que empeñado en la persecución de la mariposa de la mariposa se había extraviado; explicando su emoción por el miedo que se le había apoderado viéndose solo y temiendo no poder unirse ya a sus compañeros.

-¡Ah! -exclamó Hans-, no creas que te hubiéramos abandonado; dispuestos estábamos a pasar la noche buscándote.

Entre tanto los otros niños llamaban y los conductores del descarriado se unieron al grueso de la columna respondiendo a su llamamiento.

Las últimas palabras de Hans resultaron una cruel censura para Nono, que sintió doblemente su ingratitud respecto de aquellos buenos amigos, acusándose de haber querido abandonarlos por un desconocido cualquiera.

Decidióse, no obstante, a persistir en su mutismo acerca de su aventura.

Esa tenacidad fue peor aún, porque Solidaria le hubiera advertido que aquel señor grueso era Monadio en persona, el constante enemigo de Solidaria y de sus hijos, con lo cual se hubiera evitado graves peligros para lo sucesivo; pero es raro que una primera mentira no arrastre otras consigo, y que a una primera falta de confianza no le sigan otras muchas.

CAPÍTULO XI

CONSECUENCIAS DE UNA FALTA

Al volver a Autonomía, Nono apenas tomó parte en la conversación, reflexionando en todo lo que acababa de ver.

Pilluelo de París, hijo de obreros, cuyos más grandes viajes se habían alargado alguna vez hasta terminar un paseo en el bosque de Clamart o de Meudon -sólo por excepción había llegado en cierta solemnidad hasta Verrieres-, no conocía del mar más que las descripciones entusiastas que había leído en algunos libros; respecto de montañas no conocía más que las colinas de Chaumont y Montmartre, aunque en los mismos libros había leído la descripción de grandiosas ascensiones a las más célebres montañas, quedando empapado su ánimo del cuadro formado en su imaginación y del deseo de emprender algún día esos viajes que consideraba condición esencialísima de su futura felicidad, y, naturalmente, las sugestiones del señor gordo atizaron aquellos deseos.

Aquí sería oportuna una lección de moral, de esa abstracción relativa que cambia de manifestación y de objeto con las latitudes, climas, costumbres, educación, categoría social y sexo, cosa que mis infantiles lectores aprenderán después, cuando, salidos de la escuela o del liceo en que se les enseña un montón de falsedades, sientan la necesidad de hacerse una educación propia para despejar el cerebro de cuantas necedades y malicias se les haya enseñado; pero aunque no se aproveche esa oportunidad, preciso es reconocer, y conviene manifestarlo para explicar el estado psicológico de Nono, que cuando se ha hecho algo que no hubiera debido hacerse, no queda uno satisfecho de sí mismo, y le hace puntilloso y regañón, lo que se explica porque en lugar de declarar francamente las faltas cometidas se prefiere exhalar brutalmente el mal humor.

Eso es lo que sucedió a Nono.

Atormentado por sus deseos y por el reproche de la propia conciencia -operación íntima de nuestro juicio que nos indica que hemos cometido una injusticia-, Nono permaneció taciturno hasta la llegada a Autonomía, no respondiendo sino por monosílabos al cariñoso interés que le mostraban sus amigos.
Hallábase, pues, en un estado muy eléctrico, y ocurrió que en uno de aquellos movimientos inconscientes que suelen hacerse sin objeto preciso y bien determinado cuando domina la inquietud, tropezó con uno de los individuos de un grupo menos ligado con el suyo, que llevaba una pila de platos.

Con el choque, cuyos efectos no pudo evitar el que los llevaba, los platos se le escaparon de las manos y quedaron en el suelo hechos añicos.

Aunque la culpa correspondiese por completo a Nono, a causa de haberse movido sin precaución y a pesar de haber procurado evitarlo el otro, era una excelente ocasión para que Nono la desperdiciase sin desahogar su mal humor, y así, con ceño adusto y tono brutal, dijo:

-¡Animal, ten cuidado! -y por añadidura le descargó un puñetazo.

El pobre niño, víctima de tan injusta agresión, quedó sin saber qué hacer ni qué responder. Después, poseído de profundo sentimiento, fue llorando a refugiarse entre sus más íntimos y habituales compañeros.

-¡Oh, qué malo! -dijo Mab, que estaba allí junto a Hans y presenció la escena-. Eres tú quien has tropezado con él y el que tiene la culpa, y todavía le pegas.

-¡Por qué se pone en mi camino! -respondió Nono cínico y furioso, ya que comprendió la justicia de la censura.

Con tanto más motivo cuanto vio a Solidaria que se apartaba de él con una mirada llena de seriedad.

Labor, que en medio de los otros niños tenía para ellos el aspecto amable y bonachón de costumbre, cuando miraba a Nono se volvía duro, terrible, amenazador.

-Vamos, mala cabeza -dijo Biquette interviniendo cariñosamente-, ve a excusarte con Riri; dile que ha sido un momento de impremeditada, vivacidad y que no volverá a sucederte.

-¡No! -respondió secamente Nono persistiendo en su terquedad; -no; la culpa es suya.

-Vamos, Nono; sé razonable. Riri no puede venir a pedirte perdón por el puñetazo que ha recibido -dijo Hans, interviniendo a su vez y procurando echar la cosa a broma con el fin de destruir la obstinación de Nono.

Pero éste respondió resueltamente:

-Bueno; quédese donde está. ¿Acaso le pido yo algo?

A esta respuesta los semblantes de los niños que rodeaban a Nono tomaron una expresión severa.

Se miraron con asombro, no comprendiendo su actitud.

Pero como merecía una lección, afectaron alejarse de él sin dirigirle la palabra.

No obstante, antes de alejarse, Mab intentó un último esfuerzo:

-¿Conque estás decidido? ¿No quieres dar satisfacción a Riri?

Nono sacudió enérgicamente la cabeza como signo negativo.

-Eres horrible. Ya no te quiero -dijo Mab, y se alejó con los otros.

Nono se encontró solo, aislado en su mesa.

Trató de mostrarse fuerte y procuró comer un excelente racimo que tenía delante, pero su pecho oprimido se negó a permitir el paso de las uvas que había tomado. Hasta que, no pudiendo resistir más, prorrumpió en sollozos y un río de amargas lágrimas brotó de sus ojos. Entonces fijó los codos en la mesa y lloró a su satisfacción.

Comenzaba a calmarse la crisis, cuando sintió dos brazos que rodeaban su cuello, estrechándole cariñosamente.

Era Mab, que habiendo trepado al respaldo de la silla le decía al oído.

-¿Ves lo que se consigue haciendo el malo?

-Se hace uno desgraciado a sí mismo -añadió Biquette, que se le había sentado en las rodillas.

-¡Vamos! ven a ver a Riri, y que esto acabe de una vez -dijo Hans tomando a Nono por la mano.

Y medio de grado y medio a la fuerza se dirigieron a la mesa donde estaba Riri.

Formuladas las excusas, los dos niños se abrazaron prometiendo quedar buenos compañeros para siempre y no dejarse arrastrar por irreflexivos movimientos de cólera.

Nono sacó de su bolsillo un peón que al girar rápidamente, bailando como dicen los niños, formaba figuras grotescas. Riri, no queriendo ser menos, le dio una cajita, obra de Labor, que podía llevarse en el bolsillo, y contenía un acordeón que bajo la acción de los dedos se convertía en un maravilloso instrumento del que, sin saber música, ni siquiera tocarle, producía toda clase de piezas musicales, limpias, claras y sin el tono gangoso de los acordeones ordinarios, ni más ni menos que si en su interior contuviese una orquesta completa: bastaba desear una pieza musical y tocar las teclas al tun tun para obtener el efecto deseado.

Hecha la reconciliación, la alegría reapareció en aquel pequeño mundo momentos antes entristecido por la disputa, y continuó la comida con aumento considerable de alegría.

Jamás Labor se había manifestado tan alegre, bonachón y complaciente.

Solidaria parecía sonreírle cuando miraba a Nono.

Como todos estaban cansados, Amorata, en cuanto se levantaron las mesas, les dio noticias de sus familias, y fueron a acostarse.

A pesar de la conciliación con Riri, y aun algo consolado a causa de ella, Nono estaba disgustadísimo por no haber declarado la verdad. En consecuencia durmió mal y tuvo una pesadilla.

Unas veces, por disputar con sus compañeros le expulsaban vergonzosamente de Autonomía; otras era la maldita mariposa negra, que bajo la fisonomía del señor gordo, se posaba sobre su pecho mostrándole una infinidad de cosas bellas que huían de su mano cuando quería cogerlas; y se hacía tan pesado aquel bicho, tan pesado, que Nono, sofocado, perdía la respiración, se sentía aplastado, con la sensación de no abultar más que un papel.
Veíase luego transportado a un jardín lleno de flores de las vulgarmente conocidas con el nombre de boca de lobo, pertenecientes a la familia de las personadas o persóneas, que, en efecto, presentan la particularidad de tener una forma parecida al hocico de ciertos animales.

Estas flores se le presentaban de un tamaño doble que su estatura, y de cuando en cuando, se abrían amenazadoras como si fueran a devorarle. Cansadas de abrirse y cerrarse sin objeto aquellas bocas, empezó a salir de ellas multitud de figurillas humanas con la fisonomía y aspecto del hombre gordo, las cuales, cogidas de las manos, danzaban formando círculo alrededor de Nono procurando llevárselo.

Nuestro amigo se defendía y llamaba a Solidaria en su auxilio, y al aparecer ésta, las bocas de lobo desaparecían transformándose en capuchinas, en acónito, cuyas flores parecen cascos guerreros.

Con ellas en la cabeza, tomando las hojas de la misma planta a guisa de escudos y montado en delfinillas, animalillos que figuran un delfín minúsculo, se precipitaban sobre Nono, en actitud de atravesarle de parte a parte con lanzas descomunales en medio de su pequeñez, asaltándole con golpes tan multiplicados que Solidaria no podía ya defenderle.

CAPÍTULO XII

EL RAPTO

Cuando Nono se despertó al día siguiente se sintió fatigado y tenía un gran dolor de cabeza.

Se levantó, contento de escapar a la obsesión de la pesadilla, esperando que el movimiento y el aire fresco de la mañana, y sobre todo una buena ducha fría, disiparían su jaqueca.

Al salir de la piscina sus amigos le recibieron con los brazos abiertos, sin hacer ninguna alusión al incidente del día anterior.

Veíase a todo el mundo listo como en actitud resuelta, y en verdad que el motivo era justificado: se trataba de comenzar un trabajo que había suscitado largas discusiones en la colonia.

Se trataba de la construcción de un puente sobre un arroyo que atravesaba uno de los bosques próximos a Autonomía: unos querían construirle frente al camino que conduce al palacio; los otros le preferían como continuación de un sendero que va detrás de los invernáculos.

Hay que añadir también que tampoco estaban de acuerdo sobre la manera de construirle: los unos le querían de una manera y los otros de otra.

La discusión duraba desde que Nono estaba en Autonomía, y Liberta, la víspera del día del paseo sugirió una idea terminante y conciliadora.

Supuesto que las dos opiniones tenían razón de ser, los dos puentes podían ser útiles en los sitios donde se les quería edificar. ¿Por qué, en vez de perder el tiempo discutiendo, no se resolvía cada partido a construir el suyo en el sitio de su preferencia y conforme con los planos adoptados?
Si en esto se ponían de acuerdo, fácil les sería entenderse para ayudarse mutuamente cuando la importancia de los trabajos lo exigiera.

La idea de Liberta fue acogida con entusiasmo, y se había decidido que cada grupo trabajase en su proyecto, salvo ayudarse mutuamente en casos excepcionales.

Precisamente en aquella mañana debían dar principio las excavaciones e iniciarse los trabajos necesarios para sentar los cajones para la construcción de los pilares.

Nono trabajó un rato, pero como la jaqueca persistía, advirtió a sus amigos que quería descansar un poco, y se dirigió a un castaño que se hallaba algo distante esperando echar un corto sueño que le aliviara.

Tendido bajo el castaño, reflexionaba sobre su aventura pasada, pensaba en sus padres y en los ensueños de la noche anterior, cuando atrajo su atención un movimiento que se produjo a pocos pasos de donde estaba.

Era un mulo muerto, que ya había apercibido antes de tenderse, que se agitaba y se removía. Nono, tendido sobre el vientre y apoyándose sobre los codos, alargó la cabeza en esta dirección y no tardó en explicarse estos movimientos extraños.

Cinco insectos un poco más cortos que un saltamontes, negros con bandas rojizas, se habían deslizado bajo el cuerpo muerto, y allí, por medio de sus patas, levantando la cabeza trataban de cambiar de sitio el cuerpo.

Nono reconoció en aquellos insectos el coleóptero llamado necróforo, por su costumbre de enterrar los cadáveres de los animales de que se alimentan sus larvas.

En el punto donde se llevaron el mulo se conocía que la tierra había sido removida; pero una piedra plana obstruía el fondo, siendo probablemente la imposibilidad de romper esta piedra y continuar la fosa lo que indudablemente había decidido a los necróforos a cambiar el mulo de lugar.

Lo transportaron una treintena de centímetros más lejos, sorteando ingeniosamente los obstáculos que hubieran podido dificultar su paso; luego, llegados al sitio preferido, se esparcieron convenientemente alrededor del cuerpo muerto y removieron la tierra con sus fuertes patas arrojándola detrás de sí, formando una especie de talud que se elevaba a medida que se profundizaba la fosa.

Nono los examinaba con creciente interés, preguntándose qué se proponían.

Poco a poco vio el cuerpo hundirse como si la tierra le cediese voluntariamente el puesto, y al cabo de cierto tiempo desapareció completamente. Los necróforos salieron entonces de la fosa y cubrieron de tierra el agujero hecho, quedando, como señal del trabajo que acababa de realizarse, un pequeño bulto de tierra removida.

Los necróforos se alejaron sin duda en busca de otra presa; solamente quedó uno de ellos, limpiándose, pasándose las patas sobre los élitros y las antenas; hubiérase dicho que era un ser dichoso, contento de sí mismo y frotándose las manos de satisfacción.

Nono, vagamente somnoliento, le miraba, viéndole al fin como a través de una niebla.

Luego le pareció que el insecto se agrandaba, se agrandaba, que se ensanchaba su vientre y por último que tomaba forma humana, diciendo:
-Vamos a ver, ¿has reflexionado desde ayer?

Nono, despabilándose de repente y alarmado, se incorporó.

Era el señor grueso del día anterior quien tenía delante de sí, y le hablaba, porque el astuto Monadio no abandonaba al que consideraba como su presa, y volvía a ensayar de nuevo sus tentativas de seducción a riesgo de ser descubierto por Solidaria.

No tenía sentimientos hostiles respecto a Nono, ni era tampoco que las facultades de este último le designasen más especialmente a su elección; sino que Monadio sabía que si dejaba aumentarse demasiado la población de Autonomía y hacerse poderosa, se extendería y se aproximaría a sus Estados; que no siempre podría, a pesar de sus gendarmes y aduaneros, impedir a sus vasallos de conocer el género de vida que allí se acostumbraba, y sería un malísimo ejemplo para sus esclavos, a quienes la fuerza sola no podría sujetar a la obediencia, cuando supieran que se puede vivir felizmente sin que nadie os diga lo que debéis hacer y que en caso que juzguen necesario os obliguen a ello.

Porque en el Estado de Monadio, la población se dividía en varias clases, distinguiéndose entre ellas tres principales: los que gozan de todos los placeres y no hacen nada; los que trabajan y no disfrutan de ningún placer, y los que obligan a trabajar a éstos para los que no hacen nada.

Cualquiera que sea el número de éstos, es bien evidente que no hubieran logrado hacerse obedecer mucho tiempo de los que se ven condenados a pasar su existencia trabajando continuamente en medio de las privaciones, sin la astucia de Monadio y de sus ministros.

Esa astucia consistía en hacer creer a las gentes que si no hubiesen individuos para meter en la cárcel a los que se niegan a hacer algo que les desagrada, sería imposible entenderse y ser libres; que se disputarían y reñirían entre sí y, finalmente, morirían de hambre.

Después, que hace falta otra clase de gente que viva en fiestas continuas, que derroche sin cesar, para que los que están obligados a producir tengan mucho trabajo y que ganen para comer un poco.

Se había enseñado eso a los argirocracios de padres a hijos hacía ya miles de años, y ellos, pobre gente, estaban absolutamente persuadidos de que era imposible vivir de otra manera.

La varita de oro de Monadio tenía mucho poder, no hay duda, pero ese poder tenía su límite; había casos en que era inútil.

Prueba de ello era que no había podido impedir que algunas nociones de la vida de Autonomía penetrasen entre sus vasallos, y la historia de Argirocracia recordaba tres o cuatro revoluciones terribles en que sus habitantes, impulsados por la miseria, por un vago deseo de mejor arreglo, habían estado a punto de librarse de sus amos.

Pero éstos habían sabido aprovecharse de la ignorancia de la multitud y sabido ponerse a la cabeza de la nación, siempre bajo el pretexto de que es necesario que haya quien obligue a las gentes a hacer lo contrario de lo que desean para que todo vaya bien.

Por lo mismo, Monadio estaba siempre en campaña para sustraer habitantes a Autonomía y transportarlos a sus Estados.

Acaso me diréis que eso precisamente era un medio de hacer penetrar en su reino el conocimiento de las costumbres de Autonomía; pero, como ya queda dicho, el poder de Monadio era limitado, y, de dos males, escogía el menor.
Los argirocracios tenían de tal modo arraigada la convicción de que su género de vida era el mejor y el único posible, que cuando uno de los autonomianos sustraídos les refería la vida que llevaba antes en su país, le trataban todos de loco, de visionario y se burlaban de él. Nunca se había visto a los hombres vivir de otra manera: los unos mandando, los otros obedeciendo, y era imposible otro género de vida.

Preciso es consignar también, en honor de la verdad, que entre los autonomianos había quien encontraba más cómodo arreglarse a la manera de vivir de los argirocracios, y haciéndose aduladores de los que hacen trabajar a los demás, se deslizaban entre ellos y eran los primeros en ridiculizar a los autonomianos que recordaban con tristeza los pasados días de libertad.

Habiéndose encontrado Nono en el camino de Monadio y mostrando inclinación a dejarse seducir, éste volvía a repetir la tentación; pero como el astuto personaje había comprendido que no era prudente chocar con los sentimientos del niño, continuó con fingida suavidad:

-Te has admirado de verme aquí, ¿no es verdad? Tú ignoras que Solidaria es mi mejor amiga, he venido a verla hoy, y me ha dicho que encontraría aquí a mi excelente amigo Labor, y aquí me he dirigido con el deseo de estrecharle la mano; te he reconocido al pasar, y como precisamente Solidaria me entregó este frasco para ti, porque tu compañero Hans le dijo que te dolía la cabeza, aprovecho esta ocasión para dártelo; es un licor compuesto por ella, que cura en seguida el dolor.

Nono tomó el frasco y bebió su contenido sin desconfianza, creyendo cándidamente la mentira inventada por aquel hombre, y, en efecto, desapareció su dolor de cabeza para ser reemplazado por una especie de somnolencia que le pareció el colmo del bienestar.

Pero el licor era obra de Monadio y el falso bienestar no era más que un entorpecimiento del cerebro que le impedía sentir y le turbaba la razón.

Desechadas por completo sus dudas, Nono se puso a charlar con Monadio como si fuera un compañero.

-¿Conque tu país es más bonito que éste?

-¡Oh! Más bonito que este; no es esa precisamente la calificación, pero al fin es diferente, y vale la pena de ser visto.

-¿Cómo es que Solidaria no nos ha hablado nunca de él?

-Porque Solidaria no encuentra nada mejor que Autonomía: en su concepto no hay nada que pueda rivalizar con este reinecillo, y para quien piensa así, lo demás es como si no existiera.

-¡Ah! -dijo, que ya no veía, ni sentía y apenas razonaba más que como a través de una bruma confusa-, y ¿cómo vienen esas cosas tan bonitas si allí nadie trabaja?

-Ya lo viste ayer, basta tener una varita de oro como la mía, y se tiene todo lo que se quiere.

-Bueno, ¿pero todo el mundo puede tener esa varita? Si te siguiese, ¿tendría yo una de ellas? ¿Y tendría también todas aquellas cosas tan hermosas?

-¡Pshe! -murmuró Monadio, temiendo que su licor no hubiese conseguido turbar completamente la razón de su víctima-; hay algunos que no las tienen, pero se les da todo lo que necesitan, y si tienen voluntad y saben arreglarse, pueden llegar a procurársela.

Nono, cuya razón vacilaba cada vez más, no observó lo que había de vago y dudoso en esa respuesta. Por lo demás, eso mismo sucedía en Autonomía, donde todos podían satisfacer sus gustos, a causa de que todos se guardaban recíprocamente todo género de atenciones.

-Tú eres un chico simpático -continuó Monadio-; me gustas y quiero protegerte, poniéndote en el caso de que obtengas una de estas varitas. ¿Ves que esta tiene de trecho en trecho como brotes de rama de árbol? pues estos brotes pueden desprenderse -y le enseñaba uno-, crecen y se vuelven varitas a su vez. ¡Toma! voy a arrancar éste, que ya está maduro; te lo regalo.

Y haciendo como decía, cortó el brote con un cuchillo muy afilado y lo entregó a Nono.

Este lo recibió, mirándole curiosamente aunque con mirada torpe.

-¿Y se hará grande como ese, y tendré todo lo que quiera?

-Ya lo creo -respondió el hombre-, no tienes más que guardártele y pronto será tan grande como la varita de donde le he arrancado.

Nono se metió el precioso brote en el bolsillo.

Monadio le tomó por la mano diciéndole:

-Convenido, ¿verdad? Te vienes conmigo. Vamos a ver a Solidaria que seguramente te dará permiso.

-Creía que querías ver a Labor -dijo Nono, en quien quedaba aún un resto de razón.

-Sí, pero mientras hablábamos se ha ido con tus compañeros -dijo Monadio-, poniendo su varita de oro entre el campo donde trabajaba Labor y la vista de su víctima.

A un caracol que se paseaba sobre la hierba, le tocó con su varita y quedó transformado en un carro tirado por dos enormes murciélagos de la especie vampiro; empujó hacia él a Nono y subió él su lado y los murciélagos volaron en dirección de Argirocracia.

-¡Solidaria! ¡Liberta! -gritó Nono, a pesar de su estado de somnolencia, al sentirse arrebatado.

Aunque débil, este llamamiento de su protegido tocó dolorosamente el corazón de Solidaria, y levantando los ojos al cielo vio el carro de Monadio.

-¡Pronto, pronto! -dijo a Electricia-; arranquemos nuestro protegido de las garras de Monadio; ve, vuela, detén su carro.

Más rápida que el pensamiento, Electricia tomó la forma de un relámpago que iluminó el inmenso espacio y lanzó el rayo contra el vuelo de las dos horribles bestias que llevaban a Nono y a su raptor.

Pero, desgraciadamente, por rápido que fuera el auxilio, el carro había salido ya de los límites de Autonomía, y Solidaria no tenía poder más que donde era conocida y respetada.

Monadio, viéndose cerca de sus Estados, cambió su carro en paracaídas que descendió suavemente a tierra, mientras que Nono se cogía instintivamente a un cordaje.

Cayeron los dos a la orilla de un arroyo que dividía aquella llanura. Monadio no tenía más que pasar a la orilla para hallarse en sus dominios.
Antes que tocasen a tierra, Electricia fue, de parte de Solidaria, a encontrar a la náyade del arroyo, quien consintió en ensanchar su caudal ordinario hasta impedir el camino del raptor.

El arroyo comenzó a hervir, a hincharse y saliendo su cauce ordinario se extendió por la llanura transformándola en lago.

Sin perder un instante, Monadio recogió del suelo una mitad de cáscara de nuez, la tiró al agua y la convirtió en una ligera barquilla provista de una vela triangular que se podía manejar fácilmente.

-¡Pronto! -dijo a Nono-, embarquémonos. Labor nos espera al otro lado. Y designaba a un hombre que con él tenía alguna semejanza, pero de aspecto duro y antipático.

Engañado por las apariencias, Nono saltó a la barca; pero entonces Monadio le ordenó brutalmente que maniobrara la vela mientras él manejaba el timón.

Nono, casi sereno ya por ese cambio de tono, ejecutó, sin embargo, la orden, contemplando al hombre que le esperaba en la orilla opuesta. Engañado aún, creía, en efecto, que era Labor, y el cambio de fisonomía le atribuía al descontento que experimentaría su amigo al verle abandonar Autonomía, y se proponía apaciguarle contándole todo lo que le había sucedido.

Cerca ya de la orilla, la barca tropezó con un obstáculo, se abrió por la mitad y ambos tripulantes cayeron al agua; pero Monadio ganó pronto la orilla.

El obstáculo fue suscitado por Solidaria, esperando salvar a su protegido a favor del naufragio.

Nadando vigorosamente se acercaba a Nono, a quien la náyade mantenía a flote, y ya iba a echarle mano cuando Monadio extendió su varita, y el pobre niño, atraído como una aguja por un imán poderoso, escapó a la acción de su salvadora deslizándose más ligero que una flecha en dirección de la varilla misteriosa, una de cuyas cualidades consistía en ejercer atracción sobre la materia de que estaba formada, y como Monadio había desprendido aquel brote que dio a Nono y éste llevaba en el bolsillo la varilla, ejerció su fatal atracción, imposibilitando el empeño de Solidaria, que no podía abordar a los Estados de Monadio.

Nono, despejado por el baño que acababa de tomar y sufriendo sin darse cuenta la atracción, vio la figura de Solidaria desolada que le tendía los brazos, pero oscureciéndose, borrándose lentamente en las brumas del lago agitado.

Quedó, pues, prisionero de Monadio.

CAPÍTULO XIII

EL ACORDEÓN ENCANTADO

Lo primero que hizo Nono al verse en tierra fue desnudarse y extender la ropa, empapada de agua, para secarla.

Monadio, Solidaria, Labor, había desaparecido, y se encontraba solo en medio de una gran llanura desolada, desde la cual le era imposible darse cuenta de dónde se encontraba Autonomía.

Disipada la torpeza intelectual causada por el filtro y en pleno uso de su razón, comprendió que era víctima de Monadio y su prisionero, puesto que Solidaria no había podido alcanzarle.

Sabía que le sería imposible por sí solo volver, que no encontraría el camino hasta que hubiese logrado unir su esfuerzo al de otros, y esta enseñanza de Solidaria se presentó a su juicio, sintiendo amargamente haberse dejado seducir.

Tendiendo luego la vista hasta los límites del horizonte, vio la dura roca atravesando escasos arbustos y, separados por grandes espacios de maleza, algunos campos pobremente cultivados rompían la uniformidad de la llanura.

Vistióse Nono en cuanto tuvo seco su vestido, y entonces empezó a sentir hambre, pero allí no era como en Autonomía, donde no había más que extender la mano para coger algún fruto suculento; a su alrededor no vio más que espinos y retamas sobresaliendo sobre la hierba.

Nono se puso en marcha dirigiéndose hacia el sitio lejano donde le pareció ver algunas habitaciones.

Al pasar por los campos cultivados los vio rodeados de valladares formados de arbustos espinosos, sin que ofreciesen nada a la satisfacción de sus necesidades, porque el trigo apenas comenzaba a brotar. Los brotes de los espinos de las cercas acababan de entreabrirse, lo que le dio idea de que se hallaba al principio de la primavera.

Llegó por fin a un camino bordeado de algunos árboles cuyo follaje comenzaba a apuntar, pero aunque hubiesen estado más adelantados tampoco hubieran sido de utilidad para el hambriento, que reconoció en ellos olmos, sicomoros, plátanos, acacias y ningún árbol frutal.

Cerca ya de las casas vio algunos árboles en flor, cerezos le parecieron, mas aunque hubiesen tenido frutos, para aproximarse hubiera necesitado escalar muros y romper cercas; pero los muros estaban coronados de cascos muy cortantes de botellas, y los espinos se erizaban de espinas que quitaban el deseo de intentar el escalo.

Continuó, pues, su camino hacia las casas, esperando comer y beber allí.

A la primera que llegó vio una niña sentada a la puerta, y, siguiendo la costumbre de Autonomía, se acercó para acariciarla y pedir comida; pero en cuanto vio la intención la chiquilla huyó espantada lanzando gritos de terror.

¡Qué diferencia con Mab, Delia, Biquette y todos los niños de Autonomía! Sucia, despeinada, la cara tiznada, los vestidos rasgados; recordaba a Nono sus vecinitas cuando estaba en casa de sus padres.

Se dirigió a otra cabaña, pero al acercarse le hizo cara un mastín que se lanzó contra el niño ladrando furiosamente y del que difícilmente pudo librarse.

En una tercera encontró a un niño a quien pidió para comer.

-Mamá -dijo el niño, dirigiéndose a una mujer joven que lavaba la ropa en una artesa en medio de la habitación-; aquí hay un niño que dice que tiene hambre.

-Otro mendigo -dijo la mujer sin interrumpir su trabajo-, si se quisiera dar a todos no acabaríamos. Dile que no podemos socorrerle.

Lleno de amargura y con una debilidad que le impedía moverse, Nono fue a sentarse sobre una piedra, y se puso a meditar sobre las aventuras en que se hallaba enredado, recordando las palabras de Solidaria cuando le presentó en Autonomía:

«Te pondré frente a las circunstancias: según obres, serán buenas o malas para ti. En definitiva, tú harás tus aventuras y las ilustrarás con tu manera de conducirte».

-De hecho -pensaba-, si yo hubiese sido más confiado en la amistad y más prudente, no me hubiera dejado arrebatar de Autonomía ni atraer a un país tan ingrato. Decididamente he tomado el mal camino.

Y metiendo maquinalmente la mano en el bolsillo, tropezó con una cosa cuadrada: era la cajita que le dio Riri, y queriendo asegurarse de que el agua no había deteriorado su instrumento mágico, sacó el acordeón y se puso en actitud de tocarle. Instantáneamente se aumentó el acordeón hasta adquirir un tamaño regular y tocó un vals animadísimo.

El niño de la casa, que le había seguido de lejos, se detuvo maravillado de oír que aquella caja produjera una música tan ruidosa como la de los soldados de Monadio cuando por casualidad atravesaban aquella aldea perdida.

Acudieron otros niños atraídos por la música, saliendo de las casas o llegando por el camino; aquello parecía una cría de conejos: los había de todos tamaños y colores. Formaron semicírculo delante de Nono, y éste satisfecho de ver su instrumento en buen estado, dejó de tocar y se dispuso a guardarle en su caja. Los niños le pidieron que tocara más.

El músico miraba entre tanto con avidez una gruesa rebanada de pan que uno de los niños llevaba en la mano.

El primer niño a quien Nono se dirigió, recordando la petición que le dirigió, le dijo:

-Toca un poco más, que Isidoro te dará su pan. ¿Verdad, Isidoro? -dijo dirigiéndose al propietario de la gran rebanada-. ¿Verdad que darás el pan si toca más la música?

El interpelado se rascó la cabeza mostrándose poco dispuesto a ser el único que pagara el gasto; pero a los ruegos de sus compañeros acabó por sacrificarse y dio la rebanada al músico, quien la devoró en menos que canta un gallo.

Una pieza nueva, no menos agradable y sonora que la anterior, fue la recíproca con que Nono correspondió a los que le dieron pan, y cuando juzgó que ya quedaba en paz de su deuda, mucho más viendo que el sol se acercaba ya al horizonte, se levantó para seguir su marcha.

Pero los niños le pidieron más música, y de nuevo sacó el instrumento para complacerles.

Terminada la pieza y decidido a partir, los chiquillos, exigentes, pidieron más música.

-No puedo -manifestó Nono en tono lastimoso-; va a llegar la noche; no sé dónde estoy, y no puedo permanecer aquí más tiempo.

Las fisonomías del auditorio tomaron aspecto amenazador.

-¡Tiñoso! -dijo uno de los chiquillos del corro.
-¡Cómo se da importancia con su música! -añadió otro.

-Si yo quisiera una mi papá me la compraría mejor que ésa -dijo una muchachuela que se distinguía por la suciedad y los harapos.

A todo esto los chiquillos, cogiendo piedras del suelo, se disponían a jugar una mala pasada al pobre Nono, y seguramente lo hubiera pasado mal si con dichosa oportunidad no se hubiera presentado una mujer que, espantando a todos, cogió a uno por una oreja y le dijo:

-¿Qué vas a hacer, pillo?

-¡No soy yo, son ésos que quieren más música! -dijo el chicuelo gimoteando.

La mujer soltó al niño y acercándose a Nono le preguntó quién era, de dónde venía y dónde iba.

Nono le contó sus aventuras, su vida en Autonomía, su encuentro con el señor gordo, su rapto, su naufragio y su aislamiento en aquel país desconocido.

Pero la pobre mujer jamás había oído hablar de Autonomía; para ella el señor gordo debía ser algún bohemio de esos que, según dicen, roban criaturas para hacer mendigos de profesión.

-Ay, hijo mío -dijo la mujer con tono compasivo-, no conozco el hermoso país de que me hablas; jamás he oído decir cosas semejantes más que en los cuentos de hadas, y si es cierto que vienes de ese país delicioso, pobre de ti, porque éste es el reverso de la medalla. Aquí se ha de trabajar mucho para ganar poco.

El país es pobre; no hay probabilidad de que nadie quiera tomarte y de todos modos es seguro que tu trabajo no pague tu alimento. Lo mejor que puedes hacer es dirigirte a Monadia, la capital que habita nuestro rey Monadio. Allí se emplea a los niños como domésticos o en las fábricas y puedes tener alguna esperanza de ser colocado. Espera un poco.

Y dirigiéndose hacia su cabaña volvió en seguida con un grueso pedazo de pan, un poco de queso y una taza de leche que hizo beber al pobre desterrado.

-Guárdate este pan y este queso -dijo la mujer-, con eso podrás continuar tu marcha. Sigue este camino hasta que llegues a otro más ancho, tomas después la izquierda y sigue, después ya encontrarás algún pasajero que te indicará cuando hayas de cambiar de ruta.

Nono sintió necesidad de llorar cuando vio confirmados sus temores de ser transportado a Argirocracia, pero dominando su emoción, dio las gracias a la buena mujer y le preguntó si Monadia estaba lejos, y quedó consternado cuando ella le respondió que no llegaría sino después de largas jornadas de marcha.

Con el corazón oprimido se despidió de la mujer y se puso en marcha hacia Monadia.

CAPÍTULO XIV

EN EL CAMINO

Hacía ya varios días que Nono caminaba, viviendo de algunos pedazos de pan debidos a la conmiseración que su simpática niñez inspiraba a las buenas campesinas que encontraba a su paso.

Un día que marchaba desde la mañanita, sin más alimento que un poco de pan que le dio un aldeano que, de lástima, le permitió pasar la noche en el pajar, se hallaba cansado, hambriento y atormentado por el temor de la noche que se acercaba nuevamente con esa tenacidad mecánica de la naturaleza, que no repara en nuestras penas ni en nuestras alegrías, cuando distinguió una casa de campo no lejos de la ruta que seguía.

Acercóse a ella, y dos mastines vigilantes le recibieron con sus amenazadores ladridos.

Nono, sin atreverse a dar un paso adelante, permaneció indeciso a corta distancia de la puerta.

Un criado que se ocupaba en amontonar estiércol en el patio salió a preguntar qué quería.

El joven viajero le manifestó que se dirigía a Monadia y pedía la limosna de un poco de pan y un asilo para la noche.

-¡Oh! -dijo el hombre-, el amo no es generoso y dudo mucho que quiera recibirte. Espera un poco: voy a preguntarle.

Nono, que desde que estaba en Argirocracia había aprendido por triste experiencia que no se da nada por nada en el país de Monadia, añadió:

-Dígale usted que, si tiene hijos, les tocaré la música durante la velada para divertirlos.

Y sacando el acordeón de su caja tocó un pasodoble.

Desde que hacía vida de caminante su acordeón le había ganado algunas cucharadas de sopa y un sitio en alguna granja; pero eso ocurría principalmente en las casas aisladas o en las aldeas lejos de toda comunicación, donde las distracciones son raras. En las poblaciones un poco importantes su música tenía poco éxito, y más de una vez nuestro músico debió acostarse con el estómago vacío en el quicio de una puerta.

-Está bien; así se lo diré al amo -dijo el hombre, y desapareció.

Al poco rato se presentó de nuevo el criado y dijo:

-Ven -y condujo al viajero a una gran sala negruzca, ahumada; por todo mobiliario había una mesa en medio rodeada de bancos; una artesa de amasar pan en un rincón; un aparador al otro extremo, y pendientes del techo hojas de tocino, jamones, cebollas, ajos y legumbres sin desgranar.

Un fuego de sarmientos brillaba en una gran chimenea, situado en el testero de la habitación, y sentado cerca del fuego se hallaba un anciano de ochenta años a lo menos: era el padre del arrendatario.
No lejos de la chimenea, el arrendatario fumaba su pipa.

Su hijo, hombre de unos treinta años, arreglaba un cesto de mimbre.

La arrendataria, teniendo ante sí alineados sobre la mesa tantos cuencos como individuos constituían la familia, cortaba pan para hacer sopa con el caldo que hervía en una marmita pendiente de la caramallera del hogar.

La nuera recosía la ropa de la familia.

Dos pequeñuelos, los del hijo, niño y niña, se entretenían haciendo construcciones con piezas de madera.

-¿Eres tú -dijo el labriego con voz gruesa y tono rudo-, quien pide albergue?

-Sí señor -respondió Nono intimidado.

-¿Y dónde está la música que nos has prometido?

Nono sacó el acordeón de su caja y tocó.

Los niños abandonaron instantáneamente su juego para acercarse a escuchar el maravilloso instrumento.

Las personas mayores, que no debían de tener grandes distracciones en aquella casa aislada, manifestaron tanto placer como los niños.

Una criada gruesa, que acababa de ordeñar las vacas y entraba con una gran lata llena de leche, exclamó:

-¡Oh, qué delicia! Eso me recuerda los músicos de mi pueblo, cuando allá en la plaza hacían bailar a los jóvenes en los días de fiesta.

En aquel momento, el ama, que acababa de calar la sopa, exclamó:

-¡A la mesa!, después de cenar tendréis tiempo de oír la música.

A Nono se le designó un sitio cerca del hogar, fuera de la mesa, y le dieron un cuenco de sopa que hubo de colocar sobre sus rodillas, mientras los habitantes de la casa se situaban cada uno en su sitio de costumbre alrededor de la mesa.

Cuando Nono acabó su ración de sopa quedó con su cuenco en la mano sin saber qué hacer ni dónde poner el cacharro, mirando con ojos codiciosos una apetitosa fuente de col y tocino que la campesina distribuía, esperando también su parte.

Pero cuando la racionera dio la vuelta completa a la mesa la fuente quedó vacía, y Nono, lanzando un suspiro, comprendió que no podía esperar más de la generosidad de aquella gente.

Sin embargo, la nuera, viéndole seguir con la mirada cada bocado, le dio un trozo de pan y un vaso de sidra.

Cuando el amo quedó harto, cerró su navaja, y como si esto fuera una señal en la etiqueta seguida en aquella especie de señorío rural, se levantaron todos como movidos por un resorte: se quitaron los manteles, se fregó la vajilla en agua calentada en la misma marmita donde se había cocido la cena; los criados fueron a los establos a asegurarse de que las bestias no carecían de nada y volvieron pronto a ocupar su puesto cerca del hogar, sin decir palabra, mecánicamente, con la mirada perdida en el vacío, como siguiendo rutinaria costumbre.

Los niños reclamaron la música y Nono se la dio en abundancia, sin escatimarla como a él le habían escatimado groseramente la comida.

Después, el campesino, a quien una digestión regular parecía hacerle un poco más amable, le preguntó de dónde venía y a dónde iba.

Nono había notado en más de una ocasión que en Argirocracia se tenía especial empeño en saber lo que eran las personas antes de socorrerlas.

Esto le dio la ocasión para contar una vez más sus aventuras.

Y ocurrió que el rústico, que escuchaba con el mayor interés la historia del pájaro parlante, de las abejas transformadas en hermosas damas y de los cárabos que le venían a ofrecer fresas, prorrumpió en carcajadas que le sacudían el vientre cuando el narrador llegó a su estancia en Autonomía donde cada uno trabajaba a su manera, reposaba cuando quería, donde los frutos pertenecían a todos y todos y cada uno tomaba de la cosecha la parte que quería, y donde, por último, se guardaban todos recíprocamente todo género de consideraciones y respetos.

De tan buena gana reía el hombre, que por poco se ahoga con una quinta de tos que le ocasionó la risa.

Cuando se calmó el acceso preguntó a su hijo:

-¿Has oído hablar tú de un país semejante?

-¡Oh!, no, por cierto.

-Frescos estaríamos si no mandase nadie.

-Lo mismo digo -añadió el hijo-, si esperásemos que los vecinos viniesen a labrar nuestros campos; me parece que podríamos esperar sentados.

-Pues me parece -replicó el padre-, que no sucedería lo mismo con la cosecha si hubiera de quedar a la disposición de todo el mundo.

-¡Ya lo creo! -repuso el hijo; y ambos celebraron la gracia con nuevas carcajadas.

Calmada la risa, dijo el joven:

-Me parece que eso no se presenta claro: el muchacho es demasiado joven para mentir y saber inventar historias; creo que debe estar un poco tocado de la cabeza y dice lo que se le presenta sin saber lo que se pesca.

Nono pensó que si el labriego aquel tenía dificultad en encontrar brazos que trabajaran para ayudarle a cultivar sus campos sería porque pretendería acaparar para sí todo el beneficio; pero demasiado joven para discernir bien sus propias ideas y encontrar las expresiones justas para replicar, se calló, sintiéndose mortificado porque se le creyese falto de juicio.

-Quedamos -dijo el labriego-, en que en Autonomía no hay dinero, y cada uno toma lo que quiere. Pues ¿cómo se paga a los gendarmes para que persigan a los ladrones?

-Yo no he visto allí gendarmes ni he oído hablar de ladrones.

-¿Conque allí no hay gendarmes, ni soldados, ni tampoco guardas rurales? Tú sueñas, muchacho. ¿No ves que sin eso regañaríais continuamente para quedaros con los mejores frutos?

-Eso no ha ocurrido jamás mientras yo he estado allí. Sólo yo he regañado una vez, y eso fue porque estaba de mal humor; pero he sido tan desgraciado a consecuencia de ello, que me he prometido no volver a hacerlo.

-¿Y no te molestaba trabajar? Vamos, dilo francamente: es seguro que sin el temor de Solidaria y de Labor más de una vez te hubieras quedado descansando en lugar de ir a trabajar con los otros. ¿No es verdad?

-No, señor; al contrario: me hubiera disgustado mucho si me hubiera visto obligado a no hacer nada.

El campesino sacudió la cabeza en señal de incredulidad, haciendo notar lo inverosímil que era eso de que los niños quisieran trabajar siempre, y se sintieran desgraciados por haber regañado una vez en un arranque de mal humor.

-Si los dos tuyos -continuó, dirigiéndose a su hijo-, sintiesen alguna vez haber regañado, es seguro que no regañarían tan a menudo; con tanto más motivo que se ahorrarían algunos pares de pescozones, con los qué se consigue, si no ponerles de acuerdo, obligarles al menos a que se callen.

-Y es seguro que si no nos tuviesen delante regañarían siempre -repuso el hijo, mirando con aire paternal a los chicuelos, que escuchaban abriendo desmesuradamente los ojos, mientras que la madre los atraía hacia sí besándolos cariñosamente.

-Yo también -dijo Nono-, en casa de mis padres regañaba siempre con mi hermana; pero eso no impide que en Autonomía nadie tenga ganas de regañar.

-Todo eso, muchacho -dijo el labriego-, son ideas locas. Si nadie se viese obligado a trabajar todo el mundo preferiría el reposo. Es necesario que haya personas razonables para poner paz entre los que viven enemistados, y te aseguro que cuando hayas vivido más tiempo entre la gente de Argirocracia y tengas más edad comprenderás que no puede ser de otro modo.

-De otro modo sucede en Autonomía -suspiró Nono.

-Sin embargo, nostramo -dijo uno de los criados-, si nos referimos a lo que se dice de los antiguos, que lo transmiten de otros más antiguos aún, parece que la tierra no ha pertenecido siempre a los señores; que ha habido una época en que pertenecía a todos y se repartían sus productos. En aquellos tiempos las gentes no se veían obligadas a trabajar para amos rapaces y todos podían comer a satisfacción de su hambre.

-Tonterías, charla de viejos chochos -dijo el arrendatario poniendo punto final-. Padre –añadió levantando la voz y dirigiéndose al anciano, que bajo la campana de la chimenea permanecía silencioso y como abismado en su medio ser y no ser-, ha oído usted hablar de eso alguna vez.

El viejo movió la cabeza con el signo negativo, y esto dio autorización al dogmatizante para exponer sus conclusiones:

-En todos tiempos -afirmó-, ha habido propietarios y arrendatarios que han cuidado de la tierra y que han dado de comer a los trabajadores que empleaban. Si las cosas hubieran sucedido como tú dices, las gentes se hubieran encontrado bien, y así hubieran permanecido siempre. Todo eso, pues, son dichos de holgazanes.

-Yo no lo sé -dijo el criado-. Repito lo que he oído decir.

-Pues repites tonterías. El mundo ha sido así siempre, así es y así será.

Luego, dirigiéndose a Nono, añadió:

-Vamos, toca otra pieza antes de ir a acostarnos; más vale eso que no hablar de majaderías.

Nono ejecutó la orden. Después cada uno hizo sus preparativos: el criado se llevó el músico al establo, donde también dormía él, señalándole un sitio con paja fresca que había extendido en un rincón cerca del arca de la cebada.

El pobre Nono, harto fatigado, se durmió enseguida soñando en Autonomía.

CAPÍTULO XV

LLEGADA A MONADIA

Cuando Nono se despertó al día siguiente, aunque algo repuesto de su fatiga, sentía aún los miembros molidos, y de buena gana hubiera permanecido un rato más en aquella mullida paja; pero sabía que prolongar su estado de vagabundo caminante era dar largas a la miseria y a las fatigas, y le convenía, por tanto, llegar cuanto antes a Monadia, ya cercana, donde esperaba encontrar trabajo.

Salió, pues, del establo y se encontró en el patio. Los hombres se habían ido ya al campo, únicamente vio a la joven, mujer del hijo, que distribuía grano a las gallinas, patos y pavos, que de todas partes acudían a rodearla expresando su alegría cada especie en sus sonidos propios con lo que formaban una inmensa gritería.

Nono le dio los buenos días.

La mujer correspondió al saludo afectuosamente, y le dijo:

-¿Ya te vas? Espera un poco.

Entró en la casa y volvió en seguida con dos hermosas rebanadas de pan bien impregnadas de manteca.

-Toma, hijo mío -le dijo-; el camino es largo. Buen viaje y salud.

Y una vez más tenemos a nuestro pobre amigo en un camino solo y triste; pero habituado ya a la mala suerte, empezó su marcha con paso firme y resuelto.

Hacía ya algunas horas que caminaba cuando el hambre hizo su aparición; entonces se cobijó bajo una encina situada no lejos del camino, y se disponía ya a devorar sus dos rebanadas de pan, cuando se dio cuenta de que tenía sed; buscó en derredor si había por allí algún arroyuelo para satisfacer su necesidad, y no tardó en oír el murmullo de un manantial, que caía de una roca, que parecía cortada a pico a la orilla del camino en un pilón que el agua con su acción constante había ahuecado en la piedra.

Satisfecho a tan poca costa, iba otra vez a la encina, cuando vio a algunos pasos de la fuente un topo cubierto de sangre que se esforzaba por alcanzar su madriguera.

Poseído de piedad, a la vista de la triste situación de la pobre bestezuela, Nono la cogió, lavó su herida en la fuente despojándola de la sangre coagulada y del barro que cubría su fino y sedoso pelo.

En la duda de lo que haría para curar al animalillo, masticó algunas migas de pan, las puso sobre la herida, sujetólas con una tira que arrancó del pañuelo y le dejó a la entrada de su agujero, donde tropezando y cayendo se metió.

Un poco repuesto y habiendo acabado su segunda rebanada, Nono echó a andar de nuevo.

Pero, a pesar de su actividad, le fue imposible llegar a Monadia aquel día, y la noche le sorprendió en plena campiña, lejos de toda población y sin casa alguna a la vista donde pedir hospitalidad, por lo que resolvió pasar la noche arrimado a un gran montón de paja que vio en un campo cerca del camino.

Conocíase que otro había pernoctado en aquel mismo sitio por un hueco hecho indudablemente para poner un cuerpo humano al abrigo de la intemperie.

Nono se metió allí rendido y hambriento, y se durmió profundamente.

La noche fue muy fría y al amanecer se despertó helado y con un hambre en extremo exigente, que trató de calmar con algunos granos de trigo de las espigas que por allí pudo recoger; guardóse algunas en el bolsillo para entretener el hambre por el camino y continuó su marcha hacia la capital, cuya proximidad se adivinaba al ver el aumento de viajeros en el camino.

Los carruajes eran también más numerosos: unos iban cargados de géneros de todas clases y otros volvían vacíos o cargados de muebles, máquinas, telas y otra infinidad de cosas que anunciaban un tráfico importante y una industria muy desarrollada.

El número de casas aumentaba: al principio muy espaciadas llegaban a juntarse unas a otras hasta el punto de convertir en calle el camino, para no interrumpirse hasta llegar a unos cien metros de Monadia.

Una vez allí, Nono se encontró sobre una elevación desde la cual se descubría un extenso espacio.

Allá abajo, en una llanura inmensa, la capital de Argirocracia mostraba sus casas y sus arrabales; elevaba las cúpulas de sus palacios, y las torres, los campanarios, las agujas y las flechas de sus templos. Era aquello una confusión de paredes, techos, buhardillas y ventanas, donde la vista no podía fijarse detalladamente.

Nono se detuvo para contemplar esta ciudad que le espantaba de antemano, desconociendo y temiendo a la vez la suerte que allí le esperaba. Permaneció así algún tiempo absorto en esta contemplación. Lanzó una última mirada de sentimiento detrás de sí, sobre el camino recorrido y su pensamiento llegó a Autonomía, a sus compañeros, a sus padres a quienes tal vez no volvería a ver, y se puso a bajar el camino que conducía a las puertas de la ciudad.

Poco después se hallaba ante un puente levadizo que daba acceso a la ciudad, ceñida por un muro almenado flanqueado de torres, cuadradas o redondas, éstas ostentando siempre su garita de centinela.

En lo alto de aquellas torres flotaba la bandera de Monadia, un gran pabellón amarillo sembrado de manchas rojas en forma de gotas de sangre, y en el centro, bordado en negro, un murciélago de la especie vampiro, con las alas desplegadas, semejantes a aquellos que trajeron a Nono de Autonomía.

La muralla estaba separada de la llanura por un amplio foso lleno de agua, y el puente levadizo en que se hallaba Nono dependía de una gran torre cuadrada que servía de cuerpo de guardia a los soldados que defendían la puerta. Una pesada reja de hierro, levantada en aquel momento, se hallaba a punto de caer y cerrar la entrada en caso de sorpresa.

Al pasar por el puente, vio Nono una larga fila de carruajes parados cargados de géneros y toda clase de materiales.

Una aldeana que pasaba con dos cestas en los brazos fue detenida por dos individuos vestidos de verde, que, aunque con cuerpo humano, tenían cabeza de garduña.

Es decir, Nono dudaba a que especie pertenecían aquellas cabezas, porque así como las telas tornasoladas son de distinto color según la disposición en que están al recibir la luz, aquellas cabezas eran de hombre o de garduña según el punto de vista desde el cual se les miraba.

Registraron las cestas que contenían gallinas, conejos y legumbres. Después de bien registrado y manoseado todo, los dos hombres-garduñas escribieron breves rasgos sobre un cuaderno, desprendieron la mitad de la página, la entregaron a la aldeana, que en cambio les dio algunas monedas y pasó.

Tocóle el turno después a un viajero que llevaba una maleta en la mano. Los garduñas humanos mandaron abrirla, desparramaron el contenido por el suelo mezclando la ropa limpia con la sucia y toda clase de objetos, cerraron, la pusieron una señal y pasaron a otro.

Otros dos seres de aquellos, del mismo pelaje y también con doble y repugnante fisonomía registraban los carruajes y no permitían el paso hasta después de bien examinado todo y sacado algún dinero a los conductores.

Nono, que no llevaba equipaje ni bulto ninguno a la vista se le dejó pasar libre de derechos, después de minuciosa inspección visual para dar la seguridad de que no ocultaba cosa de pago bajo sus vestidos.

Había varios centinelas de distancia en distancia, y los soldados que esperaban su turno en el cuerpo de guardia fumaban o reían. Los había de varias clases.

Entre los que montaban la guardia, los unos estaban armados de largas picas; llevaban un sable al costado pendiente de una bandolera; una coraza de hierro les protegía el busto, y un casco adornado con airosa pluma defendía su cabeza. Estos con sus bigotes grises denotaban pertenecer a las tropas veteranas.
Pero, cosa rara, lo mismo que los que registraban a los pasajeros a su entrada en la ciudad, observó Nono que aquellos soldados tenían doble fisonomía, parecían hombres injertos en alimaña. Hubo momentos en que mirando un tipo de aquellos se le representaba ver el hocico del tigre del Jardín de Plantas.

Otros, más jóvenes, usaban arbaletas y vestían casaca de ante y sombrero chambergo con pluma de halcón al lado izquierdo. Su doble fisonomía no estaba tan determinada, pero no por eso dejaban de parecer a Nono mastines o lebreles.

Muchas otras variedades soldadesco-zoológicas observó nuestro amigo, pero estaba impaciente por ver la ciudad, y con paso decidido se dirigió al interior.

CAPÍTULO XVI

UN PASEO EN MONADIA

De lejos la ciudad le pareció magnífica; ya en su interior, a derecha e izquierda veía calles estrechas, tenebrosas; con casuchas que amenazaban ruina, destilando miseria y suciedad y que contrastaban con las de la calle principal que seguía, que era ancha, hermosa y plantada de árboles.

Avanzando por aquellas callejuelas miserables se llegaba a otras más anchas, más aireadas y con casas más decentes, hasta llegar a otra vía más ancha aún que la primera, que se alargaba hasta perderse de vista, plantada de árboles a cada lado. Interrumpían las líneas de aquella vía plazas circulares situadas a

distancias proporcionales, en cuyos centros se elevaban fuentes monumentales con grandes surtidores, rodeados de círculos floridos a modo de canastillos, llenos de flores hermosas y variadas.

Circulaban magníficos carruajes con bellas damas y elegantes caballeros, conducidos por cocheros y lacayos de libreas brillantes y galoneadas y tirados por soberbios caballos que piafaban y movían orgullosamente la cabeza.

Si Nono no acabara de atravesar el país viendo tanta miseria, hubiera creído en la realización de las promesas de aquel señor gordo; pero ya sabía por experiencia lo que tras tan bello espectáculo se ocultaba.

Los ricos trajes de los señores, los encajes y las sedas de las damas, los jaeces de los caballos y los atalajes de los coches recordaban la visión rápida de los gemelos; pero algo de que él no sabía darse cuenta le hacía comparar a aquella gente a los cerdos destinados a engordar que había visto en los establos de su nodriza.

Continuó Nono uno de aquellos paseos, admirando cuanto veía. Sentadas en sillas bajo los árboles vio mujeres gruesas y mofletudas, cuyos vestidos tenían algo de campesino y de lacayuno, que cuidaban de niños ricamente ataviados que jugaban a su alrededor con juguetes lujosos; otras mujeres llevaban en brazos niños más pequeños a quienes amamantaban, y comprendió que los niños eran hijos de los personajes que se paseaban en los carruajes, y las mujeres sus criadas y nodrizas; algunas de ellas tenían en sus facciones algunos rasgos de vago parecido con Blanquita, la vaca de Mab, pero de aspecto más rudo que aquel animal.
En kioscos situados en los bosquecillos de los jardines se vendían juguetes y golosinas de toda clase, cuya vista despertó el hambre de Nono, distraída hasta entonces a la vista de aquellas novedades; pero harto sabía que en Argirocracia se necesita dinero para obtener algo, y él no lo tenía.

Se acordó de su acordeón y fue a situarse cerca de un grupo de niños, donde tocó lo mejor de su repertorio; pero ninguno hizo caso de la música, viéndose obligado a guardar el instrumento y a contentarse con recoger un bollo abandonado y mordido por uno de aquellos niños.

Continuando su marcha vio algunos otros niños que querían mezclarse a los juegos de los bien vestidos, pero como aquellos los tenían algo deteriorados, fueron desdeñosamente rechazados, mientras que las criadas gritaban escandalizadas al ver la desvergüenza con que aquellos estropeados se atrevían a mezclarse con los del rebaño puesto bajo su vigilancia, lo que dio lugar a que un soldado que se paseaba por allí, vestido de negro con bordados rojos, con espada al cinto, se acercase a aquellos granujas, o tenidos por tales por ser pobres, amenazándoles con llevarles a la cárcel si no se apartaban pronto.

Más lejos vio Nono una mujer harapienta, seguida de dos pequeñuelos y llevando en brazos otro que aún no andaba; parecía implorar la caridad de aquellas damas y caballeros que pasaban sin mirarla ni preciar atención a sus lamentos.

No obstante, una señora joven se detuvo para ponerle algo en la mano; pero uno de los soldados del uniforme negro con cara de hombre, de lebrel y de garduña se acercó, y tomando brutalmente a la desgraciada por el brazo, le dijo:

-Flagrante mendicidad. Seguidme a casa del preboste y de allá a la cárcel.

Y a pesar de sus gritos -de sus balidos podría decirse, porque a Nono le pareció que tenía semejanza con los borregos que había visto en el matadero- la llevó casi arrastrando.

Nono continuó su camino.

Llegó a una gran plaza en cuyo centro se elevaba un monumento cuyo objeto no pudo comprender, tampoco era posible enterarse ni verlo mejor por impedirlo un recinto de límites unidos entre sí por cadenas.

Al extremo de esta plaza se veía un castillo almenado, con una alta torre en la que flotaba el estandarte real de Argirocracia. Nono comprendió que aquel edificio era el palacio real. Estaba lleno de soldados de cara de tigre, pero mejor vestidos y más formidablemente armados que los que guardaban la ciudad.

Estaba rigurosamente prohibido acercarse a aquel palacio-fortaleza, completando más positivamente la prohibición, un ancho foso lleno de agua y guarnecido de empalizadas y los centinelas que hacían circular a los paseantes y curiosos.

Sobre la puerta se ostentaba un escudo esculpido en piedra con las armas de Monadia con esta divisa:

«El dinero es superior al derecho».

Nono se inclinó a la izquierda y se encontró en una calle que iba estrechándose. No tardó en entrar en un barrio de calles estrechas, de casas ennegrecidas y decrépitas, habitadas por una población miserable.

La fatiga y el hambre le obligaron a sentarse en un guarda-cantón.

Allá, como entregándose a su desesperación y palpando maquinalmente sus bolsillos, como si fuera posible encontrar en ellos algún mendrugo trasnochado, tocó el brote de oro que le dio Monadio para decidirle a seguirle y que tenía olvidado.

Le sacó y examinó, mas, contra la promesa de Monadio, el brote no había crecido. Tal como lo recibió del donante, así había quedado, con la única diferencia de que había perdido parte de su brillo con el frote del bolsillo.

¿Había perdido acaso sus antiguas propiedades?

Nono deseó comidas pantagruélicas para hartar su hambre, blando lecho para reposar sus doloridos miembros, carros encantados que le llevasen a casa de sus padres, a Autonomía, lejos de aquel país de pena y miseria.

Pero nada le movió de aquel guarda-cantón, ni un mal mendrugo se ofreció a sus afilados dientes. Monadio le había engañado en todos conceptos, y en su despecho estuvo a punto de arrojar lejos de sí aquel engañoso objeto.

Un movimiento practicado para poner en ejecución su pensamiento, le hizo fijarse en una tiendecilla de platero en cuyo escaparate se veían objetos de oro y plata.

Un rayo de esperanza le inspiró este pensamiento.

-Puesto que en este país se da tanto valor a estos metales, quizá de este pedazo de oro saque alguna moneda y con ella pueda obtener comida y casa por el momento.

Y se dirigió a la platería.

El platero estaba en su mostrador componiendo una arracada; su aspecto era altamente antipático, un viejecillo pequeño, de ojos chispeantes y nariz de pico de ave de rapiña. Levantó los ojos sobre el visitante y como su porte no era de comprador, le preguntó con mal gesto, y peor tono:

-¿Qué quieres, muchacho?

Nono le presentó su brote de oro preguntando si quería comprarle.

El platero, mirándole con desconfianza, le preguntó como había venido aquel objeto a su poder.

Nono le explicó en que circunstancias se lo dio Monadio, y con la idea de aumentar su valor no descuidó la circunstancia de que estaba desprendido de la varita del rey y de detallar las propiedades maravillosas que, según la real promesa, debía poseer.

A todo eso respondió el platero tomando un aire desdeñoso y tanteando el peso del brote; además explicó a Nono que había argirocracios que poseían de esas varitas maravillosas, mas para que poseyesen la propiedad preciosa de reproducirse por sí mismas necesitaban tener sometidos genios esclavos; sin ellos, las varitas quedaban reducidas al valor intrínseco del oro y no tenían más propiedad que la de poder cambiarse con otros objetos. Si Nono quería dejarle su brote, le daría por él dos piezas de plata, asegurando que no ganaría nada con ello y que lo hacía únicamente por la piedad que le inspiraba su corta edad. Claro está que eso era falso, y que ganaría diez veces las dos piezas de plata, pero Nono, que no tenía noción alguna del valor, tomó con alegría las monedas, y corrió a una tahona a comprar pan.
A una anciana que pasó vendiendo manzanas le compró algunas, comió y un poco confortado pensó que era preciso tratar de buscar un refugio para la noche.

Caminaba por las calles buscando la muestra de una posada, cuando oyó unos gritos desesperados. Se trataba de un niño de cinco o seis años que había rodado desde la acera al medio de la calle en ocasión de que un coche que corría al galope estaba a punto de aplastarle. La madre, paralizada de espanto a la vista del peligro que corría su hijo, levantaba los brazos al cielo lanzando gritos desgarradores sin poder moverse en socorro de su hijo.

Nono de un salto, tuvo el tiempo preciso para arrastrar al niño hacia sí, aunque los dos rodaron por el arroyo, sanos y salvos, porque el coche pasó sin tocarles.

Cuando se levantaron la madre estaba sobre ellos, colmándoles de caricias, riendo y llorando a la vez.

Como el joven salvador se había ensuciado en el arroyo, la madre le llevó a su casa, que era una tiendecilla, en frente, donde el padre, que era sastre, componía los vestidos de su clientela.

El padre, lleno de ansiedad, viendo a su hijo y a otro niño mayor rodar por el suelo, se informó de lo que había ocurrido.

Su mujer, llorosa aún, le refirió el accidente y presentó al salvador de su hijo.

El padre dio brevemente las gracias a Nono, y regañó a su hijo, acusándole de insoportable, de pilluelo, de no saber estar quieto y de inventar a cada momento algo para molestar y contrariar a sus padres, concluyendo para mandarle sentar en un rincón dándole por añadidura y para recuerdo un par de pescozones.

La madre hizo desnudar a Nono para lavar su vestido. Mientras se secaban vióse obligado Nono a contar una vez más sus aventuras y explicar por qué se encontraba solo en las calles de Monadia, en busca de colocación.

Los habitantes de la tiendecilla se extasiaron oyendo el maravilloso relato que les hizo de Autonomía, haciéndose dar mil explicaciones sobre los más íntimos detalles.

El sastre dijo que había oído hablar de aquel país por obreros de paso, pero que hasta aquel momento le había parecido aquello completamente fabuloso y bueno a lo sumo para distraer la imaginación.

También observó Nono, mientras hablaba, que el sastre y su mujer tenían aquella fisonomía de borregos que ya había notado en la mendiga conducida ante el preboste.

El hombre y la mujer se consultaron y propusieron a Nono tenerle en su casa, donde le darían comida y cama; ayudaría al sastre, éste le enseñaría el oficio, y si era aplicado y asiduo al trabajo se le daría con el tiempo un jornalito.

Nono aceptó con alegría: salía de penas y el sastre economizaba un obrero.

CAPÍTULO XVII

EL APRENDIZAJE

El sastre despertó temprano al día siguiente a Nono para dedicarse al trabajo.

Le hizo sentar a su lado en su banco de trabajo, le enseñó a cruzar las piernas para ocupar menos sitio y le dio dos trozos de paño para coserlos, con las instrucciones y observaciones precisas para el manejo de la aguja.

Para amenizar el trabajo, le envió a llevar a los clientes algunos trajes terminados.

Cuando llegó la noche, Nono que no se había detenido un instante más que para comer, lo que se hacía muy rápidamente para continuar en seguida el trabajo, estaba extenuado.

¿Y las comidas?

Se acabaron las buenas frutas, la abundancia y la alegría de Autonomía. Por la noche una mala sopa de legumbres cuidadosamente escatimadas, con un poco de grasa y otro poco de pan moreno. A medio día, patatas, y algunos días por extraordinario se añadía tocino o carne de calidad inferior:

Y no era que el sastre y su mujer fuesen malos, era su comida ordinaria, de la que participaba; ni tampoco que fuesen avaros y deseosos de amontonar dinero, sino que los víveres eran caros en Monadia, los alquileres abrumadores y el trabajo mal pagado, y por tanto era preciso someterse a un trabajo excesivo y quedar con gana para estirar los recursos hasta cubrir las más apremiantes necesidades.

Tal era la existencia de los que se veían obligados a trabajar por y para los otros.

Y aún el sastre se consideraba relativamente feliz, porque su oficio le permitía entenderse directamente con su clientela.

No así los que trabajaban en las fábricas, encerrados en grandes edificios sin ventanas, iluminados por una claraboya en el techo y dominados por grandes chimeneas humeantes siempre; los sufrimientos de aquellos eran mucho peores; encerrados todo el día, vigilados constantemente, debían producir sin cesar, sin levantar la cabeza un segundo, sin poder hablar entre sí y sufriendo la multa a la menor infracción del reglamento.

Dichas fábricas pertenecían a los individuos que Nono había visto pasearse en lujosos carruajes. Por cierto que no se les veía jamás en ellas, y para sustituirles y representarlos, escogían entre los mismos obreros algunos a quienes pagaban un poco más, y con el nombre de encargados, capataces, regentes, mayordomos, hombres de confianza, etc., les imponían la obligación de vigilar a sus excompañeros.

Nono, que tuvo ocasión después de tropezar con alguno de esos encargados, les encontró una fisonomía que participaba de hombre, de lobo y de mastín.

De aquellos señores, los que no poseían fábricas, eran propietarios de campos, bosques, prados, etc., que daban a cultivar a otros intendentes que hacían trabajar a los campesinos, y cuando éstos habían segado, vendimiado o realizado la recolección general de los frutos, se presentaba el intendente del amo que tomaba la mayor y la mejor parte de la cosecha, dejándoles lo preciso para no morir de hambre.

Otros poseían casas. El propietario de la en que vivía el sastre poseía más de cien en Monadia; y los que no la tenían pagaban la cantidad exigida en moneda corriente para tener el derecho de habitar un rinconcillo.

Otros no tenían fábricas, ni campos, ni casas, pero compraban a unos géneros necesarios para la vida y los vendían después, obteniendo un beneficio sobre cada operación, y al final se hacían riquísimos también.

Ante estas explicaciones Nono movía la cabeza reflexionando si los genios esclavos que formaban el poder de las varitas de oro, serían acaso aquellos hombres que trabajaban en las fábricas y en los campos pagando el diezmo por comer, vestirse, distraerse y alojarse.

Acaso diréis que esas reflexiones eran demasiado profundas para un niño de nueve años, pero se ha de considerar que Nono comenzaba a haber visto ya muchas cosas, y la experiencia madura el entendimiento antes que los años.

Así pasaban los días en casa del sastre, trabajando y hablando.

Nono conoció también la ciudad, yendo a entregar trabajo hecho a los clientes o a comprar material a las tiendas o almacenes.

A veces, cuando el trabajo no era muy urgente, salía el sastre a paseo con su hijo y Nono le acompañaba, o se dirigían a las calles principales, admirando las riquezas amontonadas en los almacenes.

Con el tiempo, el joven aprendiz hizo progresos en su oficio, beneficiando con ello a la familia y el ordinario se fue mejorando insensiblemente.

Un día que el sastre pudo arrinconar una moneda de oro, dio a Nono una pieza de plata, y aunque creyó con ello realizar un gran acto de generosidad, lo cierto es que apenas representaba la vigésima parte de lo que con el aprendiz economizaba.

Insistimos en manifestar que el sastre no era un mal hombre; pero consideraba lo más natural del mundo explotar a Nono pagándole mucho menos de lo que valía su trabajo; así se practicaba en Argirocracia y así sabía también que lo predicaban los economistas, sabios muy entendidos en estas cosas, quienes sostenían que en la imposibilidad de hallar matemáticamente la fórmula del valor, era justo hacer una parte en los beneficios para el capital, otra para el capitalista y la parte del trabajador debía quedar sujeta a las oscilaciones de la oferta y la demanda.

Si el trabajo continuaba abundando podría tomar otro aprendiz, luego obreros y ganando sobre unos y otros se enriquecería también y ya no tendría más que escoger entre comprar una casa o fundar una fábrica, y cuando estos pensamientos le atormentaban le parecía a Nono que la parte oval de su fisonomía se convertía en el pico de un buitre.

En el curso de una de estas conversaciones, Nono le explicó la observación que había hecho desde su llegada a Monadia: las dobles y triples fisonomías que había observado en sus habitantes.

El sastre le explicó que esas diversas fisonomías comenzaban a dibujarse cuando los individuos hacían elección de oficio o empleo, y no antes, porque los niños se parecían todos.
Tocante a los soldados, Monadia los escogía entre los hijos de obreros y de campesinos, y una vez uniformados, su fisonomía comenzaba a transformarse en la de mastín.

Los que no podían adquirir esta fisonomía eran enviados lejos, a países desconocidos, de donde era raro volver. Otros morían pronto no pudiendo soportar la crisis que transformaba su fisonomía.

Era aquello como la primera muda, luego tomaban con facilidad la fisonomía de tigre que conservaban durante toda su vida.

No obstante, había en el ejército quienes no llegaban jamás a tomar aquella fisonomía, no pasando de la de garduña, lebrel o perdiguero; de éstos, para aprovecharlos en algo malo, se hacían consumeros o confidentes, o sea guarda de consumos o polizontes; de éstos los había que no usaban uniforme y que tenían por misión mezclarse con la población en general en las calles, y con los obreros en particular en los talleres y en las tabernas y referir todo lo que oían a los ministros de Monadio; éstos tenían cara medio de perdiguero, medio de hurón y despedían un olor pestífero que disimulaban un poco a fuerza de precauciones; pero la ver dad es que se necesitaba ser gran fisonomista para distinguirlos.

Por lo demás, todas esas diferencias de fisonomía acababan por hacerse insensibles a la vista, y la costumbre las hacía imperceptibles a los habitantes del país, siendo muy pocos los que pudiesen distinguirlas. El mismo Nono, después de hallarse más tiempo en el país, no podría reconocerlos.

Entre los amos, estas particularidades se caracterizaban con más violencia, acabando siempre por tener parecido con lobos, águilas, cuervos, panteras, serpientes, etc.

Los que tomaban aspecto de lobos, tigres y panteras se hacían oficiales en el ejército de Monadia; los cuervos, hienas y chacales eran nombrados consejeros del Parlamento, a cuyo cargo corría desembarazar a Monadio de sus enemigos o de los que no se conformaban a sus mandatos; de encerrar en cárceles o en establecimientos análogos a aquellos a quienes la edad y los achaques impedían trabajar y cuya presencia en los sitios públicos hubiera puesto en peligro la tranquilidad de los que no hacían nada. Los había que tomaban la fisonomía de pavos o de pavos reales, asistentes a la corte de Monadio.

Los que Nono había visto con la apariencia de cochinillos, que no se dedicaban a ninguna tarea útil, se limitaban a comer, beber, dormir y pasearse.

Había otras muchas variedades, pero su número era tan grande que era imposible a Nono retenerlas todas, las indicadas eran las principales.

CAPÍTULO XVIII

NUEVAS DESGRACIAS

Pasó el tiempo, y Nono se habituó poco a poco a aquel género de vida, trabajaba siempre con energía, privado de toda satisfacción, a pesar de que las manifestaciones de la riqueza, la alegría y los placeres era una constante provocación a los que no tenían para sí más que el trabajo y la miseria.

Los únicos momentos agradables de nuestro protagonista eran aquellos en que un grupo de amigos del sastre venían a su casa a pasar la velada. Entre ellos había dos o tres con los cuales había simpatizado más, y cosa singular, aunque monadianos, no tenían aquella fisonomía de borregos tan caracterizada en su patrón y en la gran mayoría de los argirocracios.

Cuando les refería las alegrías de Autonomía, la amabilidad de Labor y la cuidadosa solicitud de Solidaria, todos le escuchaban encantados pero siempre con un fondo de incredulidad, ó a lo sumo alargándose a afirmar que eso era bueno para Autonomía, pero que ese género de vida sería imposible para los argirocracios; que era necesario que hubiera ricos para obligar a trabajar a los pobres (lo que no descuidaban los argirocracios ricos), y además no podía prescindirse de leyes, gendarmes, cárceles y presidios para los que tenían mala cabeza.

Otros insistían:

-Si no hubiera polizontes ni gendarmes, le asesinarían a uno en las calles para robarle el poco dinero que tuviera.

Y Nono pensaba que aquellos pobres diablos no tenían jamás veinte céntimos en el bolsillo.

Únicamente lo dos o tres a quienes Nono distinguía con su simpatía protestaban, preguntando por qué no sería posible vivir como los autonomianos, y qué razón había para trabajar catorce horas diarias por un jornal irrisorio.

-Porque le obligan a uno -replicaban los otros.

-¿Qué no sabéis que hay quien nace cansado? -replicó el que pasaba por bufón de la tertulia.

Y todos celebraron la gracia con una risotada.

A veces, Nono trataba de replicar, pero frecuentemente, delante de la ignorancia de aquella gente que creen resolver una cuestión con una frase burlona, se callaba, juzgando inútiles las mejores razones, reservándose para sus tres favorecidos, con los cuales formalizaba las conversaciones y las discusiones se hacían interminables los días libres.

Poco a poco esas discusiones tuvieron resonancia en el vecindario, y hasta los habitantes de otros barrios venían para escuchar las hermosas historias del país de Autonomía.

Todos encontraban bueno aquel régimen y se hubieran complacido en vivir en un país como aquél; pero no había quien dijera: «Así podríamos vivir si quisiéramos». Antes al contrario, si alguno se propasaba a hacer indicación en aquel sentido, casi todos se hallaban de acuerdo para juzgarle un poco «tocado», expresión monodiana para indicar que un hombre no posee todas sus facultades cerebrales.

Estas conversaciones de casa del sastre transpiraron en la ciudad, llegando a ser objeto de discusiones a la salida de los talleres en la taberna, se alargaron hasta los oídos del preboste, y un día fue invadido el domicilio del sastre por una cuadrilla de agentes policiacos.

Todo lo registraron y removieron, y habiéndose apoderado de algunas cartas que el sastre había recibido de parientes que habitaban en provincias y donde junto con noticias de la familia les hablaban de la vaca y del cerdo, el jefe de los policías movió la cabeza con aire grave, asegurando que tras aquellas frases se

ocultaba algún secreto, y que si le dejaba en libertad se debía a los buenos informes que sobre él había recogido.

En el curso de sus investigaciones se encontraron algunos números de la Gaceta oficial de Argirocracia, que el jefe hizo unir al expediente, moviendo la cabeza y asegurando que el asunto tomaba aspecto grave, ¡muy grave! Después de bien registrado el mobiliario del pobre sastre, los polizontes se retiraron llevándose a Nono como perturbador, acusado de excitar los ciudadanos unos contra otros, y el sastre quedó advertido que se le dejaba libre pero a disposición de la justicia.

Nono fue conducido, cubierto de cadenas, a la prisión del prebostazgo, y encerrado en un calabozo.

El preso, una vez solo, se dejó caer sobre una piedra grande colocada en un rincón del calabozo, y se puso a reflexionar seriamente sobre los sucesos que le sobrevenían a manera de avalancha. El recuerdo de sus padres y de sus hermanos se representó más vivo que nunca en aquel momento, y lágrimas amargas le abrasaron las mejillas al pensar que quizá ya no los vería más.

Durante el día un carcelero le trajo un cántaro de agua y un pan negruzco, amargo y enmohecido; pero Nono, oprimido por la angustia, no sintió hambre y no pudo tocarlo.

Llegada la noche se tiró contra un haz de paja que había en un rincón, y acabó por dormirse muy tarde, no sin haber llorado al recuerdo de todos los que amaba y al de su estancia en Autonomía, que había perdido por su culpa.

Su sueño fue turbado por pesadillas horribles que le despertaron temblando y empapado de sudor.

Unas veces le arrastraban ante animales horribles, vestidos con largos ropajes negros y rojos ostentando negros birretes, los cuales, abriendo unas fauces desmesuradas y amenazadoras, parecían dispuestos a devorarle.

Otras el rey Monadio, bajo la forma de repugnante necróforo, ahuecaba la tierra que le sustentaba como para enterrarle vivo; o bien, bajo la forma de vampiro de su escudo, venía a chuparle la sangre. Nono, paralizado por una fuerza desconocida, sentía escapársele la vida de sus venas sin que le fuera posible oponer resistencia alguna.

A la mañana siguiente se despertó fatigado y dolorido.

En el curso del día se le presentaron dos guardias armados de alabarlos, le sacaron del calabozo, le condujeron a través de numerosos corredores, le hicieron subir incalculables escaleras y le introdujeron en una sala donde, sentados frente a una mesa, se hallaban dos personajes. Nono se creyó aún en su pesadilla al reconocer las fieras de la noche anterior.

El que parecía superior tenía la cabeza de chacal y exhalaba un olor repugnante.

El preso adivinó que se hallaba ante uno de los consejeros del Parlamento encargado de la instrucción de su proceso.

El otro personaje tenía ante sí papel, tintero y plumas; se adivinaba el fiscal. Su fisonomía recordaba la de aquellos escarabajos boleros que trabajan sobre una materia que, como dijo el célebre fabulista, «cuyo nombre se sabe aunque se calla».

Se hizo sentar al preso en frente del hombre de la cabeza de chacal, y éste, con voz de fingida gravedad, le preguntó su nombre y apellido.

-Puesto que ustedes me han arrestado, ustedes deben saber quien soy -respondió Nono candorosamente.

-Por interés de usted, le aconsejo que sea respetuoso con la justicia. ¿Sabe usted por qué se le ha detenido?

-No, señor; espero que se me diga.

-No finja usted ignorancia; bien sabe que ha impulsado a la desobediencia de las leyes, a la desconsideración de nuestro augusto monarca y a la rebeldía contra nuestras santas instituciones.

Nono se preguntó un momento si acaso sería un terrible criminal sin saberlo. Permaneció silencioso.

-Ya lo ve usted; ni a contestar se atreve. Vamos, hijo mío; un buen impulso. Declare usted, y le será tenido en cuenta -dijo el chacal con meliflua hipocresía.

-Vuestro augusto soberano es un pillo que me ha engañado abominablemente para sustraerme de Autonomía-, respondió Nono con energía, nervioso por el efecto desagradable que le causaba la voz de falsete del chacal-. Y yo he deseado siempre salir de este maldito país para volver a mi querida Solidaria.

El chacal se levantó al cielo las dos patas delanteras.

-¡Guardias! -exclamó-, asegúrense de ese criminal; recondúzcasele a su calabozo.

Pasaron muchos días sin que Nono viese a nadie.

Una vez se presentó un hombre vestido de negro con un babero blanco y un sombrero triangular, con el pretexto de hablarle de lo que le sucedería después de muerto.

Nono, que sufría por el aislamiento, la inmovilidad, el encierro y se había ocupado exclusivamente de lo que le sucedería durante su vida, le pidió le dejase tranquilo.

La fisonomía del personaje era de lo más antipático, porque en ella, además de ciertos rasgos comunes a los demás personajes de la justicia, había algo de cucaracha.

Cada día le traía su carcelero su ración de pan su cacharro de agua, sin decir una palabra. Nono pensaba volverse loco en aquel aislamiento y en aquel silencio, y llegaba hasta arrepentirse de haber despachado tan pronto al hombre negro.

¿Qué harían su padre y su madre? ¿Sabrían dónde estaba? ¿Qué pensarían de él sus amigos de Autonomía? ¿Habrían molestado por su causa a su maestro el sastre? ¿Quién sabe si él estaría preso y su familia en la miseria? Todas estas preguntas quedaban, naturalmente, sin respuesta y reaparecían incesantemente a su trastornada inteligencia.

Para tranquilizarse el preso se paseaba de largo a estrecho en su celda, contando las baldosas, pero aún así y todo sus pensamientos insistían con rebelde insistencia.

Luego, cansado de este ejercicio, se sentaba en la piedra, apoyaba los codos en las rodillas y la cabeza en las manos y siempre le acudían a la mente los mismos pensamientos.

Volvía también la impaciencia, y de un salto se ponía en pie para emprender nuevamente su paseo como lobo en jaula.

CAPÍTULO XIX

EL JUICIO

Pasaron muchos días aún. Una mañana se presentaron cuatro soldados en el calabozo y llevaron a Nono a una gran sala llena de gente.

Otros soldados como los que habían conducido al acusado se hallaban diseminados por los cuatro ángulos de la sala.

Se hizo entrar al prisionero en una especie de compartimento instalado a uno de los lados de la sala; enfrente de él había otro donde estaban doce notables monadianos, presentando rara colección de tipos: pavo, buitre, cuervo, etc.

En el fondo, sobre un estrado, había una especie de mostrador, con una a modo de tribuna a la derecha, cerca del sitio que ocupaban los notables monadianos.

En último término había otros monadianos pertenecientes a la aristocracia.

La variedad de tipos era tan numerosa, que por un momento Nono creyó hallarse en el Jardín de Plantas.

La primera mitad de la sala estaba guarnecida de una variedad de monadiano con vestiduras negras; todos tenían caras de cotorras o papagayos.

El resto de la sala, separado por una balaustrada, estaba llena de monadianos de las clases miserables, y allí dominaba la semejanza con bueyes, borregos y borricos.

En otra especie de tribuna, cerca de Nono, había un individuo de la misma especie que el chacal que le interrogó anteriormente.

Cuando Nono fue colocado en su sitio, una especie de urraca gritó con voz cascada: ¡El Tribunal!

Y aparecieron en el estrado cuatro señores, tres de ellos con ropa talar negra y el cuarto roja, y birretes cuadrados con anchos galones de oro.

El rojo, parecido a un buitre, se sentó en la tribuna situada cerca de los notables, los tres negros, con caras de mochuelo, lechuza y aguilucho se sentaron detrás de lo que Nono tomó por una especie de mostrador.

El tipo que parecía un escarabajo bolero, se levantó con un puñado de papeles en la mano, y comenzó la lectura del acta de acusación contra Nono.

En seguida el que ocupaba el centro del mostrador procedió al interrogatorio del acusado, amenazándole con las penas más severas si se mostraba tan irrespetuoso como lo había sido en la instrucción.

Nono quedó consternado. ¿Cómo se le acusaba de irrespetuoso cuando no hizo más que responder sencillamente como pensaba?

Después de la consignación del estado civil del acusado, le preguntó el presidente.

-¿Reconoce usted haber hablado delante de varios argirocracios de un país llamado Autonomía, donde, según usted, los frutos de la tierra son comunes a todos, donde no hay leyes, ni prebostes, ni gendarmes y donde cada uno es libre de vivir como mejor le parece?

-Sí señor; puesto que allí estaba yo, cuando fui sustraído por ese embustero Monadio para traerme a este mal país donde sólo he experimentado reveses y miseria.

-Señores notables, ya oyen ustedes con que cinismo declara su crimen el acusado -cacareó el hombre rojo moviendo su pico-. Y además se hace culpable del crimen de lesa majestad.

-Reconoce usted -continuó el presidente-, haber excitado a los que le escuchaban a la rebeldía, induciéndolos a entenderse entre sí para prescindir de los amos que les dan de comer y de las leyes que les protegen.

-Yo no sé si sus amos les dan de comer, ni si sus leyes les protegen; lo que sí sé es que en Autonomía no teníamos nada de eso y éramos mucho más dichosos. Lo he dicho, en efecto, porque así es la verdad.

El hombre rojo, continuó moviendo sus labios, que se prolongaban como pico de ave de rapiña.

-Está bien, puede usted sentarse -dijo el presidente-. Por sus declaraciones deja usted patente su crimen y a él podríamos atenernos; pero nosotros representamos la justicia, y no queremos que quede la menor duda en el espíritu de los señores notables; ahora oiremos las declaraciones de algunos testigos.

El primer llamado fue uno de los tres preferidos de Nono, que dio prueba de valor, procurando tomar su defensa, exponiendo la buena fe de Nono, que no hacía sino referir lo que había visto, y que no consideraba criminal desear mejor suerte, ya que frecuentemente es harto dura la que los trabajadores arrastran en Argirocracia.

-Vean ustedes, señores, la influencia nefasta de los discursos del malhechor que están llamados a juzgar.

Bien patentemente se demuestra la urgencia de poner un dique a la invasión de esas ideas sediciosas que amenazan pervertir el buen sentido de nuestras poblaciones tan tranquilas hasta el presente. ¡Hasta el santuario sagrado de la justicia ha llegado la osadía de repetir semejantes blasfemias! Yo pido una pena severa contra el testigo que por salvar al acusado no teme falsear su juramento alterando la verdad. Aparte de que, según notas que me han sido suministradas por el gran preboste, este hombre es peligroso por ser un atrevido propagandista de las mentiras que amenazan perturbar nuestro admirable orden social.

El amigo de Nono fue condenado incontinenti a cinco años de presidio.
El sastre fue llamado en seguida. Interrogó sobre las circunstancias, en que había recogido a Nono, refirió como le había conocido.

-¿No ha proferido en casa de usted el acusado ideas subversivas, contrarias al buen orden público y al respeto debido a nuestras instituciones? -preguntó el presidente-. Sobre este asunto he de hacer notar a usted como ha sido culpable hacia la augusta majestad de nuestro sublime soberano, tolerando en su misma casa semejantes conversaciones y recogiendo esa serpiente que no piensa sino en crear el desorden. Por tanto, en interés de usted mismo, le invitó a ser sincero y a decir todo lo que sepa acerca del miserable que espera el castigo que merece. Como buen ciudadano y buen patriota debió usted advertir en seguida al gran preboste.

El sastre pareció vacilar un momento, su mirada se fijó, como a pesar suyo, sobre Nono, pero la apartó vivamente, y con voz vacilante declaró que tomó a Nono en su casa por agradecimiento por haber salvado a su hijo; hasta manifestó que no tenía queja por su trabajo. Que, en efecto, el acusado había referido historias inverosímiles sobre Autonomía, pero que, engañado por su aire cándido, no había creído en el

primer momento en la criminalidad de sus intenciones. Pedía, por tanto, perdón al tribunal, prometiendo ser más previsor en lo porvenir.

Y se retiró sin atreverse a mirar a Nono.

Los siguientes testigos fueron varios de los que habían asistido a aquellas conversaciones, y por miedo de participar de la suerte del acusado hicieron su declaración en el sentido que les dictó el presidente.

Terminada la audición de testigos, el hombre rojo se levantó y habló extensamente del orden magnífico que preside a los destinos del pueblo sometido a Monadio; de la beneficencia de aquellos a quienes la fortuna colmó de sus dones; de su solicitud para los desgraciados, de su ingenio para procurar trabajo a los que no tienen más que sus brazos por todo recurso.

Elogió después las justas leyes que ponen la propiedad al abrigo de las depredaciones de aquellos a quienes animan los malos instintos de rapacidad, de pereza y de envidia; exaltó las virtudes de paciencia y de abnegación de los trabajadores; su sobriedad, su economía y la adhesión a su soberano y a sus diferentes amos.

Habló después contra esas gentes sin familia ni hogar que quieren perturbar este hermoso orden de cosas; de esos miserables venidos no se sabe de donde, que querrían hartarse en las orgías del sensualismo sin producir nada; que, no sintiéndose con el valor de trabajar ni de economizar, sueñan con los bienes de aquellos que, a fuerza de paciencia, de trabajo, de orden y de economía, o habiéndolos recibido en herencia de sus antepasados, logran alcanzar un lugar distinguido entre aquellos a quienes recompensan la fortuna y el trabajo.

Por último, abordando el caso de Nono, hizo ver que ese cuadro encantador del supuesto país de Autonomía, no era más que una violenta sátira contra las instituciones tan justas y tan sanas de Argirocracia, y no tenían otro objeto que inspirar a los trabajadores la idea de que podían pasarse sin amos; enorme absurdo que se refuta por sí mismo; teoría tan ridícula como criminal, contra la cual toda severidad es poca en lo que tiende a hacerles creer que se les defrauda el producto de su trabajo, excitándoles así precisamente contra los que les dan el pan, contra los que les hacen vivir y sin los cuales no habría más que miseria y barbarie.

Terminó demostrando que el acusado, en vez de solicitar la indulgencia del tribunal, había, por el contrario, afectado el mayor cinismo, hablando del augusto monarca en términos irrespetuosos. Pidió la pena capital para el acusado, y se sentó.

Uno de los personajes vestidos de negro con cabeza de cotorra, que estaba sentado a una mesa delante de Nono, se levantó a su vez.

También éste proclamó la grandeza del país de Argirocracia, la autoridad y la justicia de sus leyes, la legitimidad de los bienes de los que los poseen, la paciencia y la fuerza de las clases laboriosas que tanto contribuyen a la prosperidad general.

A la verdad las historias de Nono, por su excesivo atrevimiento, podían ser un peligro contra el orden establecido, turbando algunos espíritus débiles pero su cliente, a su juicio, no había comprendido todo el alcance de lo que decía. No se le puede considerar responsable, concluyó y terminó pidiendo a los señores del tribunal y a los señores notables tuvieran en cuenta la corta edad del acusado y solicitando su indulgencia. Y se sentó en medio de los bravos de la sala, que también había aplaudido enérgicamente el discurso del hombre rojo.

Los notables se retiraron para deliberar. Un momento después volvieron presentando un veredicto de culpabilidad, mitigado con circunstancias atenuantes.

Los tres hombres del mostrador se consultaron. Nono fue condenado a cadena perpetua.

Completamente aterrado fue conducido otra vez a su calabozo. Sentado en la piedra permaneció en ella como clavado por la angustia, derramando ardientes lágrimas, y, perdida la noción del tiempo, vino la noche sin que de ello se apercibiera.

Al fin la desesperación le dominó de tal modo, que, resuelto a morir, se levantó con intención de romperse la cabeza contra el muro; pero un rayo de luna que penetraba por el ventanillo de su calabozo le dio de lleno en la cara y detuvo su impulso. En aquel rayo de luz vio deslizarse una hermosa mujer de fisonomía radiante, envuelta en una dulce claridad que hacía resaltar el color verde de su vestidura, y con suave y melódica entonación apenas perceptible pronunció estas consoladoras palabras:

-Soy la Esperanza; Solidaria, que no puede aventurarse en los Estados de Monadio mientras sus habitantes no la aclamen de corazón, me envía para decirte, que no pierdas el valor. Tus amigos de Autonomía, piensan en ti y en los medios de liberarte; tres de ellos han venido a Argirocracia con el propósito de ayudarte.

¡Valor y esperanza!

Y besándole en la frente, le cerró dulcemente los ojos durmiéndole con sus caricias extendido sobre su cama de paja.

Después, incorporándose al rayo de luz que le había traído, desapareció, dejando una vaga claridad en el calabozo.

CAPÍTULO XX

LA PARTIDA DE LOS CONJURADOS

Dejemos a nuestro desgraciado preso entregado a los dulces ensueños que le inspiró el hada de la Esperanza, y volvamos a Autonomía, para ver qué hacen y cómo nuestros otros personajes tomaron la desaparición de su compañero.

Al mismo tiempo que Solidaria fue advertida por el grito de angustia de aquel a quien se sustraía, Labor acudió con todo su grupo, advertido ya por el cárabo a quien Nono había librado del ataque del pájaro.

El animalillo había asistido el día anterior a la entrevista de Nono con Monadio, se había dado cuenta del peligro que corría el niño y se había situado no lejos de él para advertirle oportunamente; pero atacado por un enemigo, tuvo que huir y ocultarse para escapar a la persecución; iba, pues, a Autonomía cuando asistió a la escena del rapto y corrió a advertir a Labor.

Grande fue el furor de los niños contra Monadio cuando se enteraron de la desgracia de su compañero; seguramente le hubieran destrozado si hubiera caído en su poder; pero Monadio estaba ya en su palacio -fortaleza fuera del alcance de su cólera-.

La falta de confianza de Nono fue generalmente censurada; pero como él era su misma víctima y estaba en desgracia, se dejaron las recriminaciones a un lado a fin de ver que podía hacerse para sacarle de las uñas del rey de Argirocracia.

Solidaria, ya de vuelta de su inútil defensa de Nono, presidía la discusión, que comenzaba a ser tumultuosa, porque no se entendían entre la confusión de multitud de proyectos y de ideas espontáneas, resultando las más afirmativas, como sucede generalmente, las menos prácticas.

Hans, Mab, Biquette, Delia y Riri estaban inconsolables. Hans, con estremecimientos de impaciencia, hablaba nada menos que de declarar la guerra a Monadio y marchar en masa contra Argirocracia; pero no fue difícil demostrarle que la colonia era demasiado débil para ponerse frente a las fuerzas formidables de los argirocracios.

A falta de otro recurso, Hans propuso ir solo a Argirocracia, buscar a Nono, y, una vez hallado, veríase lo que convendría y sería posible hacer en su favor.

Solidaria convino en que habría alguna probabilidad de éxito, porque si era impotente en el país de Monadio, podría, no obstante, de una manera indirecta favorecer los esfuerzos de los que en ella confían.

Su solo temor consistía en que Hans fracasase en su empresa, fuese descubierto su intento por los sayones de Monadio y que en vez de uno hubiera que deplorar la pérdida de dos miembros de la colonia.

Pero Hans declaró que era cuestión de honor para la colonia trabajar por la libertad de uno de sus miembros, y que fuera cual fuese el resultado, él estaba resuelto a sacrificar todo por ayudar a su amigo.

Mab añadió que ella también estaba decidida a acompañar a Hans en su empresa; dos voluntades son más eficaces que una: sólo faltaba buscar los medios de facilitar la tarea a los dos atrevidos voluntarios.

Después de una laboriosa discusión en que se propusieron y desecharon muchos proyectos, se quedó en esta decisión: Hans y Mab se disfrazarían de músicos ambulantes, como los innumerables que recorren los pueblos y las aldeas de Argirocracia ganando su vida tocando sus instrumentos.

Hans y Mab tendrían más probabilidades de pasar desapercibidos, de deslizarse entre la masa popular en medio de la cual Nono había debido ser abandonado, y podrían fácilmente adquirir noticias acerca de su suerte.

Hans fue provisto de un clarinete y Mab de una pandereta. En caso de que Nono estuviese preso, Labor le remitiría una lima pequeñita, capaz de ocultarse fácilmente y de cortar las cadenas más fuertes y los barrotes más gruesos; Electricia le enviaría además un talismán que le permitiera comunicar con Autonomía, enviando y recibiendo noticias; Solidaria le infundiría su fuerza, pero como sabía que la fuerza principal en Argirocracia es el oro, les entregó una bolsa que les suministraría toda la moneda de que tuvieran necesidad sin que se agotara jamás.

Estando ya todo arreglado, se tenía tiempo de obrar. Para despistar a los espías de Monadio, si los hubiera en las inmediaciones, fue decidido que los dos voluntarios no partirían sino cuando estuviera preparada una excursión de herborización. En un punto de la frontera previamente designado hallarían a Solidaria, y allí ésta se encargaría de su introducción en Argirocracia sin temor de ser descubiertos.

En el día fijado, Hans y Mab fueron despertados bien temprano, y provisto de todo cuanto la previsión de sus amigos se ingenió a suministrarles sin recargarles demasiado, se despidieron de todos y descendieron la escalinata del palacio.

Pero en el momento en que iban a salir de la explanada se presentó un gorrinillo sonrosado, casi bonito, o a lo menos tanto como pudiera serlo el que más lo fuera en su género, corriendo con toda la velocidad de sus patitas, agitando su cola ensortijada y lanzando unos gruñidos que parecían como reproches.

Este gorrinillo era el favorito del grupo de que formaba parte Nono; éste mismo le había manifestado gran predilección y le había enseñado a bailar y algunas otras habilidades.

Mab le acarició diciéndole:

-Te habíamos olvidado, pobrecito Peumoch, nos íbamos sin despedirnos de ti.

Peumoch continuó sacudiendo su cola y gruñendo de aquella manera especial.

Hans le pasó la mano por el lomo diciéndole:

-¡Bueno, bueno! Ya veo que eres un buen puerco que te acuerdas de los amigos; pero ahora tenemos prisa.

Y los dos amigos se pusieron en marcha después de una última caricia, pero Peumoch se les puso delante con manifiesto propósito de impedirles el paso.

-Pero nos estorbas, Peumoch; no podemos llevarte en nuestra compañía -dijo Hans cuando le vio corriendo detrás de ellos.
Hans le mandó retroceder con un signo; pero el cerdo protestó gruñendo más fuerte y continuó siguiendo a los dos viajeros.

-No podemos llevarte -dijo Hans.

Mab reflexionó.

-¿Qué es eso que lleva aquí? -dijo Mab, observando un paquetito que pendía de su cuello, y cogiéndolo.

Lo abrió y vieron que era un delantalito bordado y un sombrerito de tres picos galoneado que Nono le ponía cuando le mandaba hacer sus habilidades. -Creo que sabe donde vamos -dijo Mab gravemente-.

Llevémosle, quizá nos sea útil.

Y el cerdo, viéndose aceptado, saltó alegremente al lado de los niños.

Al salir de los jardines de Autonomía se intrincaron en los bosques que algunos días antes habían recorrido tan alegremente y donde Nono había tenido el desgraciado encuentro con Monadio.

Cuando hubieron hecho una parte del camino, sintiéndose fatigados, se detuvieron en un claro del bosque, se sentaron a la sombra de un moral, sacaron algunas provisiones de su saco de viaje y almorzaron con apetito. Peumoch tuvo su buena ración, porque caminando los niños habían hecho provisión de bellotas.

Para completar el almuerzo aprovecharon las castañas que abundaban por el suelo.

Mientras comían hablaron de su amigo y de los medios de encontrarle.

En las ramas del moral había una colonia de gusanos de seda que los viajeros no habían visto, y cuyos miembros les escuchaban atentamente.

Esta colonia era la progenitura del insecto a quien Nono había dado libertad y salvado la vida: una hembra dispuesta a poner. A sus descendientes, que no debía ver, de la misma manera que les transmitía el instinto de tejer un capullo, les transmitió su reconocimiento hacia su salvador, con el encargo de darle satisfacción, ya que a ella le era imposible.

Por eso, cuando los animalillos comprendieron que se trataba de aquel a quien tenían encargo de mostrar gratitud, celebraron consejo acerca de lo que podían hacer para ayudar a su libertad, y no tardando en encontrarle, lo pusieron inmediatamente en práctica.

Hans se había tumbado boca arriba esperando el momento de ponerse en marcha; sus ojos dirigidos al espacio nada veían, o, por mejor decir, en nada se fijaban; pensaba en su amigo, cuando de pronto, de una de las ramas vio descender un hilo finísimo y por él, uno tras otro, una infinidad de gusanos de seda, que reconoció por su color blanquecino y su forma ensortijada. Mirábalos con curiosidad, y los vio tocar a tierra, ponerse en columna y dirigirse hacia él.

Para observarlos mejor se volvió boca abajo, y llamó la atención de Mab sobre aquellos gusanos que se acercaban.

Cuando estuvieron a muy corta distancia, uno de los gusanos se separó de sus compañeros, se colocó casi bajo la nariz de los dos observadores, y levantando la mitad de su cuerpo les hizo entender lo siguiente:

-Ni temáis ni nos hagáis daños: somos amigos. Tenemos una deuda de gratitud que pagar al que vosotros queréis libertar de las manos de Monadio. De nuestra más sólida y ligera seda hemos tejido una esfera que no tenéis más que desplegar para que se infle por sí misma y os lleve por los aires, volviéndoos aquí luego.

Y haciendo un signo, doce gusanos de los más grandes tomaron una pieza de seda arrollada, del tamaño de un cigarro.

Tan fina era, tan fina, que habiéndola desarrollado Hans, por invitación del gusano era semejante a una gran tienda de campaña; pero como empezaba a inflarse, el gusano le aconsejó que se diera prisa a arrollarla otra vez y la guardase en el bolsillo.

Hans dio gracias a los gusanos de seda por su regalo, prometiendo informar a su amigo del gran servicio que en su obsequio acababan de hacerle los agradecidos gusanos si tenía la dicha de encontrarle.

En seguida se separaron: los gusanos subieron a su moral; Hans, Mab y Peumoch se pusieron en camino.

A la caída de la tarde se acercaron los viajeros a la frontera. Allí sobre cada pico, sobre cada colina se elevaban sólidos castillos almenados que defendían la entrada de Argirocracia. En el camino había centinelas que vigilaban a los viandantes, siendo imposible pasar sin ser vistos.

Solidaria conocía una gruta abierta en una de las montañas cortadas a pico que separan Autonomía de Argirocracia, a la cual se llegaba por un sendero apenas trazado en el bosque, y en ella dio cita a nuestros viajeros, quienes la encontraron esperándoles.

Solidaria les dijo el secreto de abrir un subterráneo que ella sola conocía, y que desde esta gruta conducía hasta el interior de Argirocracia, pasada la línea de los fuertes y de los puntos vigilados por la tropa.

Como ya era entrada la noche. Solidaria les aconsejó que esperasen hasta el día siguiente para penetrar en la cueva y les invitó a que reflexionase en los peligros que iban a correr. Les dijo también que una vez

llegados al otro extremo del subterráneo, éste se cerraría por sí solo, y el globo de seda no les conduciría sino a condición de haber hecho todos los esfuerzos posibles y logrado encontrar al compañero que buscaban.

Habiendo manifestado los niños su firme propósito de llegar hasta el fin de la aventura, se despidió de ellos besándoles cariñosamente. Después cenaron con el resto de sus provisiones, sin olvidar a Peumoch, arreglaron una cama de hojas secas y se durmieron pensando en el amigo y compañero querido que buscaban.

CAPÍTULO XXI

A LA VENTURA

Cuando despertaron al día siguiente era ya muy de día, dando su despedida al país de Autonomía, Hans tocó el resorte que le indicó Solidaria y entraron valerosamente los tres en el agujero que se ofreció a su vista, especie de tubo tenebroso que les lanzó un viento frío y húmedo al rostro, cerrándose inmediatamente por sí mismo y quitándoles toda esperanza de retroceso.

Con el talismán de Electricia, que también podía suministrarles luz, se iluminaron en su camino. No hallaron dificultad alguna, y después de dos horas de marcha desembocaron en la torrentera anunciada por Solidaria. Una vez fuera volviéronse a mirar el agujero subterráneo y no hallaron de él indicio alguno, había desaparecido completamente.

Subiendo una cuestecilla, encontráronse en un camino: estaban en el país de su enemigo.

Avanzando por aquel camino no tardaron en ver a lo lejos un grupo de casas.

Apresuraron el paso, porque ya era cerca de medio día, la población estaba aún distante y el desayuno había sido frugal, a pesar de haber agotado las provisiones.

Llegaron al fin: era una aldea miserable, compuesta de corto número de casas situadas a ambos lados del camino.

Para caracterizar bien su papel de músicos ambulantes, antes que pensar en comer, hubieron de detenerse en medio del camino y tocaron una pieza muy popular en Argirocracia, que Solidaria les enseñó antes de partir, Hans con su clarinete y Mab agitando su pandereta y danzando.

Al compás de la música Peumoch se levantó apoyándose sólo sobre sus dos patas traseras, mientras con las delanteras sostenía una ropa imaginaria, y también se puso a danzar.

Aunque ya conociesen esa habilidad del animal y el curso de sus ideas no les inclinasen a la alegría, Hans y Mab no pudieron contener su risa. Para dar a la habilidad todo su efecto Mab le puso su delantal y su sombrerito.

En seguida Hans volvió a su clarinete y Mab y Peumoch a su danza, dando éste gruñidos de satisfacción.

Pronto la música atrajo algunos pilluelos, que celebraron la gracia de Peumoch, pero sin más resultado, apenas si dos o tres mujeres se dejaron ver a la puerta entreabierta de sus casas.

Con objeto de atraer la atención de Nono, si acaso pudiera oírle, Hans tocó uno de los aires preferidos en Autonomía, mezclándole con un motivo de Argirocracia para no descubrirse demasiado.

Pero sus escrutadoras miradas no vieron nada de particular. Mientras que Hans continuaba tocando el clarinete y Peumoch danzaba y hacía gracia a los pequeños argirocracios, maravillados de ver danzar un cerdo, Mab fue a pedir a las puertas de las casas, tendiendo su pandereta; pero volvió sin un céntimo.
Nuestros artistas, aguijoneados por el hambre, se dirigieron a una pobre vieja, pidiendo les vendiera un poco de pan; pero ésta exigió que le enseñaran antes el dinero.

Para no suscitar codicia ni desconfianza, limitáronse a sacar de su bolsa una moneda de escaso valor que pusieron en su mano. Con esta seguridad, la mujer cortó un pedazo de pan, que entregó a Mab, pero Hans reclamó para Peumoch, lo que escandalizó a la vendedora, mas como no les había dado pan ni siquiera por la mitad de su dinero, cortó otro pedazo refunfuñando, lo entregó y les dio con la puerta en las narices.

Los tres viajeros se alejaron de la aldea ronchando su pan, proponiéndose completar después su desayuno.

Anduvieron así algún tiempo, cruzándose con escasos viajeros por el camino, apercibiendo algunas casas de campo aisladas y muy separadas entre sí.

Por fin decidieron separarse del camino para dirigirse a una de ellas para que les vendieran comida.

Se les dio pan, leche y manteca; pidieron que se les permitiera cocer algunas patatas para Peumoch, pero el labriego les propuso que le vendieran aquel cerdo que no les serviría más que de estorbo en su viaje.

Hans replicó que Peumoch no era un cerdo ordinario y que por nada del mundo se desharía de él.

Para demostrarlo, volvióse hacia Peumoch y le mandó:

-Demuestra al señor que eres un cerdo bien educado.

Peumoch se puso de pie e hizo al campesino una graciosa reverencia.

-Ahora baila un vals.

Y Peumoch se puso a dar vueltas con una mezcla de gravedad y torpeza que aumentaba su gracia.

El labriego celebró la habilidad del animal con francas carcajadas, y en consideración a los talentos de Peumoch no quiso aceptar nada por su comida.

Hans preguntó si estaban lejos de alguna población.

Respondió el labriego que siguiendo el camino la población más próxima estaba a una distancia que difícilmente podrían recorrer antes de la noche, pero en ella había la esperanza de recolectar algún dinero, porque los habitantes eran generalmente labradores bien acomodados que ocupaban a los habitantes más pobres de las aldeas de aquellos contornos, y como su alejamiento de los grandes centros hacía que fueran escasas las distracciones, solían acoger generosamente a los artistas ambulantes que se presentaban.

Preguntaron nuestros amigos si había visto pasar por allí un muchacho de tales y cuales señas, detallándolas debidamente para dar a conocer a su compañero Nono; pero el campesino no recordaba o no se había fijado, y se pusieron en marcha sin desanimarse por esa contrariedad.

Por esta vez vieron sus esperanzas defraudadas, porque la vía que seguían era diferente de aquella, y aún debían andar mucho antes de atrapar la buena pista.
Como el labriego les había indicado, hasta poco antes de anochecer no llegaron a la población donde habían de pernoctar. Llegados a una gran plaza, que parecía el paseo predilecto de aquellos habitantes, colocáronse bajo una frondosa haya situada en el centro; Mab templó una guitarra que tocaba cuando había de lucir sus habilidades artísticas sin danza ni pandereta, y preludiaron los primeros compases del himno argirocracio.

Este himno, como acontece siempre con los himnos nacionales, exaltaba a la gente de aquel país, porque ensalzaba las virtudes de Argirocracia, exaltaba la fuerza y el valor de los argirocracios e insultaba y amenazaba de muerte a los enemigos y aún a los vecinos de Argirocracia.

Los paseantes, apenas oyeron las primeras notas, formaron círculo alrededor de los artistas, pidiendo a gritos la repetición de la pieza, que acompañaron cantando todos con voces discordantes.

Cuando Mab hizo la cuestación, recogió en su pandereta no escasa cosecha de calderilla; luego, para continuar su papel, Mab vistió a Peumoch, y con su pandereta en la mano bailó con el cerdo al son que tocaba Hans.

El éxito de Peumoch fue superior al del himno, como lo demostraron los aplausos y más aún la cuestación verificada por el cerdoso artista.

Atentos siempre a su objeto principal, mientras el uno tocaba y la otra bailaba miraban si acaso entre la concurrencia veían aparecer la fisonomía de su amigo, pero no vieron más que caras indiferentes. En la última pieza que tocaron intercalaron un canto de Autonomía, que creyeron ser el más susceptible de llamar la atención de su amigo; pero, terminado el concierto, guardaron sus instrumentos sin que nada les revelase que su llamamiento hubiese sido oído por el que tanto lo deseaban.

En aquel punto acercóseles uno de los habitantes, cuya cara de satisfecho denunciaba uno de los ricos de la comarca, y les prometió una moneda de oro si querían dar un concierto en su casa, donde celebraba un banquete con sus amigos, y quería obsequiarles con aquella distracción surgida casualmente.

Los artistas aceptaron, aunque hubieran preferido recorrer la villa; pero negarse a aceptar una moneda de oro hubiera suscitado sospechas, y, necesitando cumplir su oficio a conciencia, siguieron al ricacho, que, en el camino de su casa, les prometió una buena cena, para obligarlos más, temiendo que se presentase algún concurrente por el cebo de mayor ganancia.

Llegados a la casa, nuestro hombre los condujo a la cocina, donde sacaron la tripa de mal año, incluso Peumoch, a quien en un rincón presentaron una cazuela de salvado y patatas cocidas, porque Hans y Mab no consintieron que se le llevaran a la cuadra.

Cuando todos los convidados se hallaban presentes, un criado condujo los artistas a un salón en cuyo centro se hallaba una gran mesa cubierta de rica vajilla, esperando a los comensales.

El criado instaló a nuestros amigos en un estrado oculto por una cortina, donde debían durante la comida, tocar su repertorio para diversión del propietario y de sus invitados.

Pronto les vieron entrar: la mujer del anfitrión abría la marcha, dando el brazo a uno de ellos, a quien los niños en el curso de la velada oyeron nombrar el señor corregidor, seguían los demás invitados

procesionalmente dos a dos, cerrando la marcha el propietario, y cada uno ocupó el sitio que le indicaba la señora de la casa.

Aquellas gentes tenían el aire excesivamente grotesco y desempeñaban su papel, tan poseídos de ridícula formalidad que nuestros artistas, observadores ocultos de aquella ceremonia, no podían contener su risa: hasta Peumoch agitaba su saca-trapos trasero, dando pequeños gruñidos, afortunadamente cubiertos por la música.

¡Cuán diferente era aquella torpe etiqueta del franco y alegre compañerismo de Autonomía!

Sirvióse la comida, con asombro de nuestros dos autonomianos, que jamás hubieran creído al estómago humano capaz de contener la cantidad de materia nutritiva que en diversas formas vieron pasar por aquellas bocas, y también del gran número de criados empleados en su servicio.

¡Y su conversación! Después de infinitas tonterías sin objeto, hablaron de sus amigos y de sus vecinos; pero ¡en qué términos! Bien es verdad que las palabras parecieron poco expresivas, pero las frases cortadas, las miradas significativas, las sonrisas maliciosas eran verdaderas injurias.

Los artistas pensaron que allí estaba sin duda lo más escogido de aquella población, y si así era verdad, ¿cómo serían los ciudadanos de tercera clase?

Terminada la comida, que duró mucho tiempo, los convidados pasaron a un gran salón, donde fueron conducidos los artistas para mostrar las habilidades de Peumoch.

Como escuchaban con atención todas las conversaciones con la esperanza de oír algo que les pusiera sobre las huellas de su amigo, quedaron pronto enterados del alcance de la finura y buena educación de aquellos argirocracios, tanto se habían alabado estando a la mesa.

Llegaron otras personas: en algunas, cuyos nombres oyeron Hans y Mab, reconocieron varios de aquellos de quienes se había hablado comiendo, y observaron que los mismos que más se habían distinguido por sus reticencias maliciosas contra determinados nombres, al presentarse aquellos sujetos nombrados eran los que se apresuraban más a saludarlos y a abrumarlos con sus adulaciones.

Mab y Peumoch danzaron sus pasos más bonitos. Peumoch hizo mímica y reverencias como un clown consumado.

La señora de la casa, que tenía noticia de la existencia de burros y perros sabios, preguntó a Hans si Peumoch sería capaz de designar la persona más amable de la sociedad, esperando ser ella la designada.

-Señor Peumoch -dijo Hans-, acaba usted de oír la alta opinión en que se le tiene. Es preciso mostrarse digno de ella y que nos indique la persona más amable de esta respetable sociedad.

El cerdo se puso en pie, dio la vuelta al salón oliendo a cada individuo y volvió haciendo un gruñido que parecía negativo.

-¡Vamos, señor Peumoch! ¿no me ha comprendido usted? -dijo Hans.

Peumoch sacudió la cabeza de arriba abajo, en signo afirmativo.

-Y entonces, ¿por qué no me designa usted las personas amables de la sociedad?

El cerdo hizo un no con la cabeza.

-¿No quiere usted trabajar? -dijo Hans, que había comprendido sobradamente que Peumoch no había encontrado allí persona amable, pero prefirió no traducir la respuesta.

Los invitados fingieron admirar la habilidad del artista de cuatro patas, pero su risa era falsa como la del conejo, sobre todo la de la señora.

En vista de lo cual se terminó la velada con una frialdad despeluznante.

Cuando estuvieron en camino del albergue que se les había destinado, Hans dijo a su cerdo:

-Señor Peumoch, usted nos compromete con su intransigencia. Gracias que nuestra amiga Solidaria nos ha favorecido con su bolsa; si no correríamos inminente riesgo de morir de hambre.

Peumoch dio cierto gruñido significativo y se puso a bailar como diciendo: ¡no he dado mal mico a esos argirocracios! ¡cuidado que tiene gracia que ellos me llamen cochino!

CAPÍTULO XXII

PESQUISAS INÚTILES

Al día siguiente se levantaron muy de mañana nuestros artistas, y bajaron al patio con pretexto de tomar el aire y de visitar la villa, pero en realidad para preguntar a la servidumbre de la posada si habían visto a Nono. Para mejor lograr su objeto imaginaron suponer que se había extraviado un individuo de su compañía, lo que les permitía dar sus señas particulares y preguntar por él.

Pero la villa estaba situada en un camino poco frecuentado, y aunque a causa de ello fuese más fácil fijarse en los viajeros que pasaban, nadie pudo darles noticia alguna.

Almorzaron, sin olvidarse de Peumoch, e hicieron sus preparativos de marcha sin que nadie tratara de retenerlos. El interés que habían excitado pasó ya, y aunque cada uno sentía no haber tenido la idea del ricacho, nadie se cuidaba de imitarles.

Provistos de sus instrumentos, Peumoch siguiéndoles dotes al trote gorrinero, pusiéronse nuevamente en marcha.

En la primera villa que encontraron tuvieron un fracaso completo: su música no les produjo un céntimo, lo que les importaba poco; pero tampoco tuvieron indicio alguno que les pusiera sobre las huellas del que buscaban.

En la villa siguiente, los pilluelos les persiguieron a pedradas porque les quitaron de las manos una desgraciada golondrina herida que querían desplumar viva. Como el número de los pilluelos era grande, lo hubieran pasado mal y la huida no les hubiera sido fácil, si Solidaria, que les protegía de lejos, no hubiera puesto en sus piernas la fuerza de la comunidad, lo que les dio una velocidad tal, que en breves momentos se hallaron a una distancia donde ya no se oían los grito de los granujas argirocracios, y habiéndose vuelto para ver a sus enemigos apenas parecían allá a lo lejos un grupillo de hormigas.
Hans y Mab, admirados, se sintieron bajo la égida de su amiga Solidaria, y desde el fondo de su corazón le dirigieron un pensamiento de profunda gratitud.

Peumoch, al lado de ellos, agitaba alegremente su cola de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, y en su hocico ostentaba victoriosamente un jirón de la parte trasera del calzón de uno de aquellos bandidos en miniatura.

En un prado a la orilla del camino un arroyuelo murmuraba anunciando el alegre y vivificador curso de sus aguas. Atraídos por la belleza del sitio y animados además por el deseo de curar el desgraciado animalillo que nuestros amigos arrancaron a la crueldad de los niños argirocracios y que Hans tenía en su mano, allá se dirigieron.

-¡Qué monada! -dijo Mab cariñosamente, lavando las heridas de la avecilla. Luego, sacando de su saco de mano una cajita de ungüento maravilloso que les dio Solidaria, untaron las heridas.

Curada la herida como por arte de encantamiento, se escapó de las manos de Mab, piando y revoloteando alrededor de sus salvadores, quienes, solicitados por el apetito y el encanto del sitio, se pusieron a almorzar, lo que pudieron hacer gracias a la precaución de haber hecho sus provisiones antes de su aventura o desventura con aquellos perversos chiquillos.

Cuando se pusieron en marcha, la golondrina los siguió y así continuaron su viaje, habiendo llegado la golondrina a hacerse amiga de Peumoch, a quien alguna vez se permitía dirigirle alguna broma que el buen cerdo recibía con gruñidos de dudoso significado.

Sucediéronse así días y días sin adelantar nada acerca del paradero de su amigo.

Una mañana que almorzaban cerca de un manantial, vieron venir por el camino dos arqueros a caballo, conduciendo encadenado a un niño de su edad.

Los dos soldados, habiendo apercibido el manantial, dirigieron allá sus caballos para darles agua, después de permitir al preso que bebiera.

Uno de ellos vio a nuestros viajeros y con tono severo les dirigió las siguientes preguntas:

-¿Quiénes sois? ¿Dónde vais? ¿Dónde habéis robado ese cerdo?

Solidaria había previsto el caso. Hans sacó de su bolsillo un papel que, en nombre de Monadio, les daba el derecho de circular por los caminos; después hizo notar al arquero que el cerdo era su amigo y no había sido robado.

-¿No es verdad, mi buen Peumoch? -dijo Hans, acariciándole-. Demuestra al señor arquero que somos buenos camaradas.

Peumoch se pegó a las piernas de Hans, y gruñendo enseñó amenazador los dientes al arquero.

La escena cayó en gracia a los arqueros, que acabaron por manifestarse más sociables.

Mab se aprovechó de ello para preguntar al niño por qué le conducían como si fuera un criminal.

Llorando les refirió el desgraciado niño que sus padres habían muerto y nadie había querido recogerle.

Entonces corrió de villa en villa, trabajando cuando se le quería emplear, viviendo de limosnas o del merodeo, según los casos y la necesidad, durmiendo al aire libre cuando no se aceptaban sus servicios. Los arqueros acababan de detenerle por que carecía de domicilio, y le llevaban al preboste de la villa-inmediata, quien probablemente le enviaría a la cárcel.

Conmovidos de piedad Hans y Mab pidieron permiso para dar a aquel pobre niño el resto de sus provisiones. Los dos arqueros gruñeron un poco, pero al fin concedieron el permiso pedido y se fueron con el preso.

Peumoch iba detrás de ellos ocultándose como podía y mordió la pata de un caballo, evitando la coz del animal, que por poco apea al jinete por las orejas.

Volvióse éste para ver qué ocurría a su caballo y vio a Peumoch diez pasos atrás que comía tranquilamente una mata de hierba.

Otro día vieron llevar preso a un anciano, quien les refirió que había trabajado durante su vida tanto como había podido, pero que ganaba poco, y las paradas y las enfermedades le permitían apenas vivir y criar sus familia, y habiendo llegado a la vejez vivía al día.

En la actualidad era demasiado débil para trabajar; su mujer murió hace poco de agotamiento, su hija había desaparecido y su hijo fue alistado forzosamente en el ejército de Monadio: quedaba, pues, sin recursos y por ello se le encarcelaba.

Hans y Mab, entristecidos por no poder hacer nada para libertar al desgraciado, lo que tampoco hubiera sido una solución, le dieron llorando algunas monedas, pocas, por no suscitar la desconfianza de los arqueros, y hablando sobre la crueldad de los argirocracios continuaron su camino.

Sucedíanse los incidentes, la vida continuaba su ininterrumpida serie de sucesos, pero siempre la misma carencia de noticias de su amigo.

Una tarde al extremo de un bosque que acababan de atravesar, vieron un joven tendido en el suelo, de semblante demacrado e imposibilitado de andar.

Se aproximaron y Hans le hizo beber unas gotas de un licor confortante que traía entre sus provisiones o mejor entre las previsiones que le dio Solidaria, y el desconocido se reanimó, pudiendo contar su desgracia, que consistía en que, habiéndosele querido hacer soldado de Monadio, se escapó de su pueblo, buscando trabajo en los pueblos de su camino.

Hacía tres días que había llegado a aquella comarca, extenuado de fatiga y sin que nadie le diera trabajo, hasta que, excitado por el hambre, entró en una quinta de recreo en ocasión de que un rico propietario acababa de ponerse a la mesa, llena de exquisitos y suculentos manjares; le pidió limosna y le respondió que era vergonzoso a su edad pedir limosna pudiendo trabajar, y llamó a la criada para que le echase a la calle.

Furioso por la injusticia de aquel mal rico, le dio un fuerte mojicón que le hizo brotar sangre por boca y narices, llevándose cuantas vituallas pudo recoger de la mesa y refugiándose en aquel bosque, de donde no podía salir porque los arqueros le perseguían.

Hans le entregó una regular cantidad de moneda para que pudiera alejarse a un sitio donde no fuera conocido, y le preguntó si había encontrado a Nono, cuyas señas le dio; por desgracia, el joven no pudo dar respuesta satisfactoria.

Y nuestros cuatro viajeros (cuatro eran desde que la golondrina les seguía) emprendieron tristemente su camino.

Otra nueva desgracia les impresionó otro día: al acercarse a un lugarejo vieron inmediato a una cerca un corrillo.

Se acercaron nuestros amigos, movidos por la curiosidad, y al pie de un árbol vieron extendido el cuerpo de un niño de una docena de años. La blancura cérea de su fisonomía, los grandes ojos abiertos aunque sin el brillo de la mirada, una herida sanguinolenta en una sien, todo indicaba que estaba muerto y cuál era la causa de su muerte.

Un arquero interrogaba a un aldeano gordo, de cara roja y pletórica, acerca de aquella desgracia, y el rústico explicaba, que furioso de ver que todos los días le robaban los frutos conforme iban madurando, se había emboscado para sorprender al ladrón: vio a aquel joven escalar el muro, pero cuando quiso correr tras él, el culpable se había escapado, pero entonces le alcanzó con una piedra que le tiró a tierra.

Terminaba su relato cuando apareció una mujer descabellada, llorando y dando fuertes alaridos vino a caer de rodillas delante del cadáver que besó repetidas veces: era su madre.

Loco de dolor, la seguía el padre, y cuando vio al asesino de su hijo se lanzó contra él; pero otros arqueros que se presentaron le apaciguaron, diciéndole que se tranquilizase si no quería agravar su situación; que el propietario estaba en su derecho defendiendo su propiedad, y que se diese preso para responder ante el preboste de los daños causados en aquel predio.

Llenos de horror y espanto, Hans, Mab y Peumoch atravesaron el lugar sin detenerse. Hasta la golondrina dio un largo rodeo por las regiones más elevadas para evitar el contacto con el pueblo maldito.

CAPÍTULO XXIII

PRIMERAS HUELLAS

Entre tanto, el viaje se iba prolongando y nuestros amigos se desolaban de no haber descubierto el menor indicio, lo que les inclinaba a hacer las más tristes conjeturas sobre la suerte del que buscaban.

Como por todas partes les decían que la tendencia de todos los extranjeros era dirigirse a la capital, a ella decidieron encaminarse.

Por último, un día llegaron al pueblo donde Nono debutó como músico.

Cuando, según su costumbre, dieron su concierto, mezclando tonadas de Autonomía, la buena mujer que había socorrido a Nono y que reconoció una de las que había oído al acordeón maravilloso, preguntó a Hans si por acaso venía también de Autonomía.

Hans, que ignoraba con qué objeto le dirigía aquella pregunta, preguntó antes de responder qué le inducía a pensar aquello.
La mujer explicó que hacía algún tiempo pasó por allí un niño de la misma edad que ellos, tocando la misma pieza, desconocida antes en el país.

De las señas que dio del músico, nuestros viajeros vinieron en conocimiento sin la menor sombra de duda que se trataba de Nono, y su corazón se abrió a la esperanza latiendo de alegría por haber hallado aquel hilo conductor. La mujer añadió a continuación que había inspirado al músico viajero la idea de dirigirse a Monadia, por lo que nuestros amigos, contentos y animados, hacia la capital dirigieron sus pasos sin pérdida de un instante.

En todos los pueblos del tránsito, la música de su amigo había dejado algunos recuerdos, por lo que les fue fácil seguir sus huellas.

Un día, a la caída de la tarde, llegaron a la hacienda donde Nono, a cambio de su música, halló hospitalidad. Para no separarse del papel que se habían propuesto representar, ofrecieron su música y las habilidades de Peumoch a cambio de un pedazo de pan y un sitio en el pajar.

El arrendatario, ocupado en componer un gallinero en el patio y poco dispuesto a ablandarse a la sensibilidad, sólo vio que habría de dar tres cuencos de sopa, lo que le pareció un despilfarro, y exigió que le pagasen, esperando tener música de balde.

Hans sacó una corta cantidad de moneda pequeña y la dio al campesino, quien la aceptó y les hizo entrar a la sala común, donde se instalaron en un rincón con Peumoch.

La criada gruesa preparaba la sopa, el abuelo permanecía fijo en su sitio bajo la campana de la chimenea, el hijo y su familia andaban por fuera ocupados en diversas faenas y uno de los criados reponía el mango de una pala.

El criado y la criada hablaban sin cuidarse de los músicos ni del abuelo, a quien la edad había dejado sordo. El criado se quejaba de la dureza de los amos, que le abrumaban de trabajo y se negaban a concederle un ligero aumento de salario.

-Sí, pero hemos de ser justos -decía la criada-, el amo tiene sus gastos. Piensa que te da treinta escudos al año, y a ese precio no le faltarían criados; todos los días se presentan quienes se alquilarían por menos.

-¿Y crees tú que esos le harían el trabajo que yo le hago?

En cuanto a eso, tienes razón; tú eres listo y sirves para todo lo que se necesita en la hacienda; por eso te conserva el amo; pero dos escudos más no es un grano de anís.

-¡Dos escudos! ¿Y qué es eso para él? La verdad es que es un avaro y prefiere amontonar sus piezas de oro; sin contar el campo que acaba de tomar a ese pobre diablo de Juan Bidou, que no ha podido pagarle la cantidad que le prestó y que vale el doble; ni el prado que tiene cerca del plantío de los rosales, ¿y no hay trabajo mío en el valor que ha adquirido?

-Sí -dijo la criada-, ya veo que vuelves a las tonterías que te bullen en la cabeza desde que aquel inocente que pretendía venir de un país de aquel nombre raro, que nadie conoce, pasó por aquí.

Hans y Mab redoblaron su atención, hasta Peumoch dio un leve gruñido.

-¡Inocente, inocente! -replicó el criado-; no tan inocente a mi parecer. Había mucha verdad en lo que decía: yo no he recibido ninguna instrucción, hasta no sé leer ni escribir -Hans y Mab se miraron como preguntándose si era posible que un hombre no supiera leer-. Pero bien entendido que si el amo no tuviera tontos como tú y como yo para hacer su trabajo; si estuviese solo con su familia no podría cultivar toda la tierra que tiene. Todo el dinero de más que esa tierra reporta es, pues, trabajo tuyo, mío, de Pedro, de Claudio y de todos los que alquila cuando los necesita. ¡Y no hay más!

-Pero, amigo mío -repuso la criada-, bien te lo ha explicado el amo; si se partiesen las tierras entre todo el mundo, no faltaría quien no querría hacer nada de ellas y vendería su parte, y pronto volvería todo a estar como está. Bien ves que no tienes razón para hablar de esas ideas, puesto que se trata de una cosa imposible.

-Así dicen los amos porque les conviene; pero lo cierto es que yo trabajo mucho para el nuestro, ¿por qué no había de trabajar lo mismo para mí? Desengáñate, Juana, yo tengo algo aquí -y se tocaba la frente- que

me dice que las cosas no van como debían de ir, y siento mucho no haber preguntado a aquel pequeño hacia dónde cae ese hermoso país de que nos habló. Juraría que existe, y yo quisiera ir a él.

En aquel momento, a pesar de su prudencia, Hans intervino en la conversación, afirmando la existencia de Autonomía y pidiendo más amplios informes sobre el viajero en cuestión, que él y su compañera conocían y que ansiaban encontrar.

Pocas indicaciones pudieron darles aquellos pobres criados: todo lo que sabían era lo que el mismo viajero había dicho; que iba a la capital y que había tomado su camino.

Después el criado preguntó a Hans dónde se encontraba Autonomía y por dónde se iba a aquel país.

Pero los dos autonomianos no podían sin hacerse traición indicar su camino -mas teniendo en cuenta que se había cerrado detrás de ellos-, y no pudieron dar más que indicaciones muy vagas.

Ese informe tan incompleto dejó al criado perplejo.

La criada, viendo venir al amo, aconsejó a los niños que no hablasen del país de Autonomía, porque había observado que cuando de él y de sus costumbres se hablaba se ponía el campesino de un humor de todos los diablos.

Entró el campesino quejándose de que el trabajo no adelantaba, de que todos eran unos gandules, y se sentó a fumar su pipa cerca del fuego.

Poco a poco fueron llegando todos los habitantes de la hacienda; la última fue la nuera, que venía del pueblo con sus hijos, los cuales pronto se hicieron amigos de Peumoch.

Pusiéronse a la mesa. Los dos autonomianos, por su dinero, tuvieron cada uno su cuenco de sopa y su rebanada de pan.

Terminada la comida, y cuando todo quedó arreglado hicieron un poco de música para complacer a los niños. Mab danzó con Peumoch, y llegada la hora de dormir, se condujo a los tres artistas a la granja, donde se envolvieron en la paja, dichosos por ver que no perdían las huellas del amigo querido.

CAPÍTULO XXIV

MALAS NOTICIAS

Antes de despedirse de la familia del arrendatario, sabiendo que faltaba mucho aún para llegar a la ciudad, Hans hizo buena provisión de vituallas, pagando, y los tres artistas, con la golondrina que les esperaba a la puerta, emprendieron su caminata.

Marchaban alegremente, esperando esta vez no tardar mucho en abrazar a su compañero.

Al cabo de un rato de marcha, sintieron apetito y se detuvieron cerca de un manantial para almorzar. Durante el almuerzo, hablaban de sus esperanzas, cuando de un agujero en que no habían reparado, salió una bestezuela negra, de pelo sedoso, que, guiñando los ojos, les dijo:

-Aquel de quien habláis me ha salvado la vida. Creo que puedo seros útil en vuestros trabajos, porque si mi invalidez me impide ver claro en pleno día, en cambio veo perfectamente en la oscuridad. Llevadme. Prometedme únicamente no dejarme en la ciudad.

Hans y Mab, maravillados, aunque sin asombro, porque ya les habían ocurrido tantas aventuras, se consultaron mientras que Peumoch olía la bestezuela cuya cabeza terminaba en una especie de hocico como el suyo.

-Es un aliado que nos suscita Solidaria -afirmó Mab-. Llevémosle.

Hans hizo sitio al topo en su saco de mano, y emprendieron nuevamente el camino de Monadia, adonde llegaron al día siguiente muy de mañana.

Según una antigua costumbre, todo músico que entraba en la ciudad tocaba un trozo de su repertorio, y conformándose con ella, Hans tocó a los garduñas y tigres de guardia el himno de Monadia, mientras que Mab y Peumoch danzaron e hicieron la reverencia, suscitando las risotadas de toda la guardia que acudió a presenciar la novedad.

No bastaba haber llegado a la capital, con ello nuestros viajeros no habían llegado al término de sus penas. Cuando llegó la noche, después de haber recorrido un número incalculable de calles, debieron reconocer que no era cosa fácil encontrar allí las perdidas huellas de su amigo.

Sin embargo, se felicitaban de haber escogido el disfraz que llevaban, porque les permitía entrar en los establecimientos públicos y en los patios de las casas y ver a la multitud reunirse a su alrededor.

Para pasar la noche alquilaron una buhardilla en un barrio bajo y en una casa donde habitaban músicos ambulantes, cantantes callejeros, acróbatas al aire libre y charlatanes de todas clases.

En sus excursiones tuvieron ocasión de ver la miseria negra que existía en la capital de Argirocracia; pero en la casa que habitaban, junto con la miseria sin calificativo posible, vieron actos de una crueldad que les oprimió el corazón como nunca hubieran podido imaginar.

Había niños como ellos, y aun más jóvenes, bajo la dependencia de un amo que tenía varios sometidos a infame explotación. Cada noche debían traer cierta cantidad fija, en cambio de ella les medía una pitanza insuficiente.

Cuando esos niños tenían la desgracia de volver a la casa con la cantidad incompleta, los pegaba, los injuriaba y los hacía acostarse sin cenar.

Había mujeres que alquilaban dos o tres niños de corta edad, uno en pañales, y con ellos corrían la ciudad para implorar la caridad de los transeúntes, que de vez en cuando los pellizcaban para causar más efecto con sus gritos.

Hans y Mab, en su cuartito, hablaban de estos horrores temblando; comparaban esa vida con la que se lleva en Autonomía y no podían concebir cómo los argirocracios fuesen tan estúpidos para conformarse a vivir en semejante estado.

Sus conversaciones eran interrumpidas a veces por su amiga la golondrina que, alojada en el tejado de la casa, cerca de la buhardilla, les traía las noticias que había podido recoger, pidiéndoles las que ellos hubieron podido alcanzar.

El topo, sentado en la mesa, escuchaba gravemente.

Una tarde la golondrina les hizo saber que pasando por un barrio popular fijó su atención un niño que con un acordeón tocaba las mismas piezas de su repertorio.

Nuestros dos amigos recordaron el acordeón que Riri regaló a Nono; pero las señas de aquel niño no coincidían con las de su compañero. Quizá éste había pasado por allí; de todos modos, aquel juguete debía de pertenecer al amigo en desgracia.

Se hicieron explicar la situación de la calle, besaron la golondrina por su buena noticia y se prometieron visitar el barrio designado por la gentil mensajera.

Al principio habían pensado alguna vez, para doblar las probabilidades de éxito, en recorrer la ciudad cada uno por su lado; pero a Mab le asustó la idea de andar sola por las calles de aquel país tan malo, y pidió a Hans que no la abandonara; por su parte, Hans también se sentía fuerte y animado con la presencia de Mab, y en consecuencia resolvieron no separarse un solo instante.

Al día siguiente, emprendieron sus pesquisas guiados por la golondrina; pero después de mucho pasar y repasar por aquellas callejuelas, el niño de la música no pareció. Volvieron, pues, a su cuarto molidos y cansados, pero resueltos a proseguir la operación hasta alcanzar algún resultado.

Hasta el quinto día no pudieron lograr lo que deseaban. En efecto, sentado a la puerta del tallercito del sastre que ya conocemos, estaba un niño, en medio de unos cuantos de su misma edad, tocando el acordeón.

No sabiendo cómo interrogar al sastre, Hans ideó descoser su vestido y entrar para que se le compusiera; y así lo hizo, en efecto, y mientras el sastre trabajaba, Hans llevó la conversación hacia el acordeón maravilloso, diciendo que conocía el país donde se fabricaban otros iguales a aquél.

El sastre dijo que le había dejado uno de sus obreros; pero por sus respuestas se comprendía que rehuía el tema cada vez que Mab o Hans le interrogaban sobre el instrumento o sobre su propietario.

Un sujeto que a la sazón se hallaba en la tienda del sastre, y que había guardado silencio, se levantó al poco rato, saludó y salió.

La insistencia de nuestros amigos fue inútil; de aquel sastre no sacaron el menor indicio, retirándose con el propósito de volver otro día a probar fortuna.

Salieron, y apenas doblaron la esquina de aquella calle, se les acercó el que poco antes estaba en casa del sastre, y les dijo:

-Bien, veo que sois hijos del niño Nono a quien pertenece el instrumento que habéis reconocido en manos del hijo del sastre; pero os aseguro que perdéis el tiempo preguntándole, teme demasiado a los espías de Monadio, y, por vuestro interés, os aconsejo que no volváis a su casa.

Aquel sujeto era uno de los tres amigos de Nono, y refirió a Hans y Mab consternados el arresto de su amigo, su sentencia, cómo el sastre había atestiguado contra él y todo lo demás que él sabía y podía interesarles.

Él mismo había sido vigilado durante algún tiempo como sospechoso.

Los niños le preguntaron si había tenido después noticias de Nono, y si sabía dónde estaba preso.

Afortunadamente aquel hombre tenía un pariente carcelero, a quien, a pesar de la repugnancia que por su ocupación le inspiraba, visitaba algunas veces. Precisamente Nono había sido transferido a uno de los calabozos del palacio de Monadio, donde el pariente aquel estaba de servicio. Por mediación suya podía

tener noticias del preso alguna vez, y hasta llegó a recibir una carta en que le participaba que estaba bien y que soportaba con resignación su desgracia.

Después, habiendo prometido volver a ver a su pariente para tratar de saber algo del preso, se despidió, dándoles cita para pasados algunos días, recomendándoles la mayor circunspección y la discreción más absoluta.

De vuelta a casa, Hans, Mab, Peumoch, la golondrina y el topo celebraron consejo. Todos sentían mucho la desgracia, pero a lo menos sabían dónde estaba, y en ello fundaban su esperanza, declarándose dispuestos a todo género de sacrificio por salvarle.

Hans se fijó en un medio: conocida la avaricia que animaba a cada argirocracio, se podría proponer al nuevo amigo que diera a su pariente el oro necesario -ya que su bolsa era inagotable- para decidirle a que permitiera la huida del preso.

Mab convino en que el medio no era de desdeñar pero, ¿podría confiarse en el carcelero? ¿No les haría traición después de haberles arrancado cuanto pudiera? Porque era también cierto que la mala fe de los argirocracios es tan grande como su avaricia. Además, ¿podría él por sí solo permitir la evasión de un preso? Habían podido observar cuanto desconfían unos de otros en aquel país donde hay siempre tres espías para vigilar un cuarto. Arriesgando no alcanzar la libertad de su amigo, ponían en peligro la suya. Lo más importante por el momento consistía en entablar relaciones con el preso; luego, de común acuerdo, tal vez se facilitaría el trabajo.

La golondrina se propuso como mensajera.

El topo se ofreció a abrir una mina hasta llegar a su calabozo.

El éxito pareció desde entonces cosa fácil.

CAPÍTULO XXV

LA VISITA A LA CÁRCEL

El día fijado los dos artistas, dejando a Peumoch y al topo en casa, acudieron a la cita, y en compañía del nuevo amigo se dirigieron en busca del carcelero.

Éste les esperaba contento: había hablado a su pariente de dos extranjeros con quienes había entablado relaciones y deseaban visitar una cárcel.

Permitíase a los carceleros, cuando estaban de servicio, recibir a su familia, porque en aquel caso no podían salir de la cárcel durante un mes.

Mediante dos piezas de oro, el pariente aceptaba hacerles pasar como sobrino y sobrina y pasearlos por la parte de la cárcel donde era permitido circular. El día siguiente, domingo, era precisamente un buen día.

El Insumiso, tal era el nombre de su nuevo amigo, vendría a buscar a nuestros amigos a su casa.

Según lo convenido, el día siguiente, a la hora fijada vino a buscarlos.

Como se comprende, para ir a la cárcel no se entraba por la puerta de honor del palacio, sino por la poterna de una de las torres.

Llegados a ella, un centinela les preguntó dónde iban, y a la respuesta de que querían ver al llavero Tormento, el centinela llamó a un soldado que les condujo cerca del que buscaban.

Éste les recibió cariñosamente como convenía al papel de tío que representaba, y estrechó la mano del antiguo pariente, pidiendo noticias de sus parientes y amigos, y luego les hizo sentar ofreciéndoles un refresco. Precisamente acababa en aquel momento su servicio, y disponía de tres horas.

Éste carcelero, a pesar de lo repugnante del oficio, era más bien un ignorante que un mal hombre. Su doble fisonomía participaba más del mastín que del lobo.

Afiliado a veinte años en el ejército de Monadio, contrajo el hábito de la obediencia y de vivir sin inquietarse por nada. Había visto en casa de sus padres cuán difícil era la vida del obrero, sobrecargado de trabajo unas veces y atemorizado por la falta de él casi siempre, ofreciéndose a su vista el peligro incesante de la miseria. Esa experiencia le indujo, cuando alcanzó la licencia absoluta, a solicitar aquella plaza que obtuvo fácilmente por la certificación de su buena conducta.

Sin darse cuenta, el hombre de la triste idea que daba de sí mismo, refería todo aquello hasta con cierto orgullo.

Mab le preguntó si no le daba pena ver a los presos, porque allí debía de haber desesperaciones terribles, crisis de lágrimas y de sollozos.

El carcelero se encogió de hombros. Según él, los que se hacen encerrar en una cárcel no merecen compasión; hicieran como todo el mundo, obedecer y trabajar y no les sucedería nada mal. Además los amos, los señores no pueden mandar más que cosas justas, y él obedecía a sus amos.

Con aire indiferente, Hans le preguntó si había en aquel momento en los calabozos del palacio algún preso especialmente interesante y si se le podía ver.

El carcelero, que era hablador, detalló la vida de los prisioneros. Justamente Nono estaba en su servicio, y no le olvidó en su relación, con más motivo recordando que su proceso fue ruidoso y era reciente. Prometió a sus visitantes dejársele ver por una rendija que tienen las puertas de todos los calabozos.

En aquel momento se levantó, tomó un manojo de llaves y les invitó a seguirle.

Les condujo primero a algunos calabozos desocupados, luego visitaron diversas salas más sombrías conforme se iban alejando, hasta que llegaron a una que estaba guarnecida de armarios.

-Aquí -dijo el carcelero, designando los armarios-, se guardan los instrumentos de tormento.

-¿Cómo de tormento? -preguntó el Insumiso-; pues si está abolido.

Unos cien años antes, en efecto, los argirocracios hicieron una revolución que, entre otras cosas, abolió el tormento.

Pero el carcelero les explicó que el ingenio de los magistrados no tardó en inventar instrumentos nuevos que hacen sufrir lo mismo al preso con la ventaja de no dejar cicatriz.

Abriendo un armario, les enseñó la orden que arranca al acusado de su familia, de su medio, y que complicado en la instrucción secreta le hace pasar por todas las fases de la angustia y de la inquietud.

Había además las piezas de la instrucción secreta, los falsos testimonios y muchos otros instrumentos que llenaban los armarios.

Se hablaba de prohibir a los jueces él empleó de la instrucción secreta, pero éstos tenían medios sobrados para aterrorizar al acusado más fuerte y animoso, y abriendo otros armarios les enseñó infinidad de instrumentos pequeños, acerados y agudos como uñas de aves de rapiña.

Hans preguntó cómo pasaban el tiempo los presos.

A lo que respondió el carcelero que trabajando por cuenta de contratistas que, por medio de regalos a los administradores y directores, compran el derecho exclusivo de hacer trabajar a los presos al precio que les conviene, muy inferior al que tendrían que pagar al obrero libre, lo que les permite realizar enormes beneficios y vivir como grandes señores.

Hans preguntó cómo permite Monadio tan grandes injusticias.

Pero el carcelero respondió que todo aquello era perfectamente lícito; la falta es de los que por apartarse de la honradez se hacen dignos de castigo, y para eso estaban en la cárcel, para sufrir.

Hans y Mab pensaron que los que se encargan de aprisionar a los otros, valían seguramente menos que los presos; pero se contentaron con cambiar sus reflexiones con una mirada.
El carcelero continuó refiriendo que de lo que gana el preso, la administración se apodera de la mitad si extingue condena por primera vez; de las tres o de las cuatro quintas partes en los demás casos.

De lo que resta pueden los presos gastar una mitad y el saldo se les entrega a su' salida de la cárcel.

Los presos se ven forzados a hacer sus compras a un proveedor especialmente autorizado para ello, que suele ser el contratista que les hace trabajar, lo que constituye otro manantial de beneficios.

Terminada la inspección de aquella sala y también su relación, les hizo atravesar un corredor largo y sombrío; luego, deteniéndose ante una puerta, invitó a los visitantes a mirar por un agujero.

Era un calabozo. En un rincón, un preso, un anciano, estaba sentado y como sumido en gran postración.

Mab preguntó si Nono estaba en aquel corredor, y el carcelero les indicó una puerta.

El corazón de nuestros amigos latió con violencia al pensar que el amigo querido estaba cerca de ellos, en un encierro miserable y sometido a una de las mayores penas que puede imponerse a un ser libre.

Viéronle, en efecto, sin poder hablarle, privados de dirigirle un consuelo, una esperanza, la menor dosis posible de alegría en aquel antro ideado por la maldad de los tiranos para el sufrimiento de sus víctimas.

En medio de la emoción profunda que sentían tuvieron el valor suficiente para dominarse y no infundir sospechas, consolándose en parte al verle animoso.

El abatimiento primero había pasado y el preso se paseaba en su calabozo con aire resuelto, como un oso en su jaula, tanto como lo permitían sus cadenas.

El carcelero tuvo necesidad de advertirles que se detenían allí más de lo regular, y les hizo pasar al huerto reservado a los dignatarios del prebostazgo, donde se hacían cultivar para ellos, por los presos, flores y legumbres.

Les llevó a un patio de donde tomaban luz las rejas de los calabozos, y enseñó a los visitantes un espacio estrecho donde se permitía a los presos salir una hora diaria a tomar el aire.

Hans hizo algunas preguntas para saber cuáles eran los calabozos cuyas rejas daban a aquel patio, porque las vueltas dadas en el edificio le habían desorientado, y supo con agrado que una reja situada en una torre cuadrada y a poca altura del suelo era la del autonomiano preso.

Dióse cuenta exacta de su situación, gravó en su memoria los menores detalles, hizo todas las observaciones que podrían guiarle y se aseguró que el patio en que se hallaban no estaba separado del exterior más que por un muro de recinto; vigilado por centinelas, pero eso poco le importaba...

Subieron a la plataforma de la torre, porque el carcelero quiso mostrarle el panorama de la ciudad, y Hans, vio con satisfacción que el patio adonde daba el calabozo daba a su vez a una alameda, ordinariamente desierta y que Hans conocía bien.

Los tres amigos estaban contentos, porque todos, sin previo acuerdo, habían hecho las mismas observaciones, y deseaban ya salir de allí para comunicarse sus impresiones.

No habiendo ya más que visitar, y acercándose la hora de la obligación del carcelero, los visitantes dieron las gracias a su pseudopariente y salieron de aquella triste mansión, respirando con avidez al verse libres de la opresión de aquellos muros.

Pronto se decidieron nuestros amigos. Descubrir su pensamiento al carcelero era de efecto muy dudoso; quién sabe cómo tomaría la proposición.

Puesto que el topo tenía la facilidad de minar, quizá podría encargarse de abrir una mina, capaz para el paso del cautivo. Se le consultaría al llegar a casa, y si ello fuera posible, se enviaría a la golondrina a avisar a Nono con una lima para cortar sus hierros y se intentaría la empresa aquella misma noche.

CAPÍTULO XXVI

EL DESPERTAR

El corazón de nuestros amigos latía con violencia cuando, acompañados de Peumoch, bajaron de su buhardilla. En la explanada debían encontrar al Insumiso.

Consultado el topo, se declaró capaz de cavar en pocas horas un subterráneo suficiente para facilitar la evasión del preso. Esta declaración dio vida a sus proyectos. La golondrina los seguía revoloteando.

Cerca ya de media noche llegaron a la esquina de la explanada donde los esperaba el Insumiso.

Hacía una luna magnífica, y aunque esto molestaba algo a nuestros conspiradores, porque los ponía en peligro de ser descubiertos, en cambio permitió a Hans descubrir la reja del calabozo de Nono desde lo alto de un eucalipto a que se había encaramado y designársela a la golondrina, entregándole la limilla que debía llevar, juntamente con un papelillo con unas palabras de aviso.

Pero la ventana estaba cerrada; se trataba de fijar la atención del preso, dándole la idea de abrir.

Hans y Mab tuvieron la inspiración de cantar una improvisación sobre uno de sus aires favoritos.

Por precaución no dejaron sus instrumentos, llevándola al extremo, antes de presentarse en el lugar de la cita, de presentarse a tocar en algunos establecimientos de su camino.

Disminuyendo sus voces y concordando sus instrumentos en el tono menor para que su canto alcanzase hasta Nono sin llamar la atención de los centinelas, a quienes llegaría como un eco lejano, preludiaron su aire favorito, adaptándole esta improvisación:

El sol descendió a su ocaso
llegó la noche serena.
Oh desgraciado que penas,
sabe que se acerca el plazo
que a tu dolor pondrá fin.

Las notas que preludiaron esta canción llegaron a Nono en el momento que empezaba a sentir la especie de letargo que hacía ya tiempo reemplazaba al sueño reparador de los días felices de su libertad.

Las palabras consoladoras, las voces reconocidas, la vaga esperanza convertida en promesa positiva, le hicieron sentir tan profundo, tan inmenso, tan absoluto que aquel calabozo tuvo para el preso el valor infinito de un universo, y en sí mismo sintió lo que a través de los siglos sentiría una humanidad entera si pudiera reunirse en una sola personalidad.

La Esperanza, hada bienhechora a quien Solidaria había confiado antes la misión de confortar al preso, vino otra vez en alas de aquella melodía misteriosa, y después de dirigirle palabras de infinito consuelo, dio transparencia cristalina a aquella mole de piedra que le oprimía, y a la luz de la luna vio a sus amigos agrupados al pie de un árbol.

La visión fue rápida, desapareció la Esperanza y el calabozo volvió a su acostumbrada oscuridad.

El corazón del preso latía con violencia inverosímil, la duda se disponía a inspirarle la idea de que todo aquello era invención de su fantasía, cuando un nuevo preludio le afirmó en aquella feliz realidad.

Sus amigos le decían con voz más dulce aún:

Apunta, feliz aurora,
nuncio del dichoso día
que dará paz y alegría
al pobre hermano que llora
la perdida libertad.

Cuando callaron los cantantes los ojos del cautivo estaban bañados de lágrimas. Sabía que sus enemigos estaban allí, que le buscaban, y ya iba a gritar, a llamarlos imprudentemente, cuando unos golpecitos en la ventana fijaron su atención. Con las mayores dificultades, trepando por la pared como un insecto, pudo llegar hasta la ventana y abrirla.

Una golondrina penetró en la estancia llevando en el pico un paquetillo que entregó a Nono; era la lima que ya conocemos y una cartita en que Hans le decía que limase sus hierros y cuando oyese tres golpes en el suelo levantase la piedra bajo la cual oyese tocar, terminando por recomendarle que se metiese sin reparo por el agujero que se presentaría a su vista.

Obra de un momento fue para Nono despojarse de sus hierros, tanto era la eficacia de la lima.

Esperó durante un espacio de tiempo que le pareció interminable por su impaciencia; y al fin sonaron los tres golpes esperados.

Animados de una fuerza desconocida quitó de un tirón la piedra señalada por los golpes y quedó al descubierto un agujero estrecho pero bastante capaz para permitir el paso de un hombre marchando a gatas.

Cortos instantes después, Nono estaba libre estrechando contra su corazón a Mab y a Hans, que reían y lloraban a la vez y no sabían cómo expresar los sentimientos de que se hallaban poseídos. Hasta Peumoch, lo mismo que el topo, participaron de aquellas amistosas caricias.

Pero Hans quería huir a toda prisa. Sacó de su bolsillo el globo que le regalaron los gusanos de seda, le desplegó y la ligera tela inflada convenientemente, presentó a nuestros amigos una abertura por la cual penetraron, el Insumiso con ellos, que a toda costa quiso seguirlos después de haber metido también al topo y a Peumoch, dejando a la golondrina que los siguiese con su vuelo propio.

Y el globo se elevó alegremente por los aires.

Pero tantas emociones habían trastornado de tal modo a Nono que, una vez en sitio seguro, desfalleció, pareciéndole que la tela se rasgaba y que rodaba en el espacio.

El color «aire del tiempo» y la transparencia de la tela producía ese efecto.

Pasaron cerca del estandarte real, agitado por el viento, y Nono creyó ver al vampiro que sirve de emblema a Monadio alzar su vuelo para caer sobre él.

Entonces lanzó un grito agudo, desgarrador, de desesperación suprema, y nadando en frío sudor... despertó en los brazos de su madre que, solícita y cariñosa, trató de tranquilizarle, preguntándole qué había turbado su sueño de aquel modo.

Porque lo cierto es que nuestro pseudoviajero, que como recordará el lector se acostó con la cabeza llena de historias, acababa de soñar las aventuras que quedan reseñadas.

Todavía, anhelante y fatigoso, refirió a su madre las fases generales de su sueño.

-Calla, tonto -le dijo su madre-, no hay hadas, ni brujas, ni animales parlantes, a excepción de los loros y las urracas, y aun éstos no hacen más que repetir algunas palabras que se les enseña. Tú te rompes la cabeza con tus lecturas, y eso es lo que te producen esas pesadillas. Vamos, tontín, duérmete un poco y deja esas tonterías. -Y diciendo esto le estrechaba entre sus brazos y le cubría de sonoros besos maternales.

Pero el padre, que había llegado a tiempo de escuchar el relato del sueño, dijo al niño:

-Mamá tiene razón, no hay hadas ni sucede nada en el mundo que no pueda explicarse por razones naturales; pero bien sabes que en los libros de cuentos que se te dan a leer, bajo el relato de acontecimientos maravillosos, suele ocultarse una verdad o un pensamiento que se cree verdadero y justo. Y tu sueño, para ser de un niño de tu edad, me parece que contiene muchas cosas que quizás exceden a tu entendimiento.

Si aún lo recuerdas mañana, te encargo que lo escribas, ya lo leerás después meditándolo, y sin duda te ayudará a conocer muchas injusticias y muchos errores que quizás te pasarían por alto de otro modo.